

JOSE IGNACIO LOPEZ VIGIL
Y
MARIA LOPEZ VIGIL

500 ENGAÑOS
Otra cara de la historia



Diseño de la portada: Julio Sánchez

©José Ignacio y M. López Vigil
Editorial Nueva Utopía
Fernández de los Ríos, 2 - 3º Izq.
I.S.B.N.: 84-87264-02-6

Depósito Legal: M-31.618-1990
Impreso en Gráficas García-Rico
C/ María del Carmen, 30
28011 Madrid

ÍNDICE

1. EL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA
...que también podría llamarse "Los primeros ladrones"
2. LA FABULOSA PLATA DE POTOSÍ
...y a dónde fue a parar esa plata?
3. ESTOS INDIOS PEREZOSOS NO TIENEN ALMA
Crónica de un encuentro de culturas.
4. EL TRIANGULO NEGRERO
...o mejor dicho: el pecado mortal de Europa.
5. EL ASESINATO DE LA TIERRA
...el azúcar la mató.
6. EL FIN DEL COLONIALISMO
...y el principio de lo mismo.
7. TIERRA SIN HOMBRES
...y hombres sin tierra.
8. EL CARNAVAL DEL CAUCHO
...y después, con la música a otra parte.
9. COMO SE FABRICA UNA GUERRA
Pasión y muerte del Paraguay.
10. LOS 10 MANDAMIENTOS DE TODO BUEN BURGÉS
¡Ay, parece que van a hablar de nosotros!
11. THE MANIFEST DESTIN OF A GREAT NATION
El destino de una gran nación.
12. LA VARITA MAGICA DEL CAFÉ
¿Quién sube y baja los precios?
13. DIENTES DE HIERRO SOBRE AMERICA LATINA
...que también podría llamarse "El Tío Sam y sus 40 ladrones".
14. EL DIOS PETROLEO
...y la gran ciudad creada a su imagen y semejanza.
15. HAN LLEGADO LAS TRANSNACIONALES
¡Bienvenida Mari Company!
16. BANCOS Y BANQUEROS
...y el desastre financiero de Chencho García.

17. UNA MAQUINA TEC-NI-CA-MEN- TE PER-FEC-TA

...con un sólo fallo.

18. FONDO MONETARIO INTERNACIONAL

Consultorio privado.

19. LA GUERRA DE LA DEUDA EXTERNA

20. LAS 24 HORAS QUE ESTREMECIERON AL MUNDO

EL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

...que también podría llamarse
"Los primeros ladrones"

- MARINERO —¡¡Tierra!! ¡Tierra a la vista!
- LOCUTOR —En la feliz madrugada del día 12 de octubre de 1492, el joven marinero español Rodrigo de Triana, desde el alto mástil de La Pinta, divisó por vez primera las tierras de América.
¡Amanecer de un nuevo mundo! ¡Fecha memorable en que se unieron en un abrazo de razas las dos mitades del planeta: España y América, América y España! ¡Celebramos el ciento quinquagesimo, perdón, el quinto centenario de aquella epopeya de valientes, forjadores de la historia!
- VECINA —¡Qué hombres aquellos! ¡Qué mollejas tenían! Ese Colón, mira que atreverse a venir de allá para acá montado en un barquito!
- ABUELO —¡Chsst! ¡Cállese y deje oír, señora!
- COLON —Os agradezco, Señor, por haberme librado de las acechanzas del viento y del mar. Vuestra mano poderosa me ha conducido sano y salvo hasta estas lejanas tierras. ¡Gracias os doy, Señor! ¡Todos los libros de historia mencionarán mi nombre y hablarán de este momento!
- MARINERO —¡Tierraaa...!!
- VECINA —¡Qué momento, señores, qué momento! ¿Qué sentiría don Cristóbal cuando ya iba a poner la pata en tierra?
- ABUELO —Yo siempre digo que la historia del mundo se divide en dos: antes de Colón y después de Colón.
- LOCUTOR —El almirante Cristóbal Colón cae de rodillas, besa el suelo de América, alza el estandarte español y, clavando la cruz en tierra, exclama:
- COLON —¡En nombre de Dios y en nombre de sus Católicas Majestades, la Reina Isabel y el Rey Fernando, tomo posesión de esta tierra que he descubierto y de todas las tierras que en lo sucesivo descubriré!
- VECINA —A mi se me ponen los pelos de punta cuando oigo estas cosas!
¡Qué grande fue el descubrimiento de América!
- COMPADRE —Y lo más grande, ¿sabe qué fue, señora? Que Colón llegó aquí por carambola.
- VECINA —¿Cómo que por carambola?
- COMPADRE —Sí, por pura casualidad. El creía que había llegado a Asia, a la India, por el otro lado del mundo, navegando en la dirección del sol. Y todavía se murió creyendo que aquella islita del Caribe, y Venezuela, y Cuba, eran parte del Japón.

ABUELO —¡Pues bendito error porque gracias a eso, nos descubrió!

COMPADRE —Bueno, señor, ya nosotros estábamos descubiertos por nosotros mismos, ¿no le parece?

VECINA —Oiga, ¿y qué es lo que andaba buscando Colón tan lejos? ¿Para qué quería ir hasta el Japón?

COMPADRE —Pimienta, nuez moscada, clavo de olor, jengibre, canela... Aunque parezca mentira, lo que venía buscando Colón era eso. La pimienta y la canela se usaban en aquel tiempo para conservar la carne. Claro, la mayoría de la gente no las necesitaba porque no comía carne. Eran los reyes, los ricos, los que andaban detrás de esos condimentos. Una bolsa de pimienta valía entonces más que la vida de un hombre. Y como había tan poca, estaba carísima.

MERCADER ITALIANO —¿Carísima? ¡Oh, no!, ¿cómo será posible que la sua majestá, la reina Isabel de España, dica questa cosa? Pruebe, pruebe... ¡Pimienta negra traída de la India, del más remotísimo oriente!

REINA ESPAÑOLA —Y cobrada al más altísimo precio. Vosotros, los mercaderes de Venecia, estáis estrangulando a todas las cortes de Europa!

MERCADER —¡Mama mía! ¡Estrangulando! No, majestá, lo que estamos es adornando con collares de perlas los pescuezos de las reinas, y sazonando los almuerzos de los príncipes! Má, olvide agora la pimienta y mire questa pochelana china... ¡belísima! ¿Y questa alfombra de Persia? ¡Delicadísima!

COMPADRE —No era sólo la reina Isabel de España. Todos los reinos de Europa andaban alborotados buscando una nueva ruta hacia la India, hacia el Japón. Allá se conseguían todos esos lujos. Pero el negocio lo controlaban los comerciantes italianos. Portugal se lanzó por el mar, bordeando África, para llegar a aquellos países. Y España le pagó el viaje a Colón para ver si encontraba un camino más rápido por el otro lado. Ese era el problema: que los reyes y las reinas necesitaban condimentos para sus banquetes. También necesitaban oro y plata para pagar a los comerciantes que les traían los condimentos. Y que les traían, además, joyas, alfombras y sedas para sus palacios. Cuando Colón llegó a América, pimienta no encontró. Pero encontró indios y...

COLON —¿De dónde viene ese oro que lleváis colgado en las narices y en las orejas, eh? ¿Que de dónde viene, digo? ¿Japón? ¿Esto es Japón? ¿O la China? ¿A dónde he llegado yo? ¿Y con vosotros, qué pasa, sois mudos? No, no me ofrezcáis pajaritos de colores, para qué los quiero. El oro... ¿de dónde lo sacasteis? ¿De dónde?

COMPADRE —Y como buen comerciante, Colón no perdió la oportunidad. Ahí mismito les cambió a los indios sus adornos de oro por pedazos de vidrio,

espejitos, chucherías que traían los marineros. Y cuando se supo en España el resultado de la aventura de Colón...

ESPAÑOL

—¡Tenía razón el almirante, la tierra es redonda!

OTRO

¡Redonda, pero no como un huevo! ¡Sino como un doblón de oro!

COMPADRE

Y el grito de Rodrigo de Triana al llegar a América...

MARINERO

¡¡Tierraaa...!!

COMPADRE

... se escuchó de manera muy distinta en España...

MARINERO

¡¡Orooo...!!

COMPADRE

En España y en toda Europa. Porque todo el mundo se enloqueció con el descubrimiento del oro de América. En poco tiempo, la noticia corrió de boca en boca y de puerto en puerto...

ESPAÑOL

—¿Quién dijo oro? ¿Dónde está?

OTRO

—¿Quién viaja conmigo? ¡Necesito 100 hombres audaces! ¡A las Indias, vamos a las Indias! ¡A los valientes ayuda fortuna!

Era una fiebre de oro. Las tierras vírgenes de América encendían la codicia de los capitanes, de los soldados en harapos, de los presos reclutados en las cárceles de Sevilla. Los comerciantes y los banqueros pagaban los viajes y cobraban la mayor parte del botín. El oro iba a remediar todos los males de Europa. Con el nuevo oro se iban a pagar todas las deudas y a comprar todos los lujos.

VECINA

—Bueno, pero al lado de los que buscaban oro, iban los misioneros que nos predicaban a Cristo y a la Virgen. Valga una cosa por la otra, digo yo.

ABUELO

—Así es, así es, señora. La mejor herencia que nos dejaron aquellos hombres fue la religión verdadera, el catolicismo.

COMPADRE

—Sí, la verdad es que la Iglesia Católica y... y bueno, hasta el mismo Papa tuvo mucho que ver en este asunto de América...

PAPA

—Yo, Alejandro Sexto, sumo Pontífice de la Iglesia por la gracia de Dios, entrego a la cristianísima corona de España todas las tierras que se descubran hacia el occidente. Y a la no menos cristiana corona de Portugal, todas las tierras que se descubran hacia el oriente.

Y el Papa firmó un documento y cortó el mundo en dos como quien corta un pollo: América para España y África para Portugal. Así lo dispuso el Pontífice Alejandro Sexto en 1493, sólo un año después de llegar Colón a América.

VECINA

—Por lo que veo, ese Papa era muy generoso con lo ajeno.

ABUELO

—Más respeto con el Papa, señora.

VECINA

—Pero, Óigame señor, ¿qué es eso de andar regalando países como el que regala caramelos?

ABUELO

—Bueno, señora, eran otros tiempos...

COMPADRE

—El caso es que el Papa Alejandro Sexto, que por cierto era español, le regaló a España todas las tierras de América para que las evangelizaran. A cambio del evangelio, los españoles podían quedarse con el oro de los indios... y hasta con los indios.

¿Saben ustedes cómo hacían los españoles antes de entrar en un poblado

indígena? Pues hacían un «requerimiento». Llevaban una especie de notario y delante de él debían leer un discurso. En ese discurso se informaba a los indios que todas sus tierras habían sido regaladas por el Papa a los reyes españoles. Y, por lo tanto, los indios debían obedecer, aceptar la orden del Papa y bautizarse. Eso era lo que se les «requería».

VECINA
ESPAÑOL

—¿Y si los indios no «querían» eso que les «requerían»?.

—Si no lo hacéis o tardáis en hacerlo, os certifico que con la ayuda de Dios nosotros entraremos con toda nuestra fuerza contra vosotros y os haremos la guerra por todas partes. Y tomaremos vuestras personas y vuestras mujeres e hijos y los haremos esclavos. Y tomaremos vuestras propiedades y os haremos todos los males y daños que podamos. Y de las muertes y daños que os hagamos, ¡seréis vosotros los culpables y no nosotros!

VECINA

—¡Qué barbaridad, Dios mío! O sea que vienen a mi casa, me roban, me violan, me matan, y encima soy yo la culpable!

COMPADRE

—Así era al principio. Después, para acabar más pronto, el discurso lo leían en latín, sin traducción...

VECINA

—Pero, entonces los indios no entendían nada...

COMPADRE

—Por eso mismo. Lo leían en latín, y a media noche... y a media legua de los caseríos.

BARTOLOME

—Entraban los españoles en los pueblos y no dejaban niños ni viejos ni mujeres preñadas que no desbarrigaran y hacían pedazos. Hacían apuestas sobre quién de una cuchillada abría un indio por medio o le cortaba la cabeza de un tajo. Tomaban las criaturas por las piernas y daban con ellas en las piedras. Hacían unas horcas largas y de trece en trece, en honor de Jesucristo y los doce apóstoles, los quemaban vivos. Para mantener a los perros amaestrados en matar, traían muchos indios en cadenas y los mordían y los destrozaban, y tenían carnicería pública de carne humana, y les echaban los pedazos a los perros... Yo vi todo esto y muchas maneras de crueldad nunca vistas ni leídas...

ABUELO

—¡Basta ya! ¡Usted es un comunista! ¡Y no tolero que usted siga hablando disparates y difamando a aquellos héroes!

COMPADRE

—No los difamo yo. Eso que usted acaba de oír lo escribió el obispo Fray Bartolomé de las Casas en 1552. El vio todas estas cosas con sus propios ojos.

ABUELO

—Otro comunista sería ése...

COMPADRE

—Bueno, el comunismo no se había inventado todavía. Ni la teología de la liberación. Lo que yo hago es contar la historia.

ABUELO

—Usted manipula la historia, que es distinto. ¡Calumnias! A mí me consta que muchos indios se bautizaron.

VECINA

—Más le valía hacerlo, claro...

COMPADRE

—Pues si supiera que tampoco les valía. Porque si se bautizaban ya eran cristianos. Y si eran cristianos, ya eran siervos del rey de España. Y si eran siervos del rey, tenían que entregarle todo el oro como impuestos. Y cuando se acababa el oro, el impuesto lo pagaban trabajando como

esclavos para los españoles.

VECINA —Caray, pero entonces... ¡me matan si no hay bautizo, y si hay bautizo me matan!

Y los mataban en los ríos de Haití, de Dominicana, en los lavaderos de oro, con el agua a la cintura, moviendo y removiendo la arena del fondo por si traía el polvillo dorado. Miles y miles de indios del Caribe murieron en aquellos trabajos forzados.

INDIO —Todavía no lo entiendo. Cuando los hombres blancos vinieron por el mar, no les hicimos daño. Llegaron a nuestra tierra y les dimos a comer pan de casabe. Abrimos el bohío para ellos. Luego fue la espada con filo, los colmillos de los perros... y el látigo. Y robar nuestras mujeres. Y al río, a buscar oro, noche y día buscando. Eso sólo querían: oro. ¿Les alcanzarían los cuerpos para tanto adorno? Tanta lágrima fue, tanta tristeza, que le perdimos amor a la vida. Y nos dejamos ahogar en el mismo río. El más abuelo se amarró una piedra al cuello y fue al torrente. Nosotros detrás. Con humo venenoso nos matábamos. Con la amargura de la yuca nos matábamos. Nos ahorcamos con nuestras propias manos. Después quedaron las palmeras solas.

Se mataron, los mataron, los contagiaron de viruela y sífilis. Los indios no tenían defensas ante las enfermedades nuevas, que no se conocían en América. Así se despobló Cuba, Jamaica, Borinquen, Haití... y todas las islas pequeñas del Caribe.

PERIODISTA —A la llegada de los españoles, Haití contaba con una población de 500 mil indígenas. Veinte años más tarde, apenas quedaban 30 mil esclavizados por los españoles. 470 mil habían muerto. 50 años más tarde, ya no había un sólo indio para contar lo ocurrido.

VECINA —¡Cuánto muerto, Virgen santa, cuánto abuso!

ABUELO —Oiga usted, eso hay que demostrarlo. A ver, ¿de dónde está sacando esos datos? ¡Eso es una exageración!

COMPADRE —¿Exageración? Creo que me quedé corto. Algunos historiadores hablan de un millón y hasta de 3 millones de indios que vivían en el Caribe. Bastaron muy pocos años para acabar con todos ellos. Y también para acabar con el poco oro que había en los ríos de las islas. Y ahora, ¿qué? ¿Dónde encontrarían más oro los españoles?

CORTES —¡En tierra firme! ¡En el imperio de los aztecas!

Hernán Cortés se embarcó hacia México y destruyó la gran ciudad de Tenochtitlán. Lo cuentan las voces de los vencidos.

MEXICANA —¡Lo recuerdo, no se me borra! ¡Se aturdían las orejas! ¡Venían con truenos, lluvia de fuego, y en venados altos, de hierro!

En América no se conocían los caballos, ni las armaduras ni la pólvora. Ante el estampido de los cañones y los arcabuces, los indios se espantaban, huían. De nada les servía la flecha ni el

escudo de guerra.

MEXICANA —Con los tesoros del templo, hicieron una gran bola de oro. Y dieron fuego a todo lo demás. Como si fueran monos buscaban el oro, tenían hambre furiosa de oro. Como puercos hambrientos lo deseaban...

Pero no se saciaban nunca. Fueron hacia el sur. En el Perú, el emperador inca Atahualpa trató de aplacar a Pizarro llenando un cuarto entero de oro y dos de plata. No bastó para salvar su vida ni la del imperio del sol. El español lo degolló y se lanzó sobre el Cuzco a golpes de hacha. Francisco Pizarro, un analfabeto que había sido criador de cerdos, rompió los adornos de las ceremonias sagradas, las joyas antiguas, los dioses, los brazaletes, las diademas de la fiesta... Todo se convirtió en barras de oro español.

PERUANO —Nada dejaron los recién llegados. Trabajo de años y mano suave, todo rompieron. Nada para alegrar a la madre tierra. Nada donde pueda reflejarse el padre sol.

Fundieron todo el oro y lo embarcaron hacia España. Pero querían más. Buscaban oro en las lagunas, en las selvas, en el fondo de los volcanes. Buscando oro, llegó Núñez de Balboa al Pacífico y Alvarado a Guatemala. Buscando oro, Pedro de Valdivia atravesó el desierto hasta Chile. Y Lope de Aguirre enloqueció tratando de hallar aquella ciudad de El Dorado que nunca aparecía...

ABUELO —La conclusión que saco de lo que aquí se ha dicho —si esos datos son ciertos— es que los de allá eran unos grandísimos ladrones. Y los de acá, unos perfectos idiotas.

VECINA —Ay, no, señor, no hable así de los muertos...

ABUELO —Pero, señora, cómo es posible que imperios tan grandes se dejaran ganar tan sosamente.

COMPADRE —No se olvide de la pólvora, de las enfermedades. Y una enfermedad peor que todas: la desunión. Cuando los españoles llegaron, nuestros pueblos estaban muy divididos. Los tlaxcaltecas odiaban a los aztecas, los caribes le hacían la guerra a los taínos, los de Quito contra los del Cusco... Atahualpa y Huáscar eran hermanos. Pero hermanos enemigos. Los españoles aprovecharon estas divisiones y nos traicionamos unos a otros. Yo creo que el mayor error de nuestros abuelos fue ése: estar desunidos frente a los invasores.

VECINA —¿ Y son esas cosas tan horribles las que celebramos el 12 de octubre, ese que llaman Día de la Raza? ¡Pues vaya una celebración!

ABUELO —Bueno, señora, celebramos e/ descubrimiento de América.

COMPADRE —El desangramiento, querrá decir usted.

VECINA —Y dígalo bien alto. Que si el comienzo fue así, ¡¿cómo será lo que vino detrás?!

LA FABULOSA PLATA DE POTOSI

... ¿y a dónde fue a parar esa plata?

Dicen que hasta las herraduras de los caballos eran de plata en la ciudad de Potosí... De plata eran también las vajillas de las casas, las cunas de los recién nacidos, los orinales de los señores... De plata se hacían los altares de las iglesias, y las alas de los angelitos que volaban sobre los altares...

ESPAÑOLA —Pero, ¿qué estáis inventando? ¿Os habéis vuelto locos?
 ESPAÑOL —¡Será lo nunca visto! ¡Nadie olvidará la fiesta del Corpus de este año!
 ¡Un sueño! ¡Hablarán de esta ciudad en todo el Virreinato! ¡Levantaremos
 adoquín por adoquín, y así brillará hasta el suelo que pisamos!

Y levantaron adoquín por adoquín, y empedraron las calles de Potosí con barras de plata pura...

VECINA —Oiga, ¿y dónde estará ese lugar? Parece como un cuento de Alí Babá.
 ABUELO —¡Por Dios, señora! ¡Quién no sabe dónde está la ciudad de Potosí?
 VECINA —¿Y dónde está, pues?
 ABUELO —Pues... pues... Potosí... Potosí... ¡Potosí está ahí!
 VECINA —¿Dónde ahí?
 ABUELO —Entiendo yo que en Colombia... o no sé, no sé... más bien yendo hacia
 Venezuela por el sur, por la frontera... digamos que...
 VECINA —¿Digamos qué?
 ABUELO —Bueno, digamos que... no sé. Realmente no sé.
 COMPADRE —Pues hace 400 años todo el mundo sabía demasiado bien dónde estaba
 Potosí.

En el corazón de Bolivia, en los altos páramos andinos, está la Villa Imperial de Potosí. Y en Potosí, está el Cerro Rico, el Sumag Orgo la mayor mina de plata de nuestro continente. En los primeros años de la colonia española y durante muchísimos años más, Potosí fue la ciudad más grande de América, cuando ni siquiera se oía hablar de Nueva York. Tenía más población que las más importantes ciudades de Europa: Roma, París, Sevilla... La fabulosa mina fue descubierta apenas 50 años después de llegar Colón a América. Y desde ese momento, se volcó sobre Potosí una avalancha de buscadores de tesoros, caballeros, soldados y frailes. En pocos años se hacían ricos y levantaban con la plata, templos, palacios, monasterios y burdeles...

ESPAÑOLA —¡Lo que me encanta de esta ciudad es que aquí se le puede prender un
 candil a Dios y otro al diablo...!
 ESPAÑOL —¡Y los dos candiles de plata, mamita!

Los españoles le abrieron cinco mil túneles al cerro para sacar el mineral. Y aparecían filones brillantes de plata pura. Después, hasta barrían el polvo con escobilla para no perder ni un gramo. Durante más de 200 años aquella montaña estuvo produciendo plata... ¡y mucha plata!

ESPAÑOL —¡Otro filón de plataaa...!

La plata entraba por la boca de los hornos y ya convertida en barras era llevada en caravanas de llamas y mulas hacia el puerto...

ESPAÑOL —¡Levantad anclas!... ¡Arriba las velas!... ¡Rumbo a España!

Los galeones, cargados de barras de plata, ponían rumbo hacia el puerto español de Sevilla...

ESPAÑOL —¡Ha llegado otro barco de las Américas! ¡Tirad anclas! ¡Preparaos a desembarcar!

Ya en España, la plata de Potosí entraba a los talleres de laminación...

Y así un año, y otro año, y otro año...

ESPAÑOL —¡Otro filón de plata! ¡Levantad anclas! ¡Rumbo a España! ¡Ha llegado otro barco de las Américas!

Potosí se convirtió en la bocamina de América. Durante los primeros 150 años de la colonia española llegaron a Sevilla 35 millones de libras de plata fina. Una cantidad muy difícil de imaginar. Se decía entonces que con ella se podría haber construido un puente de pura plata desde la cumbre del Cerro Rico hasta la misma puerta del palacio de los reyes españoles, al otro lado del mar inmenso.

VECINA —Bien bonita la historia ésta... Digo yo, que si no hicieron el puente, por lo menos, cada señora de España tendría sus tres collares, sus pulseritas, su buen anillo... ¿A que sí?

COMPADRE —A que no. Porque la plata de Potosí casi no se usó para hacer joyas, sino para fabricar con ellas dinero, monedas.

ABUELO —Pero no serían como éstas de ahora que las hacen de cualquier chatarra vieja.

COMPADRE —No, aquellas eran de plata pura. La plata era el dinero de aquellos tiempos.

VECINA —Pues aunque sea sin collares la historia sigue siendo bonita y me hubiera gustado vivir allí. Con tanta moneda, todos serían ricos.

COMPADRE —Pues fíjese que ni eso. Ese dinero ni lo veían los españoles. Ni siquiera se quedaba en España. Las cosas andaban bien mal en aquel país. Y la plata que sacaban de Potosí pasaba rápidamente del bolsillo del Rey de España al bolsillo de los comerciantes y de los banqueros de los otros países de Europa.

CARLOS V —Mi estimado banquero Függer: estoy cada día más preocupado.

FUGGER —Mi estimado Rey de España: ¿por qué os preocupáis?... ¿Por las deudas que tenéis pendientes con nosotros?

CARLOS V —No, no es eso... Lo que me preocupa es el demonio y los endemoniados herejes... Son malos tiempos estos, querido banquero, y el demonio anda suelto por cada rincón de mi imperio... ¡Hay que defender la fe! ¡La religión está amenazada por mis enemigos, esos malditos protestantes!

FUGGER —Majestad, ya sabéis que con cañones y escudos se vence al demonio y a los protestantes. ¿Cuántas armas necesitáis?... Si tenéis suficiente plata, de esa tan pura y tan abundante que os está llegando de América, no tenéis por qué inquietaros... Nuestros bancos se ocuparán del resto...

CARLOS V —Mi querido Fürgger, en las manos de España Dios ha puesto más plata que la que Europa entera pueda siquiera imaginar... ¡Las minas de Potosí! Somos los dueños de un imperio donde no se pone el sol y en donde no se acaba la plata.

España estaba hipotecada. Pero el Rey Carlos V y los reyes que le siguieron, gastaban los tesoros de América en inacabables guerras religiosas, en derroches cortesanos y en pagar deudas cada vez más gigantescas... Ni toda la plata de Potosí sirvió para salvar a España de la ruina. Y en 200 años más, el país estaba en una total bancarrota.

COMPADRE —Antes que los barcos con la plata llegaran a Sevilla, ya el rey español los tenía entregados a los banqueros que le andaban detrás para que pagara. Estaban los Weiser y los Fürgger, que eran alemanes, los Shetz, los Grimaldi italianos... Había ingleses, holandeses, franceses... Todos esperando para cobrar sus deudas...

VECINA —¡Ajajá! Entonces España tenía la vaca, ¡pero otros se tomaban la leche!

COMPADRE —Así mismito. Y era mucha la leche que se tomaban. Si, América era un negocio europeo. Los países de Europa, los que hoy llamamos de la Comunidad Europea, ésos eran los que se tomaban la leche.

ABUELO —¿Y qué hicieron con tanta leche... digo, con tanta plata?

COMPADRE —Bueno, ellos sabrán lo que hicieron...

VECINA —Oiga, ¿y ese señor que estuvo antes hablando con el rey de España, ése era un europeo, verdad?

COMPADRE —Sí, era un banquero alemán.

VECINA —¿Y no podría hablar yo un rato con él, a ver si me aclara un poco todo este asunto...?

FUGGER —¿Quién me molesta?... Ah, es usted.

VECINA —Pues sí, señor banquero... Quisiera preguntarle una cosa.

FUGGER —Pregunte usted, señora.

VECINA —Pues... pues... ¿cómo le diría?... Yo quiero saber qué es lo que hicieron ustedes con toda la plata que se llevaron de Potosí?

FUGGER —¿Qué nos llevamos? Señora, no hable de esa manera. Esa plata nos la pagó a nosotros el rey de España. El debía, nosotros cobrábamos.

VECINA —¡Vaya gracia! Un ladrón robándole a otro ladrón...

FUGGER —Un poco más de educación, señora, por favor...

VECINA —Está bien, está bien, dejemos eso... Pero con-teste a mi pregunta: yo lo

que quiero saber es dónde están metidos todos esos montones y montones de plata... Porque, que yo sepa, no levantaron ningún puente sobre el mar... ¿Qué hicieron entonces? ¿La guardaron? ¿En qué la gastaron?

FUGGER —Pues veré, nosotros empezamos a... Ni intente comprender, señora, eso es un secreto profesional...

VECINA —¿Qué secreto ni qué cuento chino! Por qué no contesta? Yo quiero que me diga qué hicieron ustedes con todo ese dineral que se llevaron de aquí?

FUGGER —Señora, ¿para qué remover el pasado? Todo esto ocurrió hace siglos. Estamos ante un secreto histórico algo complicado. No intente comprender.

VECINA —¡Vaya con el banquero secretista!

COMPADRE —Sin pleitos, sin pleitos... A ver, don Függer, retírese por favor...

ABUELO —Óigame, señora, esos no son modos... Así no se trata a los personajes de la historia.

VECINA —¡Pero es que ese banquero me cargó con tanto secreto!

ABUELO —Esas cosas son muy complicadas, señora. ¿Cómo vamos a entender nosotros los enredos de los economistas?

COMPADRE —Pues la verdad es que no hay ni mucho enredo ni mucho secreto. La cosa es tan clara como el agua de lluvia. ¿Ustedes vean todos esos países de Europa, tan refinados, tan elegantes, que fabrican desde una computadora y un avión supersónico hasta un perfume de lujo; esos países donde sobran autopistas, automóviles, industrias de todas clases; esos que llamamos »los países del primer mundo«, los de la Comunidad Europea, los países desarrollados? Pues el gran secreto es que se desarrollaron a costillas nuestras. Que en la raíz de todo su desarrollo está nuestra plata, la plata de Potosí, la que empezaron a acumular hace 400 años.

VECINA —¡Anjá! ¿Con que eso era lo que el banquero no se atrevía a decir?

COMPADRE —Eso era. No quieren reconocer que Europa se levantó con dinero robado. Que las riquezas europeas se deben a que hace siglos nos saquearon. Potosí fue la vena yugular de América. Toda la sangre se la chuparon ellos.

ABUELO —Hombre, pero usted olvida algo importantísimo: que los europeos son, a más de inteligentes, gente trabajadora y ahorrativa.

COMPADRE —¿Ahorrativa?... ¡Jugaron con ventaja, amigo! Se dice pronto: 35 millones de libras de plata robadas. ¡Montañas de dinero, así, mansitas!... En toda la historia de la humanidad, nunca se había acumulado tanto dinero en tan poco tiempo. Imagínense que las riquezas que sacó España de Potosí eran tres veces más que las que tenían toditos los países de Europa juntos. Y ahí está el secreto: con tanta plata les alcanzó para todo, para enriquecerse y para construir todo tipo de fábricas. ¿Y qué pasaba después? Que lo que hacían en esas fábricas nos lo venían a vender a nosotros aquí. ¡Negocio redondo! Primero les quito la plata y después les vendo lo que fabrico con esa misma plata. De ese jueguito vivían los ricos de Europa y sus compinches, los españoles ricos de Potosí...

PREGONERO —¡Señoras y señoritas de Potosí!... Vean, vean las nuevas mercancías llegadas de Europa... ¡Finísimas telas de Italia!... ¡Elegantes sombreros de

París y Londres!... Oui, oui, mademoiselles, voilà la crème!... Encajes, espejos y tapices de Flandes!... Bellísimos bordados de Holanda!

Potosí era la ciudad más cara del mundo. En su mercado no faltaba para los colonos españoles ni uno solo de los productos más exquisitos de aquel tiempo. Aquella sociedad derrochadora y fiestera lo compraba todo con la plata...

- PREGONERO —¡Cristales de Venecia! Signorina mía, ponga en su encantador piecesito una media di Napoli!... Mamma mía!... Vean, vean, espadas de Alemania, sedas de Francia...
- ESPAÑOLA —Ayer compré este sombrero de plumas... Dicen que en París es el último alarido de la moda... ¿Te gusta?
- OTRA —¡Es precioso! Pero tendrás que comprarte otro más elegante para el próximo baile... ¿supiste? En Sucre leyeron el bando: la fiesta por la coronación del rey Felipe II durará 24 días... ¡con 24 noches!
- ESPAÑOLA —¡Oh, lá lá!... Mientras haya plata, no faltará aquí la algazara.
- ESPAÑOL —¡Ciudad de novedades y desvergüenzas!
- ESPAÑOLA —Ciudad encantada, mi amor... ¿Cuándo en España pudiste ir a un banquete así?

Doña Cecilia Contreras de Torres, señora de Ubina, y doña María de las Mercedes Torralba de Gramajo, señora de Colquechaca, competían a ver quién daba fiestas con mayor lujo y con más sonado derroche...

- ESPAÑOLA —Anda a tirar las bandejas y los platos por el balcón principal, Micaela...
- CRIADA —Pero son de plata, señora...
- ESPAÑOLA —Por eso mismo, tonta... ¡para que vea la lechuzona de Cecilia, que si ella es rica, nosotros ya somos millonarios! Tira la mitad de la vajilla de plata... ¡y procura que haga bastante ruido al caer!
- INDIO QUECHUA —Soy Juan Mamani. De Potosí soy. Del Potosí de ahora, donde ya acabaron fiestas, donde ya acabó la plata. Al cerro le abrieron mil agujeros y por ahí se le salieron sus entrañas. En el cerro de la plata trabajaron abuelos de mis abuelos. En las noches escuché contar que dura era la tarea, pues. Amaneciendo día lunes, los metían cerro adentro. Arreados como mulas iban. Allí, en el vientre de la montaña, pasaban la semana toda sin ver el sol, picando la plata alumbrándose con velas. Dormían dentro. Mascaban coca dentro para asustar el hambre. Y respiraban polvo de enfermedad, que era el llanto del cerro. El domingo salían fuera, al viento helado, desde el fondo del infierno. Y entero el domingo pasaban olvidando, bebiendo chicha hasta caer por el suelo. El látigo del español, listo siempre. «Indio escucha por la espalda», decían cuando pegaban. Morían en el cerro, dentro del cerro, quebradas las cabezas, reventados los pechos. Morían cuando los arrastraban desde su campo a la mina. Era la tristeza del corazón y el frío los que mataban en el camino. Morían. Murieron mujeres, hasta niñas murieron. Por eso rezaban al dios del cerro para que sacara ya la plata. Vino ya al día en que Taita Dios escuchó

la voz de los muertos y de los que aún vivían. Maldijo la codicia de los blancos. Y no sangró plata nunca más el cerro. Se acabó.

Después de más de dos siglos de explotación, cuando la plata se acabó, Potosí cayó en el vacío. La ciudad más rica de América se hundió en la mayor miseria. Lo mismo pasó en Zacatecas y Guanajuato, en México, y más tarde, en Ouro Preto, en Brasil. En las grandes ciudades mineras de América, en las que hicieron rica a Europa, hoy sólo quedan vivos los fantasmas de la riqueza muerta.

Bolivia es el país más pobre de la América del Sur, uno de los más pobres de todo el mundo. Potosí no es hoy más que una pobre ciudad de la pobre Bolivia. La ciudad que más ha dado al mundo y la que menos tiene. El Cerro Rico, a cinco mil metros de altura, parece una muela cariada. En sus túneles 8 millones de indios fueron sacrificados para enriquecer a Europa. 8 millones de cadáveres quedaron en los socavones de la fabulosa montaña de la plata.

COMPADRE —Ocho millones... ¿Se da cuenta? 8 millones de vidas costó el relajo de Potosí, el robo más grande de la conquista española.

ABUELO —¿Y usted no estará exagerando un poco? Me parecen demasiados los...

COMPADRE —¿Quiere regatear? Está bien, rebaje a 3 ó a 6 ó a 4 millones el número de los mineros muertos... ¿Es menos crimen por eso?

ABUELO —Sí, todo es muy triste, yo no lo niego, pero a mí me parece que tampoco podemos juzgar las cosas de antes con los criterios de ahora.

VECINA —¿Ah no? ¡Pues a mí lo que me parece es que matar y robar al prójimo es un delito ayer, hoy y mañana! ¡Al pan, pan y al canalla, cárcel!

ABUELO —Tranquilícese, señora, no se ponga así...

VECINA —¿Y cómo me voy a poner? Si no se puede uno imaginar ni tantos montones de plata ni las botaraterías de esa «señora de los gargajos» ni el abuso de Europa ni tanta muerte...

ABUELO —Está bien, está bien, pero eso ya pasó hace muchos años...

VECINA —Muchos años, pero yo me enteré ahora. Y me duele, me duele por más que esa sangre ya esté seca...

ESTOS INDIOS PEREZOSOS NO TIENEN ALMA

Crónica de un encuentro de culturas

ESPAÑOL —Que si, hombre, que sí, que lo que había en América cuando llegamos los españoles era un atraso. Eso, cuatro indios con plumas en el trasero brincando por los árboles y comiendo mangos. Trabajar, lo que se dice trabajar, no sabían. Tuvimos que enseñarles. Tuvimos que atraerles las semillas, los azadones. Hasta la ropa tuvimos que traerles porque lo de ellos era andar en cueros ¡hala! haraganeando, sin hacer nada.

VECINA —Pero, ¿qué se habrá creído el españolito éste, eh? Viene aquí a ofender. ¿Usted oyó eso de los indios con plumas en el trasero?

ABUELO —Pero algo de razón tiene, señora. La verdad es que cuando los españoles llegaron a América aquí había muy poca cosa. ¡Si no hubiera sido por ellos, en qué ignorancia no estaríamos todavía!

70 millones de indígenas vivían en América cuando aparecieron en el horizonte los españoles y los portugueses. Una población diez veces mayor que la de España y Portugal en aquel tiempo. A la llegada de los conquistadores estaba en su esplendor el gran imperio inca, que abarcaba el continente de una punta a otra punta de los Andes. Los incas habían alcanzado una sorprendente organización social y técnicas muy avanzadas en ingeniería, agricultura y medicina.

Tenochtitlán, la hermosa capital de los aztecas, en el corazón de México, asombró a los españoles. Sus amplias avenidas estaban mejor trazadas que las de Roma. Y sus pirámides eran más perfectas que las de Egipto.

En Centroamérica, se encontraron los recién llegados con la antigua civilización de los mayas, grandes astrónomos y sabios matemáticos.

VECINA —Pero, entonces, ¿de dónde sacó el español ése lo de cuatro indios brutos?

COMPADRE —Eso no es nuevo, señora. Durante la colonia española, ya se decían esas cosas. Y peores. Y las decían gente muy famosa, gente muy culta...

El cronista español Gonzalo Fernández de Oviedo, que escribió libros y libros sobre América, decía:

OVIEDO —«Los indios son gentes ociosas y viciosas, de poco trabajo. Muchos de ellos, por pasatiempo, se matan con veneno. Y lo hacen sólo por no trabajar. Son tan salvajes que piensan que todo es común».

Voltaire, el famoso filósofo francés, hablaba así:

VOLTAIRE —«Los indios son perezosos, estúpidos, son hombres inferiores».

El teólogo español Tomás Urtiz, escribía:

ORTIZ —«Los indios no se diferencian en nada de los animales, vegetales y minerales. Por su propia naturaleza son esclavos y deben ser sometidos a la obediencia de criaturas más racionales».

Y fray Corneille de Paw, religioso alemán:

PAW —«No tienen alma. Son sólo bestias degeneradas y flojas. Y además, las mujeres son tan feas, que se confunden con los varones».

VECINA —¡Pues más feo sería ese cura desgraciado!

ABUELO —No se altere, señora, que el cura no dijo eso por usted.

VECINA —A mí que me importa por quien lo dijo. ¡Habrás visto!

COMPADRE —Lo más curioso de este asunto es que insultaban a los indios, pero no podían vivir sin ellos. Los necesitaban. Los indios haraganos -como ellos decían- eran los que trabajaban en las plantaciones y en las minas. Y claro, lo que pasa siempre: tenían que decir que eran animales para ponerlos a trabajar como animales.

ABUELO —Por lo que oigo, se difama. A ver, ¿por qué usted no menciona también lo bueno? Hable de las Leyes de Indias, que fueron un modelo de humanismo, de respeto. Me han dicho que a la Reina Isabel, que escribió esas leyes, le van a hacer santa un día de estos en Roma...

COMPADRE —Las Leyes eran bonitas en el papel. Pero no pasaban del papel. Los mismos españoles que vivían en América se inventaron un refrán: «Las leyes se acatan pero no se cumplen».

VECINA —Lo de siempre, que el que hace la ley, hace la trampa, ¿no?

ABUELO —Pues, a pesar de todo, yo soy de la teoría que la colonia española fue mejor que la inglesa. Se dio, ¿cómo diríamos?, un encuentro de culturas. Los españoles, por ejemplo, mezclaron su sangre con la nuestra, y eso...

VECINA —Bueno, violando indias cualquiera se mezcla.

ABUELO —Ay, señora, usted todo lo ve negro.

COMPADRE —Sí, ahora se está hablando mucho del «encuentro de culturas». Pero, la verdad es que España nunca quiso encontrarse con la cultura del indio, lo que quiso fue aprovecharse del trabajo de los indios. Se calcula que cuando los conquistadores llegaron a América vivían en nuestro continente 70 millones de indios. Después de siglo y medio de colonia, la población indígena se había reducido a sólo tres millones y medio.

VECINA —¿Cuánto ha dicho? ¿Qué de 70 millones sólo quedaron 3?

ABUELO —Bueno, eso es una opinión. Unos dirán una cosa. Y otros, otra.

VECINA —¡Y usted es el que anda hablando de encuentro de culturas?... ¡Vaya encuentro!... ¡Diga mejor un encontronazo!

ABUELO —Ya está bien, señora. No hable así de los españoles ni de la madre patria.

VECINA —¿Madre patria? ¡Si así es la madre, mejor ser huérfano!

ABUELO —Pues yo no me creo nada de eso. Esto me huele a leyenda negra. Eso hay que probarlo.

JUEZ —¡Queda abierta la sesión!

FISCAL —La acusación es bien clara, señores: más de 65 millones de indígenas perdieron su vida, de una u otra manera, durante los primeros 150 años de la colonia. ¿Quién es el culpable de este crimen, de 65 millones de crímenes? Alguien tiene que serlo porque esos indios no murieron de viejos ni en la cama. ¿Quién es el responsable, entonces? Vamos a averiguarlo. Vamos a ir llamando desde el más alto hasta el más bajo. ¡Que se presente Felipe III, rey de España!

REY —Aquí estoy, señor mío. ¿Para qué se me solicita?

FISCAL —Majestad, usted gobernó durante más de 20 de esos 150 años de colonia española, ¿no es cierto?

REY —Es cierto. Fui rey desde 1598 hasta 1621. Durante esos años me tocó la ardua labor de gobernar a medio mundo, a España y a América.

FISCAL —¿Y su Majestad es católico, verdad?

REY —Sobra la pregunta, señor mío. Los reyes de España siempre hemos sido católicos, apostólicos y romanos.

FISCAL —¿Y cómo es posible, entonces, que usted, siendo un rey católico, permitiera tantos crímenes y abusos contra los indios?

REY —Ya sabía por dónde iba a salir usted. Ahora es muy fácil hablar. A usted, a ustedes, los que se las dan de progresistas, me gustaría haberlos visto en mi lugar gobernando un imperio enorme y sin teléfonos ni aviones ni adelantos que hay ahora. Buena voluntad no me faltaba, se lo aseguro. Pero no era tarea fácil gobernar América desde un palacio en España.

FISCAL —¿Pero usted sabía lo que estaba pasando con los indios en América?

REY —¿Y qué era lo que estaba pasando, a qué se refiere? Durante mi reinado, América estuvo en paz.

FISCAL —¿Y estaban en paz también los indios que eran arrancados de sus comunidades para trabajar en las minas?

REY —¡Arrancados, arrancados...! No exageremos. Usted dice «arrancados de sus comunidades». Yo digo organizados para un trabajo más productivo.

FISCAL —Pues yo digo arrancados, arrastrados a la fuerza, asesinados. En la mina de Potosí, de 100 indios que iban, 70 no volvían nunca. En la mina de mercurio de Huancavelica los gases venenosos mataban a los indios en 4 años de trabajos. ¿Qué le parece?

REY —Lo admito. Hubo algunos excesos. ¿Dónde no los hay? Precisamente al conocer esos abusos, de mi puño y letra envié una carta pública prohibiendo el trabajo forzado en las minas.

FISCAL —¿No me diga?

REY —¿No lo cree, verdad? Pues vaya y busque la carta. Está fechada en el año 1601.

FISCAL —¿Con eso me quiere decir usted que no tiene la culpa de nada?

REY

—Con eso quiero decirle que yo no podía hacer

[Páginas 38 y 39]

FISCAL

—¿Usted es sacerdote?

PADRE

—¿Y qué voy a ser si no? ¿No ve la cruz, no ve la sotana?

FISCAL

—Usted, padre, ha oído lo que ha dicho el rey, el corregidor, el encomendero... Usted conocía esos abusos. ¿Por qué no dijo nada?

PADRE

—Mire, usted, en mi calidad de ministro de Dios yo reflexioné mucho sobre la situación de América y de los indios. Aquí se está hablando de culpas. Pero el asunto principal es muy otro. Es muy otro el meollo de la cuestión.

FISCAL

—Y a su juicio, ¿cuál es ese meollo, padre?

PADRE

—Le extrañará lo que voy a decirle. Pero yo y otros teólogos de renombre llegamos a la conclusión de que los indios son seres inferiores, criaturas irracionales.

FISCAL

—¿Usted opinaba así?

PADRE

—Opinaba y sigo opinando. Mire señor: seamos sinceros. Los españoles hicieron sus cosas, no lo niego. Pecaron. No lo niego. Pero se arrepentían de sus pecados. Todos somos pecadores. Y es propio de una criatura racional el pecar y el arrepentirse.

FISCAL

—¿Y los indios?

PADRE

—Esos no. Esos no se corregían nunca. Volvían a sus vicios peor que animales. Porque usted a un perrito lo va educando y algo aprende. Pero al indio no. Por las buenas, no. Por las malas, tampoco.

FISCAL

—Pero, padre...

PADRE

—No, no, déjeme hablar. Mírelos, mire a los indios todavía hoy como andan: igual que hace 500 años. A ver, dígame, ¿qué indio no se emborracha? En mi tiempo era igual. Salían de la mina y ya estaban bebiendo. Tomando aguardiente hasta rodar por el suelo.

FISCAL

—Pero, padre...

PADRE

—Cállese, déjeme explicarle. Mírele la cara a los indios: mascando hojas de coca día y noche, babeando esa baba verde de la coca. Otra cosa no saben hacer: emborracharse y drogarse.

FISCAL

—¿Y por eso usted escribió que eran menos que animales?

PADRE

—Por eso y mucho más. Usted no vio nada. Aquí abundaban los pecados de la carne. Un hombre con tres mujeres, una mujer con tres hombres. Todo revuelto, todos con todos. Y lo hacían al aire libre, como lo más natural del mundo. Yo estoy convencido que por toda esa indecencia es que se morían tantísimos, se contagiaban unos a otros.

FISCAL

—Creo que la viruela y el tifus lo trajeron los españoles, padre.

PADRE

—Yo no sé quién trajo a quién. Yo sé que las indias le pegaban la sífilis a los capataces españoles.

FISCAL

—¿Eran también las indias las que violaban a los capataces?

PADRE

—No tanto, hombre. Pero si ellas andaban medio desnudas, ¿quién provocaba a quién, dígame? Si usted va en cueros por la calle y le pasa

algo, aténgase a las consecuencias.

FISCAL —Es suficiente, padre.

JUEZ —¡Que pase el último testigo, el señor capataz!

FISCAL —¿Usted fue capataz de indios?

CAPATAZ —Sí, señor, la última rueda de la carreta.

FISCAL —¿Y en qué consistía su trabajo?

CAPATAZ —¿Mi trabajo? Mi trabajo era andar arreando indios para la mina. No paren la producción, no se puede parar la producción. Pero esos jodidos indios se morían demasiado pronto.

FISCAL —¿Y entonces?

CAPATAZ —Entonces, ¿qué íbamos a hacer? Pues a buscar más indios. A reclutarlos en las aldeas. Los amos obligaban. Y ponte a corretear no sé cuántas millas para atraparlos.

FISCAL —¿Y si los indios se resistían?

CAPATAZ —Les regalábamos aguardiente, los emborrachábamos. Cuando abrían el ojo, ya estaban dentro, trabajando en la mina.

FISCAL —El padre habló de los vicios de los indios...

CAPATAZ —¡El fraile ése es un mentiroso! El alcoholismo lo metimos nosotros. Aquí en América no había eso. Lo mismo con la coca. Los indios la usaban en sus fiestas, sí. Pero ¿quién se la empezó a vender a puñados? Nosotros. Mascando esa porquería resistían más en el trabajo y comían menos.

FISCAL —Pero el padre dijo que...

CAPATAZ —Lo que no dijo el padrecito ése es que ellos, los curas, sacaban el diez por ciento del precio de la coca.

FISCAL —¡Anjá! ¿Así que los curas estaban en el narcotráfico de entonces?

CAPATAZ —Sí, sí, desde el obispo hasta el monaguillo todos se zampaban sus buenos diezmos por la coca. En el púlpito a criticarla, y en la sacristía a cobrarla.

FISCAL —Por lo que veo, todos hacían buen negocio en América.

CAPATAZ —¿Y a mí qué me dice usted? El rey mandaba, el corregidor mandaba, el cura bendecía. Los capataces cumplíamos órdenes. Nosotros no tenemos culpa de nada.

FISCAL —Claro, claro, usted tampoco tiene la culpa. Nadie tiene la culpa. O sea, que hay 65 millones de asesinados y no aparece ningún asesino. La colonia española tuvo más mano de obra gratis, más fuerza de trabajo esclava que ningún otro imperio en la historia del mundo. Así amasaron enormes beneficios. Pero el costo de esos beneficios fueron 65 millones de seres humanos con alma, con corazón. 65 millones en 150 años: 500 mil víctimas en cada año de «encuentro cultural». Más de mil muertos por día. Un muerto por minuto durante los primeros 150 años de colonia española. ¡Y nadie tiene la culpa!

¿Quiénes son los asesinos? ¿Quiénes mataron a los taínos y a los siboneyes en los humilladeros del Caribe?

¿Quiénes los pusieron a buscar oro en los ríos hasta matarlos?

Se llaman Cristóbal Colón, Diego Colón, Bartolomé Colón, Diego Velásquez, Pánfilo de

Narváez. Ellos son los asesinos.

¿Quién habla en nombre de los indios buscadores de perlas que murieron con los pulmones rotos en el fondo del mar de las Antillas? ¿Quiénes son los asesinos?

Hernán Cortés empezó el exterminio en México. Y por su hazaña, le fueron entregados 43.000 indios como esclavos. ¿Quién habla por ellos?

¿Quién reclama en nombre de los vencidos? ¿Quién mató a los totonacas y a los otomíes? ¿Quién habla en nombre de los tepehuanes muertos en las minas de Zacatecas?

¿Quién mató a los mayas-quichés en Guatemala?

Se llama Pedro de Alvarado. El es el asesino.

¿Quién hizo cenizas 8 siglos de literatura maya? ¿Quién quiso asesinar la memoria de los hombres de maíz?

Se llama Fray Diego de Landa. El lo hizo.

¿Quiénes entraron en el Brasil a matar a los caetés y a los cataguazes y a todos los pueblos de la selva y el río? ¿Quién les quitó sus tierras? ¿Quiénes son los asesinos?

En Nicaragua, Pedrarias Dávila mató a más de medio millón de nicaraos y chorotegas haciéndolos trabajar como esclavos, vendiéndoles como esclavos.

Gonzalo Jiménez de Quesada inició el exterminio de los chibchas y los taironas en Colombia.

Francisco Pizarro, Diego de Almagro, Sebastián de Benalcázar iniciaron el exterminio en Perú, en Bolivia, en Ecuador.

¿Quién arrastró a los quechuas y a los aymaras a las minas? ¿Quién los arrancó de sus tierras?

¿Quién habla por los charrúas y los guaraníes?

Pedro de Valdivia: mataste a los araucanos.

Reyes, virreyes, corregidores, encomenderos, capataces: ustedes son los asesinos.

¿Quién reclama por los muertos de aquella mala hora?

TUPAJAMARU —¿Quiénes nos han puesto en este estado de morir tan deplorable? ¿Quiénes se chupan nuestra sangre y comen de nuestro sudor? ¡Nos tratan como a perros, nos sacan el pellejo! ¡Cortemos de una vez el mal gobierno de tanto ladrón zángano que nos roba la miel de nuestros panales! ¡Hermano: el patrón ya no comerá más de tu pobreza!

En 1780, hace apenas unos 200 años, se levantó contra todo este sistema de muerte y esclavitud, José Gabriel Condorcanqui, Tupaj Amaru, que sublevó a los indígenas desde el valle del Cusco, hasta las costas de Arica y la frontera del Tucumán. En su ejército de desarrapados, iban miles de indios de la mina de Potosí, miles de esclavos que servían en las haciendas y en los obrajes. Era una espalda y otra espalda, y todas llenas de cicatrices. Durante un año, los vientos de esta gran rebelión quitaron el sueño a los virreyes de Lima, de Buenos Aires y Bogotá. Por traición, Tupaj Amaru cayó en manos de los españoles. Lo llevaron a la plaza del Cusco, le cortaron la lengua, lo amarraron de pies y manos a las cinchas de cuatro caballos.

PREGONERO —¿Se prohíbe a los indios usar sus vestidos tradicionales!... ¡Se prohíben todas las pinturas de los incas!

Los caballos corren hacia las cuatro esquinas de la plaza. Y tiran y tiran, pero no rompen el cuerpo del indio. No pueden.

PREGONERO —¿Se prohíbe a los indios celebrar sus fiestas! ¡Se prohíbe hablar en

lengua quechua! ¡Se prohíbe el sonido del pututu!

Las espuelas de los jinetes desgarran los vientres de los caballos en un gran esfuerzo. Pero no pueden, no pueden romper su cuerpo. Tupaj Amaru no se parte, no se parte nunca.

PREGONERO —¡Se ordena a los indios vestirse según la costumbre española! ¡Se ordena a las indias peinarse según la costumbre española! ¡Se ordena a los indios hablar la lengua española!

Por fin, cuando el sol se oculta por no mirarlo, cortan el cuerpo del indio en pedazos y lo degüellan como hace dos siglos a Atahualpa, su antepasado.

PREGONERO —¡Se ordena que no quede semilla de este maldito nombre de Tupaj Amaru!!

Así murió el padre de los pobres, Tupaj Amaru, por querer ver a sus hermanos indios libres de la esclavitud.

COMPADRE —Y como él, tantos otros en tantos lugares de América Latina.

VECINA —De los muertos que mataron no nos dicen nada. Y de los que murieron peleando, todavía menos.

COMPADRE —Pero los nietos de los muertos y los nietos de los que murieron peleando, están entre nosotros. 50 de cada 100 ecuatorianos, 50 de cada 100 peruanos, 60 de cada 100 bolivianos, 70 de cada 100 guatemaltecos, son indios. Son los sobrevivientes de nuestros antepasados de América. Aún son esclavos en sus tierras. Pero ya se quitaron la máscara del susto. Y con su verdadero rostro rechazan ese «encuentro de culturas», que nunca existió

EL TRIANGULO NEGRERO

... o mejor dicho: el pecado mortal de Europa

- ANIMADORA —Señoras y señores, ladies and gentlemen, tengo el gusto de presentarles ahora al valiente capitán inglés, experto en economía y en negocios... ¡John Hawkins!!
- HAWKINS —Thank you, thank you, my friends. I'm glad to meet you!
- ANIMADORA —Mister John Hawkins va a contarnos ahora su extraordinaria historia llena de aventuras y peligros. Y como él hizo muchos viajes por América Latina, va a poder hablar con ustedes en buen castellano... ¡Adelante, John!
- HAWKINS —Pues sí, my friends, yo nací en el Condado de Devon. Gracias a Dios, soy inglés, inglés de pura capa. Nací hace mucho tiempo, oh yes, a mitad del siglo 16. Mi papá era capitán de barco, un verdadero lobo de mar. Mi papá gustaba mucho de viajar. Había visitado Africa en muchos viajes. Cuando regresaba de Africa, me contaba de las playas con cocoteros, de los elefantes y los leones de la selva. Y de los negros. Negros y negras fuertes, que se criaban allá. A mí se me hacía la boca agua, oh yes... Un día, siendo yo mayorcito, cumplidos mis 30 años, vino a visitarme un amigo...
- AMIGO —Hello, John, ¿cómo te va?
- HAWKINS —Aburrido, amigo mío. ¿No quieres una buena taza de chocolate?
- AMIGO —Claro que sí, a lo mejor es el último chocolate que nos tomamos en la vida.
- HAWKINS —¿Por qué dices eso, amigo mío?
- AMIGO —Muy pronto no tendremos en Inglaterra ni cacao ni azúcar ni tabaco... ¡Oh, los sabrosos cigarros de América!
- HAWKINS —No te entiendo, amigo mío.
- AMIGO —Yo a quien no entiendo es a los españoles. Son estúpidos. Ni a los portugueses, más estúpidos aún.
- HAWKINS —En eso estoy de acuerdo contigo, oh yes. Pero ¿qué tiene que ver todo eso con el chocolate?
- AMIGO —Amigo John, España y Portugal se han portado como locos. Han acabado con los indios de América. Los liquidaron demasiado pronto. Ya no debe quedar ni una pareja de indiecitos para traerlos al zoológico.

HAWKINS —¿Y quién va a trabajar entonces para ellos en las plantaciones de América?

AMIGO —Ese es el problema, John. Necesitan mano de obra. Mano de obra barata. ¿De dónde le van a sacar?

HAWKINS —¿De dónde...? ¿De dónde? ¡Tengo una idea! ¡Oh, Jesus Christ! ¡Oh, Dios mío, gracias por haberme iluminado el coco! Yo sé dónde puede conseguirse esa mano de obra. Y no barata, sino gratis. ¡Gratis, my friend, gratis! ¡En Africa, amigo mío! En Africa podemos encontrar brazos y piernas fuertes para trabajar en América. Voy a cazar negros en Africa.

AMIGO —¡Estás loco, John Hawkins! ¿Cómo vas a cazarlos?

HAWKINS —Como se caza a un mono o un cocodrilo. Es lo mismo. Anímate. ¿Quieres entrar en el negocio conmigo? ¡Te prometo grandes beneficios, oh yes!

BANQUERO —¿Qué necesita el capitán John Hawkins para su expedición?

HAWKINS —Poca cosa, señor banquero. Un barquito para llegar a Africa. Y unos cuantos hombres bien valientes para atrapar negros. Y unos cuantos fusiles por si los negros no se quieren dejar atrapar.

BANQUERO —¿Algo más, capitán?

HAWKINS —Oh, yes, unos cuantos barriles de ginebra para emborrachar a los jefes de las tribus de los negros para que no molesten el negocio.

HAWKINS —Fue fácil el busines. Me embarqué con un grupo de bravos marineros hacia las costas de Africa. Era el año 1562, no me olvido. A mi barco lo bauticé con el nombre de «Jesús». Porque yo, aunque no lo crean, soy un hombre religioso. Yo sé que a los blancos Dios los creó. Y a los negros el diablo los cagó, ja, ja... Como les decía, llegué a Guinea. Capturé 300 negros bien amarraditos. Y enfilé rumbo a América. En Santo Domingo los vendí a buen precio. Y regresé a Inglaterra con mucha plata. ¡Money, my friends, money! Claro, entonces comenzaron los problemas...

AMIGO —La Reina Isabel está furiosa contigo, John. Se enteró del contrabando de negros. Dice que quiere verte enseguida.

HAWKINS —Oh yes, yo también quiero verla para... para pedirle perdón.

REINA —Míster Hawkins, es horrible lo que usted ha hecho. Es un gran pecado que clama al cielo.

HAWKINS —Majestad, ¿cómo le explicaré...? Me han pagado mucha plata y un cargamento de jengibre y pieles...

REINA —¡Vender seres humanos! ¡Qué barbaridad!

HAWKINS —También me dieron por ellos varios quintales de azúcar...

REINA —¡Qué barbaridad!

HAWKINS —Y un lote de perlas preciosas, preciosísimas... ¡toda una fortuna!

REINA —¡Qué bárbaro!

HAWKINS —Le pido perdón, majestad, por... por no haberle avisado a tiempo del negocio...

REINA —¿Y no podrías hacerme socia comercial para... el segundo viaje?

HAWKINS —¡Por supuesto, majestad, oh yes!

HAWKINS —La Reina de Inglaterra fue inteligente, tenía espíritu de empresa. Me nombró caballero y me dio un escudo de armas. En el segundo viaje ya llevaba cuatro barcos grandes y pude cazar muchos negros más. En el tercero, en el cuarto... ¿Cuántos viajes habré hecho? ¡Alabado sea Dios, que bendijo mi esfuerzo y mi trabajo! Me sacrificué, sí. Pero en los negocios hay que ser decidido y emprendedor, my friends. Hay que ser vivo. Porque en esta vida, el vivo vive del bobo. Y el blanco, del negro. ¡Adiós, bay-bay, see you later!!

COMPADRE —Y toda Europa aplaudió la hazaña del capitán Hawkins. Y comenzaron a contratar barcos y marineros para tomar parte en el negocio. Holanda, Francia, España y Portugal, Alemania, Suecia, Dinamarca... Todos los países «cristianos y civilizados» de Europa, los más ilustres políticos y hombres de negocios, entraron en el comercio de negros, en la compraventa de carne humana. Por supuesto, Inglaterra fue la campeona del negocio.

VECINA —Un negocio redondo, por lo que estoy viendo.

COMPADRE —Redondo no. Un negocio triangular. Un negocio triangular. Un negocio de tres puntas. El negocio que le ha dado a Europa más dinero en toda su historia. Un negocio en tres actos.

ACTO PRIMERO: LLEGAN LOS BARCOS INGLESES A LAS COSTAS DE AFRICA

JEFE TRIBU —¡Le tengo mil negros enjaulados, capitán!

CAPITAN —Demasiado poco. Sobra sitio en los barcos.

Guinea, Senegal, el Reino de Ghana, Nigeria, el Gran Reino del Congo, Angola... Toda la costa africana hasta Mozambique fue invadida por los capitanes europeos. Sus cómplices eran algunos caciques de aquellas tierras, que vendían a sus hermanos...

JEFE TRIBU —Está difícil la cacería, mi capitán. Se esconden en la selva.

CAPITAN —¿Y de qué te sirvieron los fusiles y las cadenas que te di en el viaje anterior?

Los capitanes negreros entregaban fusiles, aguardiente, baratijas, a cambio del cargamento humano.

JEFE TRIBU —Tengo mujeres, buenas paridoras. ¿Y niños? ¿No quieres negritos? Crecen rápido. ¿Quieres niñas? Se ponen sabrosas.

Algunos capitanes más «cristianos» viajaban con un misionero para bautizar a los negros antes del viaje.

MISIONERO —Con esta agua bendita ya sois hijos de Dios. Ahora debéis obedecer a vuestros amos. Esclavo puede ser vuestro cuerpo. Pero tenéis el alma libre para volar un día al cielo.

Encadenados y a latigazos eran subidos a los barcos. Nunca más verían a su familia ni a la tierra donde nacieron.

MARINERO —Se niegan a comer, capitán. No hay como abrirles la boca.

CAPTAN —Fuérzales los dientes con este hierro. Así tragarán.

Encadenados de dos en dos eran acostados en hileras en el fondo del barco, apiñados unos contra otros, con menos espacio para moverse que un muerto en su cajón...

MARINERO —¡Puah! No hay quien entre en esa bodega. Las ratas se los están comiendo vivos.

CAPTAN —Cuida que ellos no se coman las ratas. Se enfermarían y perderíamos mercancía.

Muchos morían en el viaje y eran echados al mar. El tufo de los excrementos y de la sangre era tal que los tiburones seguían a los barcos esperando nuevas presas...

MARINERO —Viene borrasca, capitán.

CAPTAN —¡Habrá que tirar unos cuantos de los que están más dañados, de los más viejos!

Y arrojaban 20, 30 negros vivos por la borda en medio de la tormenta para aligerar la carga del barco.

MARINERO —¡Ya se ve la costa, capitán!

CAPTAN —Frótalos con ese cepillo y aceite para que den buena impresión al desembarcar.

ACTO SEGUNDO: LLEGAN LOS MISMOS BARCOS INGLESES A LAS COSTAS DE AMERICA

Después de 3 ó 4 meses de travesía llegaban los negros a La Habana, a Jamaica, a Cartagena, a Salvador de Bahía en Brasil, para ser vendidos como esclavos. La mitad de la carga se había perdido en el camino. Pero, aún así, el negocio compensaba.

NEGRERO —Están muy flacos... ¡engórdenlos!!

A los enfermos los dejaban morir en el muelle. Los demás eran cebados en el depósito de

esclavos antes de exhibirlos en público.

NEGRERO —¿Quién da más por esta pieza? ¡¿Quién da más?!
COMPRADOR —Diga, ¿cuánto pide por la negra?
NEGRERO —¿Cómo la quiere, con la cría o sin la cría?
COMPRADOR —¿No estará enferma...?
NEGRERO —¡Mírele los dientes!... A ver... Mire las piernas...
COMPRADOR —Si está dañada, se la devuelvo.
NEGRERO —¡Una negra joven, buena para el trabajo y buena para la cama! ¿Quién da más?

Los vendían en el mercado público, desnudos, como animales. En Perú, el corral de esclavos estaba en el mismo centro de Lima.

NEGRERO —¡Márquenlos a fuego!

Los señalaban con hierro candente en las nalgas, en el pecho, con la marca de las compañías negreras de Europa, con las iniciales de los compradores.

COMPRADORA —¿Y qué comen estos negros, eh?
NEGRERO —Cualquier cosa. Lo mismo que un hombre.
COMPRADORA —¿Y si se niegan a comer?
NEGRERO —Con estas correas se arregla todo. Aunque no parezca, son mansos y se van domesticando poco a poco. Tenga cuidado con la preñada. Si le azota la barriga puede perder la cría.

Los trasladaban a los ingenios de caña, a las plantaciones de algodón, de café, de cacao, al fondo de las minas, a talar bosques, a edificar casas para los amos, a cocinar para las señoras...

COMPRADORA —¿Y si quieren escapar, qué hago?
NEGRERO —Córteles aquí, vea: este tendón del pie. Así no llegan muy lejos. A veces, cortándoles las orejas ya se asustan y no intentan escapar. Si tiene buenos perros, no hay problema. Encuentran rápido al cimarrón.

Muchos negros se negaban a vivir, se ahorcaban. Si morían en América, volverían a Guinea siguiendo la ruta del arcoiris. Renacerían en Africa junto a los suyos...

HACENDADO —¿En Africa, verdad? Oiganme bien: yo voy a picotear los cuerpos de los que se maten. Les cortaré la cabeza y los huevos, ¿me oyen? Resucitarán en Africa, sí, pero no podrán comer ni hablar ni acostarse con sus negras... ¡Mátense ahora si se atreven!!

Otros no se mataban. Huían. Se escondían en los montes. Resistían junto a sus dioses antiguos y sus tradiciones. En el nordeste de Brasil miles y miles de esclavos rebeldes llegaron a formar una república independiente. Pero el comercio de esclavos seguía adelante...

ACTO TERCERO: LLEGAN LOS MISMOS BARCOS DE REGRESO A LAS COSTAS

DE INGLATERRA

En América los habían vendido por azúcar, por café, por algodón... Los barcos negreros navegaban ahora rumbo a Europa repletos de materias primas...

INGLES —¡Hay buen cargamento! ¡A desembarcar!

Gracias al tráfico de negros, Liverpool se convirtió en el puerto más importante del mundo. Los mercaderes ingleses sumaban ganancias anuales por más de un millón de libras esterlinas.

INGLES —¡Algodón! ¡A las hilanderías de Manchester!

La industria inglesa prosperaba. A comienzos del siglo XVIII, las tres cuartas partes del algodón que hilaban las fábricas inglesas venía de las Antillas.

INGLES —¡Azúcar!

A mediados del siglo, ya había en Inglaterra 120 refinerías de azúcar. Bristol, Londres, Birmingham, Glasgow... Las ciudades de Inglaterra crecían. Los bancos y los banqueros se multiplicaban.

INGLES —¡De prisa! ¡Embarquen esos barriles, las telas, los fusiles! ¡Rumbo a Africa!!

Y salían los barcos nuevamente hacia el Africa, con los productos ingleses, con las manufacturas, para cambiarlas por negros. Así se cerraba el triángulo maldito. Las manufacturas de Europa se cambiaban por negros en Africa que se cambiaban por materias primas en América que se transformaban en nuevas manufacturas en Europa que se cambiaban por más negros en Africa que se cambiaban por más materias primas en América que se transformaban en nuevas manufacturas en Europa que se cambiaban por... Tanto vendían y compraban las fábricas inglesas, tanto prosperaron con el comercio de esclavos que...

INGLES —¡Hay que inventar algo para producir más telas, para refinar más azúcar, para destilar más ron...! ¡Hay que inventar algo!

Y se inventó la máquina de vapor. James Watt, el inventor, fue pagado con las fortunas de los mercaderes de esclavos. Con la máquina de vapor se multiplicaron los ferrocarriles, las flotas mercantes, los telares, las industrias de todo tipo. El capital amasado con aquel comercio triangular hizo posible el desarrollo industrial de nuestros tiempos. El bienestar y el encanto de la civilización occidental tienen en su base los horrores de la esclavitud, la sangre y el sudor de millones de negros triturados, un genocidio imperdonable.

VECINA —Así que los ingleses y todos los rubios de Europa supieron exprimir bien a los negros, ¿eh? ¡Caramba con esos señorones que se las dan de tan civilizados!

ABUELO —Bueno, señora, eso pasó hace mucho tiempo, no hay que andar revolviendo la historia.

COMPADRE —¿Hace mucho tiempo? Que va, si el comercio de esclavos duró hasta el siglo pasado, como quien dice hasta ayer. Todavía en Cuba, hace 100 años apenas, se podía comprar un negro por 500 pesos... El comercio de esclavos se inició en los primeros tiempos de la conquista de América. Durante 400 años Europa compró y vendió a los africanos como animales. Se calcula que unos 40 millones de seres humanos fueron arrancados a la fuerza de sus aldeas. La mitad de ellos debió morir en el camino. En el fondo del mar y en la boca de los tiburones quedaron 20 millones de hombres, de mujeres, de niños negros. ¿A cuántas bombas atómicas equivale esta cifra? ¿A quién le pasa la cuenta Africa por el crimen más monstruoso y premeditado de la historia? ¿Quién paga este pecado mortal de Europa?

ABUELO —He venido observando que usted le quiere cargar las tintas a Inglaterra. Yo no soy amigo ni enemigo de los ingleses. Pero tengo entendido que fueron ellos precisamente los que más lucharon para acabar con la esclavitud.

COMPADRE —Eso es cierto. A principios del siglo pasado, Inglaterra fue la campeona de la lucha antiesclavista, como antes había sido la campeona en cazar esclavos.

VECINA —Bueno, por lo menos les remordió la conciencia...

COMPADRE —Que va, les remordió el bolsillo. Ya no les salía negocio lo de los esclavos. Porque la industria inglesa producía camisas y vestidos y zapatos y... y no había muchos compradores. Los esclavos no manejaban dinero, no podían comprar nada.

VECINA —¿Y entonces...?

COMPADRE —Entonces a Inglaterra le convenía más el sistema de jornales. Darles la libertad, convertirlos en obreros asalariados y que los antiguos esclavos tuvieran ahora algo de dinero para que les compraran a los mismos ingleses las camisas y los zapatos.

VECINA —¡Pero esa gente son sobrinos del diablo!

COMPADRE —Por eso fue que Inglaterra comenzó a patalear contra la esclavitud. No fue por amor a los esclavos, sino por amor a sus industrias.

ABUELO —Mire, señor, usted todo lo ve con malos ojos. Con ese resentimiento no podemos avanzar nunca. Yo soy de la teoría que estas páginas negras de la historia es mejor olvidarlas ya y...

COMPADRE —...Y los millones de negros que viven hoy en América Latina, los hijos y los nietos de aquellos africanos, ¿habrán olvidado? Los negros de Brasil y de Colombia, los de Venezuela, Ecuador y Perú y todo el Caribe... ¿querrán olvidar?

EL ASESINATO DE LA TIERRA

...el azúcar la mató

BRASILEÑO

—...¿Que por qué comen tierra los niños aquí?... Por el hambre la comen. ¿Y si no? Se hartan de tierra, pero el hambre sigue. El diablo anda suelto por estos montes, por el sertón. El hambre es maldición suya de él. Los blancos decían que comer tierra era vicio de nosotros, los negros. Pero era vicio del hambre muchísima. No hay árboles, no hay frutas, no hay qué. Aquí la tierra es la que está más cansada de todos. No sale nada de ella. Como maldita está. ¿Que cuántos años tengo yo? No cuento. Mirando tanta muerta se me fue la memoria. Sequedades... Por estas veredas secas, si algún cristiano se pierde ya no aparece más. Lo mata el hambre. Muchos se van a otra parte. Es difícil viviendo aquí andar derecho. La muerte de hambre hincha el vientre. Todo miserias... ¿Que por qué no me levanto de esta piedra? ¿Para qué? Miro la tierra. Recuerdo. Estoy cansado yo también.

El sertón, en el nordeste del Brasil, es la región más pobre de toda América Latina. 30 millones de personas padecen la más grave desnutrición en este inmenso desierto, con paisajes que recuerdan a los de la luna. La sequía, el desempleo, los latifundios, empujan a miles y miles de campesinos a abandonar estos pueblos. Los caminos pedregosos están sembrados de tumbas...

ABUELO

—¡Pobre gente! Pues vaya que es maldición nacer en una tierra así, tan pobrísima. Y hasta se la tienen que comer...

VECINA

—Con los países pasa como con las personas: unos nacen con estrella y otros estrellados.

ABUELO

—Una fatalidad. La mala sombra de nacer ahí.

BRASILEÑO

—Malasombra. Así le llamaban al capataz de los esclavos que fue más mentado por estos rumbos. Malísimo entre los malos. Mataba a los negros con su propia mano. Pero, ¿hubo capataces buenos?

HOLANDES
azúcar!

—¡Tierras! ¡Necesitamos muchas tierras para el

PATRON

—Tal vez locos eran todos. La caña de azúcar les

dañó el juicio.

BRASILEÑO

—La caña de azúcar: esa fue la maldición de aquí. Este desierto no era antes. Aquí todo era verde. No había hambre. Nadie, chiquito o grande, andaba con el hambre. Nadie comía tierra...

PATRON

—¡Tierras! ¡Necesitamos muchas tierras! Con una finquita de caña de

- azúcar aquí y otra allá no hacemos nada. Con eso, ¿qué sacamos?
- BRASILEÑO —¿Cuántos años atrás vinieron ellos? No sé contarlos. Aquellos hombres blancos andaban ansiosos de tierras, las robaban. Sembraban caña por todos lados...
- PATRON —Este negocio es a lo grande: o todo o nada. Si no, no sirve. Mucha tierra y mucha caña.
- BRASILEÑO —Donde había lindo cultivo de mandioca, arrancaban la mandioca para dársela a la caña. Donde había bosque, quemaban el bosque. Para la caña. Donde había matas de mango y de naranja, de fruta buena que daban sombra, los quemaban. Matas que tardan años en crecer; las quitaban para sembrar la caña.
- PATRON —Los portugueses ponen las tierras. Los holandeses ponemos el capital. Y el azúcar nos pondrá la plata en los bolsillos.
- BRASILEÑO —Ambiciones. Como locos andaban. De estas tierras, hasta se fueron los conejos, los ciervos, los tapires. Animalitos. Todo por la caña: esa fue la maldición del hombre blanco.

Cuando llegaron los conquistadores a América, el azúcar era un lujo en Europa. Tan escasa y tan valiosa era, que se vendía gramo a gramo en las farmacias. En los lugares donde no aparecía oro ni plata, españoles y portugueses decidieron cultivar este oro blanco, la caña, que podía darles enormes riquezas. Y empezaron a sembrarla por todas partes. En el primer momento, el lugar preferido fue el nordeste de Brasil. Campos inmensos se dedicaron exclusivamente a la siembra de caña...

- BRASILEÑO —Para tanta caña, tanto negro. Venían barcos a recoger azúcar y a dejar negros. A recoger más azúcar y a dejar más negros. En la esclavitud estábamos. Todos a trabajarle al azúcar, como que ella fuera reina. Pienso así. Todo se sacrificaba para ella. La vida y la tierra. Siembra, corta, muele. Siembra, corta, muele en trapiche. Siembra, corta, muele... ¿Qué quedaba? Negros muertos, negros cansados. La tierra se moría también con cansancio. Porque sólo parir azúcar, la cansa demasadamente. Eso lo sabía el blanco. No le importaba. ¿Los blancos? Recoge y recoge dinero. De eso no se cansaban nunca.
- CAPATAZ —¡Dale negro! ¡Más ligero ese machete, que las carretas están esperando!
- OTRO —¡Dale negro! ¡Más ligero ese trapiche, carajo, que hay que engavetar la melaza!
- PATRON —No es suficiente. Hay que sembrar más caña hacia el norte. Más tierras y más ingenios. El negocio del azúcar es el mejor negocio. Toda Europa bebe ron y come dulces. Hay que aprovechar ahora. ¡Esto no va a durar cien años!

Durante cien años, el nordeste del Brasil fue el primer productor mundial de azúcar. Y Brasil, el principal mercado de esclavos. El nordeste volcaba en el puerto de Lisboa, toneladas del nuevo oro blanco. Holanda controlaba el comercio y la venta de azúcar en toda Europa. Las riquezas eran fabulosas.

BRASILEÑO —Era fiebre. Era fiebre de azúcar. Después, cuando se acabó, esto se hizo desierto. Pedregales. ¿El azúcar? Ella mató la tierra. Nos mató. La maldigo.

VECINA —Por lo visto, ese lugar del Brasil no tenía tan mala estrella. Pero vinieron otros a torcerle el destino.

COMPADRE —Y bien torcido se lo dejaron. Porque si esa zona del Brasil es hoy lo que es, es porque ayer fue lo que fue. Tan riquísima ayer y tan pobrísima hoy. Por haber tenido tierras tan ricas, la arruinaron tan rápido. Siempre pasa lo mismo. Más tienes, más rápido te roban. Más rico es un país, más pobre lo dejan. La maldición viene de fuera. Y no hay más maldición que ésta: el cultivo de un solo producto. El monocultivo del azúcar, del café, del cacao, da lo mismo. Y no hay más diablos que éstos: los que inventaron el monocultivo y se enriquecieron con él...

PATRON —¡El negocio es el negocio, señor mío!

COMPADRE —¿Anjá? Miren quién aparece por aquí... No, no pase de largo, señor. Venga, que le queremos preguntar algunas cosas. Les presento a uno de los diablos, digo, a uno de los negociantes del azúcar del siglo 17... ¿O del siglo 18? ¿O del 19? Bueno, es lo mismo. Todos ellos se parecen bastante. Acérquese, por favor.

PATRON —Con mucho gusto y a su entera disposición.

COMPADRES —Bien. Quisiéramos saber esto: ¿ustedes se daban cuenta que si toda la tierra era para el azúcar, no quedaba ya tierra para sembrar otros alimentos? Porque mascando caña no vive nadie.

PATRON —Claro que nos dábamos cuenta, señor. Pero ese no era nuestro problema. Lo que nos interesaba a nosotros era que el Brasil produjera mucha azúcar para poder venderla en Europa. ¿Sembrar yuca y frijoles? ¿Para quién? ¿Para los esclavos negros? Bah, esos comían cualquier porquería. Además, no estaban allí para comer, sino para trabajar. ¿Para quién entonces los alimentos? ¿Para nosotros los españoles, los portugueses, los holandeses...? Ah, éramos muy pocos y traíamos la carne y el vino de fuera.

ABUELO —Pero sembrando la tierra sólo con caña y caña, sin darle un respiro, la estaban echando a perder...

PATRON —Amigo, ése tampoco era nuestro problema. En el negocio el asunto es ganar. Y ganar pronto. El que pestañea, pierde. Además, en aquellos tiempos teníamos tanta tierra disponible en tantos países, que si se gastaba la de un lugar, nos íbamos a otro. ¡Adiós, señores míos, adiós!

COMPADRE —Y así fue, como dice él. Gastaron la tierra en el Brasil, acabaron con todos los cultivos, sacaron montañas de azúcar y montañas de dinero. Y cuando ya no les resultaba el negocio allí, se fueron a las islas del Caribe a ponerlas a producir azúcar. Sembraron caña en las islas grandes y en las chiquitas. Hay una islita muy pequeña en la punta oriental del Caribe que se llama Barbados. Pues ésa la sembraron de azúcar de arriba a abajo y de abajo a arriba. Y la llenaron de esclavos. Acabaron con los bosques, con los frutales, con la ganadería, con todo. Sólo azúcar y nada más que azúcar.

ABUELO —Supongo que se gastarían pronto las tierras de la

tal islita...

COMPADRE

—Claro, pero cuando acababan con una, apuntaba para otra. De Barbados para Jamaica, de Jamaica para Haití, de Haití para Cuba... Y las «islas afortunadas» las convertían en un gran ingenio de azúcar

VECINA

—Como una lotería entonces. ¡Te caía la bolita del azúcar... y a moler caña!

COMPADRE

—Así mismo. Europa tenía sus caprichos. Y cuando les dio por los dulces y las confituras, ya no podían vivir sin el azúcar. Cuando les dio por la glotonería del chocolate, ya no podían vivir sin el cacao. Cuando descubrieron nuestro tabaco, todo el mundo fumando en Europa... Tuvimos que bailar al son que nos tocaban. Llegaron aquí y se repartieron las tierras: ésta para ti, para mí. Después, se repartieron la gente: usted trabaja en la mina, usted trabaja en el campo. Y después, le repartieron a cada país su tarea: este país a sembrar azúcar, aquel otro a sacar plata... Sí, como una rifa.

RIFERO

—¡Comienza la gran rifa de los países! ¡Lotería internacional del trabajo! ¡La suerte es loca y a cualquiera le toca! A ver, a ver, amigos, cada país su numerito y cada numerito su sorpresa... Ustedes, los mexicanos, ¿no quieren concursar...? Los argentinos, los guatemaltecos... ¡Arrímense todos, que nadie se quede fuera! ¡Todos, toditos los países de América Latina, a concursar en esta lotería internacional! A ver, a ver, a ver, por aquí viene Colombia... Ya da vueltas el bombo... a ver qué sorpresita le toca... ¡Café! ¡A producir café, colombianos, café para todo el mundo! ¡Ninguna otra cosita, ¿eh? ¡Sólo café! ¡Esa será su contribución al mercado internacional! Viene Honduras... A ver la suerte de Honduras... ¡Bananos! ¡Ándele, hondureños, catrachitos, a producir bananos! ¡Platanitos para todos! Y Ecuador, ¿qué le tocará a Ecuador, ese país lleno de indiecitos trabajadores...? ¡Cacao!! ¡Buena suerte, ecuatorianos, con su cacao! ¡Bolivia se ha ganado el estaño! ¡Chile, el cobre! ¡Venezuela, el petróleo! ¡Uruguay, las vaquitas!

COMPADRE

—Sí, como una lotería. No les importa el hambre de la gente, ni acabar con los bosques, ni arruinar la tierra. No les importa nada. Sacar dinero y rápido. Sólo importa eso. Con los años ha ido cambiando la rifa de un lugar a otro, de producto a otro, al sube y baja de los precios que ellos mismos ponen. ¿Baja el azúcar? ¡Pues siembren bananos! ¿Bajan los bananos? ¡Pues siembren azúcar! Siempre al capricho de ellos.

ABUELO

—Pues sí, hay que reconocer que esa lotería sigue funcionando. Porque aquí, cada país está colgado de uno o de dos productos. Y por esos productos se salva o se hunde.

COMPADRE

—Colgados, dependientes. Y esa dependencia es lo que tiene en vilo a nuestros países. El país que depende del café, vive en el sobresalto de los precios, de si viene una sequía, de si viene una nueva plaga. Y el que depende del algodón o del cacao, lo mismo. El monocultivo es una maldición. Mata la tierra y mata la economía de un país.

VECINA

—Bueno, y sígale con el azúcar. ¿Qué pasó?

¿Cuánto duró esa lotería?

COMPADRE —La verdad es que el interés por el azúcar duró mucho. El azúcar fue un grandísimo negocio. Durante 300 años no hubo para Europa un producto que diera más dinero que el azúcar de América. Realmente, fue el oro blanco. Un negociazo. Sí, de todos los productos agrícolas que se rifaron durante la colonia, el azúcar fue la reina... Una reina ambiciosa que no permitía rivales, que devoraba tierras y hombres.

PAJE —Mi dulcísima y blanquísima majestad, Reina Azúcar, vuestros dominios se extienden por las islas del mar Caribe como ayer se extendieron por las tierras del Brasil...

REINA —¿Y soy la más hermosa? ¿Soy la única?

PAJE —Sois la única, majestad azúcar. Vuestro poder es inmenso, indiscutible. Toda Europa vive pendiente de vos. Y os entrega sus mejores tierras en América.

REINA —No me fío de lo que me dices. Tráeme mi espejito. Quiero preguntarle a él, que no miente.

PAJE —Enseguida, majestad. Aquí lo tenéis.

REINA —Espejito, espejito... dime la verdad: ¿el frijol es más hermoso que yo?

ESPEJO —No, Reina Azúcar. Vos sois más hermosa que él. Sois la más bella.

REINA —Y la papa, espejito, ¿es más hermosa que yo esa estúpida raíz?

ESPEJO —No, Majestad Azúcar. Vos sois más bella que la papa.

REINA —Y ese desabrido maíz, espejito, ¿se puede comparar conmigo el maíz?

ESPEJO —No, Reina mía, el azúcar es más linda que el maíz.

REINA —Entonces, ¡que acaben con todos! ¡Que los saquen de sus tierras! ¡¡Quiero sus tierras para mí sola!! ¡Quiero más tierras! ¡Más! ¡Más!

COMPADRE —En Brasil el azúcar acabó con el maíz, con la papa, con el frijol... con todo. Pasó el azúcar, pasó el diablo. Y cuentan que la misma calamidad cayó sobre otras tierras y que otros negros tuvieron que servir a esa reina blanca... Ahí tienen a los cubanos...

CUBANO —¿Qué es lo que hay? ¿Cómo es la cosa? ¿Que yo también hable del azúcar por acá? ¡Alabao, caballero! Mi socio del Brasil se quedó cortico. Porque, óigame, en el Brasil esos capitalistas se cogieron un pedazo de país. Pero aquí en Cuba, la isla entera. Sí, nosotros fuimos los últimos en sacarnos la lotería del azúcar. Pero, cuando nos la sacamos, se acabó, mi hermano. Mire, esta isla estaba sembrada enterita de árboles buenos, guayabos, mangos, yagrumas, ceibas, cedros, tamarindos... ni acaba uno de contarlos. Que si un mono se ponía en la punta de la isla, brincando los árboles, llegaba a la otra punta sin que el fondillo le tocara el suelo... ¡Un

fenómeno! Pero cuando vino el sarampión ése del azúcar... ¡Ave maría! Aquí tumbaron todo. Aquí acabaron con todo. ¿Vegas de tabaco? Acabaron con las vegas. ¿Viandas? Ya no querían viandas. ¿Pasto para las vacas? Tampoco los pastos. No había lugar ni para los cochinos. Eso era todito una quemazón, dándole candela al monte, para sembrar azúcar y más azúcar. Y a meter dinero para levantar ingenios. Y a desmontar, y a traer negros, y todo el mundo a trabajar a los camajanes del azúcar. Que esto era una aristocracia de los papatachones del azúcar, que esto era un abuso, que hasta veinte horas se ha trabajado en los centrales de azúcar aquí en esta tierra, óigame... ¡Una barbaridad, que entra zafra y zafra, el tiempo muerto, meses y meses sin trabajo, comiéndose uno un cable... Ahora, que todo ese embullo del azúcar era porque le sacaban mucha plata al asunto. Que si hubieran sacado más plata sembrando y vendiendo mameyes, todo lo siembran de mameyes, que así es esa burguesía, unos bichos, gente sólo de interés... Bueno, desde entonces, que con el cuento y la bobería, hace ya sus 200 años, Cuba se quedó sembrada enterita de azúcar, porque ese numerito de la rifa, óigame, se nos quedó pegado para siempre!

VECINA
ABUELO
COMPADRE
veterano.
ABUELO
COMPADRE
ABUELO

—Ese que estaba hablando era un cubano, ¿no?
—Hombre, si se le conoce desde que abrió la boca.
—Si, ése es un cortador de caña, un machetero

—Pero, ¿ése vive en Cuba ahora?
—Cómo no. Ese da la vida por la Revolución.

—Pues no sé qué revolución será esa. Porque en Cuba antes sembraban azúcar. Y ahora, siguen sembrando azúcar. Antes se la vendían a los americanos. Y ahora, se la venden a los rusos. ¿Revolución? ¡Si todo sigue igual...!

CUBANO
eso!
ABUELO
CUBANO

—¿Cómo que todo sigue igual, chico? ¡Déjate de

—No, yo decía que...

—¿Que tú decías? Mira, viejuco, aquí en Cuba le dimos un golpe de Estado a esa tal Reina Azúcar. Le partimos la siquitrilla.

VECINA
sembrando azúcar?
CUBANO

—Pues si se la partieron, ¿por qué siguen

—Ay, mi hermana, es que cambiar todo así, de sopetón, es difícil. A nosotros nos tenían cortadas las piernas... De la noche a la mañana ponerse a caminar, ¡y a caminar derecho! Nos pusieron en tres y dos. Al comienzo de la revolución se armó el rebumbio, y arrancamos cañaverales y a sembrar otras cosas, y a meterse a la minería, a la pesquería, el acabóse! Pero qué va, eso no es así. Le estábamos echando la culpa de todo al azúcar. Pero la culpa la tenían los que habían estado detrás del azúcar. Los burgueses, el imperialismo yanqui. ¿Tú comprendes? ¿Tú me estás entendiendo, chicha? ¡Estábamos confundiendo el cuchillo con la mano del criminal!

ABUELO
clavado en el riñón.

—Pero el caso es que el cuchillo lo siguen teniendo

CUBANO

—No, viejo, no, ése no es el caso. El caso es a quién le vendes tú el azúcar, quién te lo compra. Ahí está el punto, mi hermano. Todo el mundo sabe que enseguidita de la revolución, los yanquis nos cortaron la cuota de azúcar y nadie de por acá nos compró una libra más. ¡Está bien! Salimos ganando. Porque desde entonces tenemos mercado fijo y precio fijo con países más solidarios. Pagan más, mucho más, y nos tienen respeto. ¿Que a dónde va a parar el dinero que nos pagan? ¡Esa es la cosa más grande, chico, ese es el cambio fenomenal! Porque, óigame, aquí hay muchos centrales azucareros, más centrales que antes, y dan mucha plata. Pero ya no hay dueños de los centrales. Todo el dinero que entra, ni para ti ni para mí, para mejorar el país. ¿Me entiendes cómo es la cosa?

VECINA

—Bueno, si usted lo dice, será que lo ha visto. Y usted ya debe haber visto mucho en su vida, porque mire las canas que tiene. Y no es fácil ver a un negro con canas...

CUBANO

—Ya estoy viejo, sí. Pero sigo entero. Ya no corto caña, pero he cortado burujones.

VECINA

—Pues para ser machetero no se le nota muy

acabado...

CUBANO

—Chica, es que en la mitad de la curvita me agarró la revolución. Y la verdad es que aquí lo que se acabó fue el abuso con el pobre machetero. Tú no lo vas a creer, pero yo tengo un hijo doctor y una hija que está estudiando en la universidad... Si las cosas fueran como antes, el muchacho sería un bruto que no sabría ni el palito de la «i». Y la hija, con su perdón, una guaricandilla... ¿Que aquí no ha cambiado nada? ¡Alabado sea Dios! Está bien, está bien, tenemos todavía un montón de problemas, hija, ¡pero lo que se ha ganado ya! ¡Si hasta el tiempo muerto se murió y hay trabajo todo el año. Un machetero tiene un buen sueldo, su casa, su respeto. El corte lo han ido mecanizando y figúrese que aquí se está siempre pensando qué abono será mejor para este suelo, para este tipo de caña... Siempre estamos pensando cómo cuidar mejor la tierra... Porque la tierra se lo merece, caramba, que ella es la que nos da la chaúcha a todos!

ABUELO

—Demasiado bonito me lo pinta usted...

CUBANO

—¿No lo cree? ¡Pues venga a verlo con sus propios ojos! Sí, con esos dos que tiene en la cara. ¡Que por mirar no se cobra, chico!

EL FIN DEL COLONIALISMO

...y el principio de lo mismo

- VENEZOLANA —¡Viva la República! ¡Abajo los españoles!
 Por toda América soplaban vientos de rebelión contra la colonia española. Comenzaba el siglo 19. En Venezuela, los revolucionarios criollos habían proclamado la independencia. Fue por entonces que un violento terremoto sacudió la ciudad de Caracas. En medio de los escombros y el terror, un fraile español se encaramó en el altar de una iglesia en ruinas...
- FRAILE —¡Castigo de Dios, hermanos! ¡Castigo de Dios! ¿Veis lo que les pasa a los que se rebelan contra España? La naturaleza sabe hacer las cosas. ¡La naturaleza pelea a favor de España y en contra de los rebeldes republicanos!

Un joven oficial republicano, que estaba escuchando el sermón, se abrió paso entre los vecinos asustados. Desenvainó la espada, y a planazos derribó al cura.

- BOLIVAR —La naturaleza, ¿verdad? ¡Pues si la naturaleza se vuelve contra nosotros, lucharemos también contra ella y haremos que nos obedezca!

El oficial se llamaba Simón Bolívar.

- COMPADRE —Lo dijo y lo cumplió. Porque a Bolívar le obedecieron hasta las cordilleras y los volcanes de América. ¿Quién le ganaba al Libertador, eh? ¿Quién le frenaba el caballo?

- VECINA —A Bolívar y a todos nuestros libertadores: a Sucre, a San Martín...

- ABUELO —... Y al cura Hidalgo, y al cura Morelos. Porque ese curita del terremoto era un españolista. Pero hubo muchos curas y muchos párrocos que todo lo contrario: se metieron en esto de la independencia...

- COMPADRE —Bueno, la verdad es que en la independencia de nuestros países, todo el mundo metió la mano. Todos estaban ya aburridos de España. Mire usted a los mismos ingleses. ¿Qué hubiera hecho Bolívar si no lo ayudan los ingleses?

- VECINA —¿Ah, pero los ingleses ayudaron a Bolívar?

- ABUELO —Cómo no, señora. Según tengo entendido los ingleses le dieron dinero y armas para las guerras de nuestra independencia.

- VECINA —Ah, pues hay que estarles agradecidos, entonces. No sabía yo que los ingleses... Ve, eso sí me gusta: cuando hay unión las cosas se resuelven.

COMPADRE —Y fue tanta la unión que, por ejemplo, el día de la independencia de Argentina, se aparecieron en el puerto los barcos ingleses para celebrar la fiesta...

MERCADER —Tenemos que seguir ayudando a nuestros hermanos de Argentina y de toda América Latina. Ellos se han liberado de España y Portugal. Y ahora necesitan de nosotros más que nunca.

El 25 de mayo de 1810 se constituyó la Primera Junta de Gobierno en Buenos Aires. Se iniciaba el camino hacia la Independencia.

ARGENTINO —¡Ya somos libres, ya somos libres!!

Inglaterra se unió al júbilo de los argentinos libres. Desde los barcos ingleses llegados al puerto de Buenos Aires, una salva de cañonazos saludó a la nueva nación latinoamericana.

PRESIDENTE —Pueblo argentino: ya somos libres del yugo español. Nuestra nación ya es independiente y soberana. La política, la educación, la religión, el comercio, deben ser libres también. Se acabaron las barreras y los impuestos. A partir de hoy, que cada uno compre y venda lo que quiera. A partir de hoy, tienen paso libre por nuestros ríos y entrada libre a nuestros puertos los barcos de cualquier bandera que quieran venir a comerciar con nosotros.

Y comenzaron a llegar los barcos ingleses repletos de toda clase de mercancías para ayudar a la economía argentina...

ARGENTINO —¡Mirá todo lo que podemos comprar ahora! Esto de ser independientes es una cosa grande! ¡Viva Argentina! ¡Ya somos libres!

VECINA —Caray, pues se portaron bien esos ingleses, ¿eh? Porque un país así, recién nacido como quien dice, necesita muchas cosas, mucha solidaridad.

ABUELO —No sabía yo tampoco que Inglaterra hubiera ayudado tantísimo...

COMPADRE —Tampoco lo sabía el gaucho Martín.

VECINA —¿Quién dijo usted?

COMPADRE —El gaucho Martín. Uno de tantos y tantos argentinos de aquel tiempo...

El gaucho Martín, botas de cuero y espuelas de plata, vivía tranquilo en su rancho. Cada mañana su mujer se levantaba bien temprano a calentar el agua del mate.

GAUCHO —Apurate, vieja, que tengo que ir a ver el ganao...

MUJER —Ya va, hombre de Dios, ya va... ¡Aquí tenés el mate!

GAUCHO —Ah, vieja linda, qué haría yo sin vos, sin mi mate y...

MUJER

-... y sin tus vacas.

El gaucho Martín tenía muchas vacas en su tierra. De las vacas sacaba el cuero. Y el cuero lo vendía a un compadre suyo que fabricaba botas en Tucumán.

GAUCHO

—¡Arre! ¡Vamos, negrita, vamos...!

Un día llegó al rancho de Martín un hombre alto y rubio, un inglés de bombín negro y paraguas...

MERCADER

—Oh, señor, querido señor, ¿cómo estar usted?

GAUCHO

—Yo siempre estoy bien, amigo. Y ahora mejor. Ya somos libres en Argentina. Bueno, mister, ¿y qué se le ofrece? ¿Quiere un mate?

MERCADER

—No. Quiero cueros.

GAUCHO

—¿Cómo que quiere cueros?

MERCADER

—Queriéndolos. Comprándolos. Estoy visitando a los ganaderos de esta zona para comprar cueros. Ya los vecinos suyos me vendieron.

GAUCHO

—Pues yo no puedo venderle, oiga. Yo tengo un cuñado en Tucumán que me compra siempre. Tiene una talabartería, ¿vio? Fabrica las mejores botas del país. Y se lo digo, no porque sea mi cuñado, sino porque...

MERCADER

—¿A cuánto vendes los cueros a ese cuñado tuyo?

GAUCHO

—Bueno, a 50 pesos.

MERCADER

—Véndeme a mí. Yo te los pago mejor.

GAUCHO

—No, puedo, ¿vio? Ya tengo ese compromiso con mi cuñado de... ¿A cuánto dijo que me los pagaría usted?

MERCADER

—A 100 pesos, amigo.

GAUCHO

—¿A 100?... En ese caso, ¿cuántos me dijo que

quería?

El inglés le compró dos carretas de cueros al gaucho Martín. Las llevó al puerto de Buenos Aires. Y embarcó los cueros hacia Inglaterra. Y al poco tiempo...

MERCADER

—Oh, amigo mío, lo ando buscando por todas

partes.

GAUCHO

—Pues ya me encontró, che. ¿Qué se le ofrece

ahora?

MERCADER

—En realidad, nada. Tomando el sol.

GAUCHO

—Falta le hace. Que ustedes los de por allá son como muy desteñíos, ¿vio?

MERCADER

—Lindas botas tiene usted.

GAUCHO

—Ah, sí... Estas son las que fabrica mi cuñado en Tucumán. Flor de bota, vea... Con éstas baila usted una chacarera y no se enteran los callos.

MERCADER

—¿Y a cuánto las compró?

GAUCHO

—A 100 pesos. Buen precio, oiga.

MERCADER

—¿Y las espuelas, amigo?

GAUCHO

—¿Las espuelas? Ah, estas me las trajeron de Córdoba... No hay espuela como la cordobesa, ¿vio?

MERCADER —Lindo el poncho que lleva puesto, amigo. ¿Me lo deja ver?
 GAUCHO —Cómo no... Es tejido del norte. Aquí en Argentina, como usted ve, sabemos hacer de todo. No hay que ir afuera a comprar nada.
 MERCADER —Ya veo, ya veo... Con su permiso, amigo, ¿me dejaría ver mejor las botas?
 GAUCHO —¡Jajay! Veo que le gustaron, ¿eh? Venga, pruébeselas para que puede comprarse unas iguales en el boliche...
 MERCADER —Gracias, gracias, thank you, thank you...

El inglés de bombín negro regresó a Inglaterra con el modelo del poncho, con el diseño de las espuelas y de las botas.

Las máquinas inglesas comenzaron a fabricarlas igualitas. Y al poco tiempo, cuando el gaucho Martín y su mujer fueron al boliche del pueblo...

VENDEDOR —¡Botas, botas! Vea, don, ¡mire estas botas! Mire éstas, último modelo...
 GAUCHO —¿Qué último modelo? Estas son de las que hace mi cuñado en Tucumán.
 VENDEDOR —Nada de Tucumán. Mire la marca: «Lancachire».
 GAUCHO —¿Lanca qué?
 VENDEDOR —¡Lancachire! ¡Inglaterra! Botas inglesas de la mejor calidad.
 GAUCHO —Ahijuna, igualitas a las de mi compadre, ¿vio?
 VENDEDOR —Igualita, pero más baratas. Se las dejo en 50 pesos.
 GAUCHO —¿50? ¡Que la parió! Baratas, che... las de Tucumán se venden a 100.
 VENDEDOR —Las de Tucumán ya no se venden... ¿Quién va a comprarlas? Además, fíjese en el terminado, buen cuero...
 GAUCHO —Pero, ¿cómo pueden esos ingleses ponerlas tan baratas?
 VENDEDOR —Las máquinas de Inglaterra. Esas máquinas son como el mismo Dios: todo lo pueden. Cada día llega un barco a Buenos Aires con botas, con espuelas, con camisas... Mire estas espuelitas...
 GAUCHO —Esas son de Córdoba.
 VENDEDOR —¿De Córdoba? Mire la marca: «Yorchire». Inglesas. Y más baratas también. Vea estos ponchos... de «Estaforchire»...

Al poco tiempo, el cuñado de Tucumán, el que fabricaba botas, fue a visitar a Martín en su rancho...

GAUCHO —¡Ey, cuñado, al tiempo que se lo ve! ¿Quiere un mate?... ¡Anímese que hay que celebrar la independencia de Argentina!
 CUÑADO —No, mejor que no me hables de eso.
 GAUCHO —¿Qué te pasa, chamigo? Andás con cara de difunto.

CUÑADO —Me estoy hundiendo, Martín. Y vos tenés buena culpa de ello.

GAUCHO —No digás eso, chamigo. Es la ley de la vida. El inglés me da buen precio por los cueros, el doble que vos. Si vos me dieras unos patacones más...

CUÑADO —Pero, ¿cómo te voy a pagar más, Martín? Vos sabés que no puedo. Y menos ahora, que las botas no se venden.

GAUCHO —El inglés las saca iguales y más baratas, a mitad de precio que las tuyas... Tenés que avivarte, chamigo. Vos comprás el cuero muy barato y vendes la bota muy cara. Así no puede ser.

CUÑADO —No digás pavadas, che. Vos sabés que yo tengo una talabartería más chica que esta calabaza de mate. ¿Qué puedo hacer? Trabajo de la mañana a la noche. Pero en lo que tardo yo en fabricar cuatro botas, el inglés pone 400 en el puerto... ¡Maldito puerto de Buenos Aires! ¡Y malditos señores de Buenos Aires que le abren el puerto a los mercachifles de fuera! ¿Cómo pelea una hormiga contra un elefante, decime?

GAUCHO —Subite al elefante. Asocíate. Trabajá con el inglés.

CUÑADO —Trabajá pál inglés, querrás decir. Yo me estoy hundiendo, chamigo. Pero escuchá lo que te digo: atrás de mí, vas vos, vos también te vas a hundir.

Por fin, la talabartería del cuñado tuvo que cerrar. Quebraron también otros talleres de Tucumán. Quebraron los telares de Catamarca y de Córdoba, las destilerías de Mendoza, las fábricas de Salta y de Corrientes... Los productos extranjeros llegaban en grandes cantidades y eran mucho más baratos...

ABUELO —Bueno, así es la vida. Unos van para arriba y otros para abajo...

VECINA —Claro, si el inglés vendía más baratas las botas.

ABUELO —Yo siempre digo que los ingleses nacieron para el comercio...

COMPADRE —Pero un comercio desigual. Ellos jugaban con ventaja. Tenían máquinas poderosas. Producían más rápido, podían bajar los precios...

ABUELO —Bueno, señor, pero así es la libertad de comercio. A los ingleses les podía haber pasado lo mismo. Se arriesgaron. Y ganaron.

COMPADRE —Qué va. Ellos no se arriesgaron. Antes de todo esto, cuando la industria inglesa estaba empezando, el gobierno inglés no dejaba entrar ni un alfiler de fuera. ¿Saben ustedes cómo eran las leyes en Inglaterra para proteger su industria nacional?

POLICIA —¡Atención, ordenanza oficial! Todo ciudadano inglés que sea sorprendido vendiendo a otros países lana o cueros, será considerado traidor a la patria y se le cortará la mano derecha. Si con esto no escarmienta, será condenado a morir en la horca. ¡Atención! Se avisa a todos los ciudadanos de Inglaterra que antes de enterrar a un familiar, deben presentar la firma del párroco certificando que la mortaja del difunto es de fabricación nacional!

COMPADRE —Ahí está el truquito, ¿ven? Inglaterra protegió sus telares y sus fábricas con las leyes más duras de Europa en aquel tiempo. Todo tenía que hacerse y comprarse en el mercado nacional. Después, cuando ya habían desarrollado sus industrias, abrieron la puerta. Entonces, comenzaron a cacarear lo de la libertad de comercio. Y que los otros gobiernos no pusieran barreras de protección, que dejaran entrar los productos ingleses.

VECINA —No eran tontos los inglesitos, ¿eh?

COMPADRE —Hablaban de liberalismo aquí, en nuestros países. Pero en Inglaterra hacían otra cosa. En su país aplicaban el más cuidadoso proteccionismo...

COMPADRE —El desarrollo de un país es como el desarrollo de un niño. Cuando un niño está chiquito no puede salir a pelear con muchachos mayores. Un país tampoco. Eso fue lo que pasó. Nosotros teníamos fábricas pequeñas, recién nacidas. ¿Quién iba a competir con las industrias inglesas que ya tenían maquinarias poderosas? Los españoles y los portugueses no nos habían dejado crecer. Nos pusieron la pata encima durante 300 años de colonia. Y claro, cuando entró la avalancha de mercaderías inglesas, nuestras fábricas se vieron aplastadas. Tuvieron que ir cerrando.

ABUELO —Bueno, otro que salió ganando fue el gaucho Martín. Por lo menos, a él le fue bien vendiendo sus cueros.

COMPADRE —¿Está seguro?

MUJER —¿No querés un mate, viejo?

GAUCHO —¿Qué mate ni mate! ¡25! ¿Pero este inglés me vio cara de boludo? ¿Oís, mujer? ¡25! ¡Ahora no quiere pagarme por los cueros más que 25 pesos!

MUJER —Pues vendéselos a tu cuñado.

GAUCHO —¿A qué cuñado? El cuñado ya cerró. Todo el mundo cerró en Tucumán. Sólo compra cueros el inglés. Y ahora él pone el precio que se le antoja.

MUJER —A los cueros y a las botas también. ¿Sabés a cuanto están ahora las botas? Ya subieron a 200.

GAUCHO —¿Inglés del diablo! Oime, vieja: no quiero que comprés nada que tenga la marca de esos bandidos.

MUJER —¿Y qué compro entonces, viejo?

GAUCHO —Mirá estos platos: «Lacachire». Mirá el cuchillo: «Yorchire». Mirá el rueda de tus polleras: «Estaforchire». ¡Ya me tiene podrido! ¡Ahora mismo te las quitás y las quemás, ¿me oís? ¡No quiero nada inglés en esta casa, ¿me oís?!

MUJER —¿Y qué ropa me pongo entonces, viejo?

GAUCHO —Lancachire, Yorchire, Mierdachire... Se acabó. Mejor me mato y así no vuelvo a saber de ellos.

MUJER —Con eso no conseguís nada, viejo.

GAUCHO —Al menos muerto descanso de los ingleses.

MUJER —Eso es lo que vos te crees... Los ataúdes que están trayendo ahora también... son ingleses.

VECINA —¿Con que el cuñado de Tucumán tenía razón, eh? Perdió él y atrás perdió Martín.

COMPADRE —Y perdió Argentina y perdieron todos nuestros países. Es que cuando acaban con la industria nacional, a la corta o a la larga todos los de ese país salen perdiendo. En aquellos primeros años de la independencia, nos hicieron perder. Nos mataron el pollo en el huevo, como quien dice. Mataron los telares de Bolivia, los talleres de México, los de Perú, de Brasil, la industria de Chile... nos condenaron a ser simples vendedores de materia prima para que ellos pudieran industrializarse más y más.

VECINA —Nosotros poníamos el cuero y ellos ponían la bota. ¡Vaya broma!

COMPADRE —Ellos tenían telares mecánicos, máquinas de tejer y rápidas Y para alimentar esas máquinas necesitan algodón, cueros. No tenían bastante en su país. Entonces, venían aquí a sacar en cantidades. Fabricaban botas y camisas. Y volvían otra vez porque necesitaban gente a quien venderle todo eso. Un inglés no podía ponerse 20 camisas encima. Necesitaban nuevos compradores para sus productos. Llegaron a vendernos de todo. Argentina, por ejemplo, llegó a comprarles a los ingleses hasta las piedras para adoquinar las calles.

MERCADER —¡Shut up! Basta ya de hablar mal de nosotros. ¡Sheet! Inglaterra hizo mucho por el desarrollo de los pobres países de ustedes. Construimos ferrocarriles para ayudar a ustedes.

COMPADRE —De ayudar, nada. Que nos acabaron con los bosques de quebracho y de la mejor madera, y encima hubo que pagarles hasta el último clavo de los dichosos ferrocarriles con préstamos y con intereses de usurero.

ABUELO —Pero, por lo menos, los trenes nos sirvieron para tener buenas comunicaciones.

MERCADER —Así fue, señor, así fue. Bueno, me voy. Ya me llaman de Londres. Good Bye! London Bridge is foiling down, foiling down, foiling down...!

COMPADRE —¡Inglés cuentista! Fíjense en las líneas de los trenes, miren cómo las construyeron. Se parecen a los dedos de una mano abierta. Todas salen del puerto, todas vuelven al puerto. ¿Para qué lo hicieron así? Para sacar más rápido el cuero. Y colocar más rápido las botas en el mercado. Los ferrocarriles sirvieron para desangrarnos más pronto.

VECINA —Pero, ¿y nuestros gobiernos «independientes» qué hacían mientras tanto? ¿Se rascaban el ombligo?

COMPADRE —Se rascaban el bolsillo, señora. Fueron gobiernos vendidos a Inglaterra. Ellos también vivían en el puerto y usaban chalecos ingleses y se ponían pelucas francesas y derrochaban sin importarles que se hundieran las industrias nacionales. Hubo un gobernante en Argentina que quiso hacer algo. Se llamaba Juan Manuel Rosas. Hacia 1835 cerró el puerto de Buenos Aires. Dio leyes para proteger la industria nacional. Ahí fue que los ingleses se enfurecieron. Dijeron que ese proteccionismo era una violación a la libertad de comercio.

VECINA —Pero ellos tenían leyes iguales en Inglaterra, ¿no? La ley del embudo, entonces...

COMPADRE —Del embudo y de los cañones. ¿Sabe qué hicieron? A los pocos años de esas leyes, los barcos de guerra ingleses, los mismos que antes felicitaban

la independencia de Argentina, rompieron a cañonazos las cadenas que cerraban el paso a los productos extranjeros. Cañonearon las cadenas y tumbaron al gobierno.

VECINA
ABUELO

—¡Qué hijos de la gran... Bretaña!

—Por lo que oigo, cuando se acabaron los españoles, comenzaron los ingleses.

VECINA

—¿Y para qué sirvió, entonces, la lucha de Bolívar, de San Martín, de nuestros patriotas? ¿Para qué valió la independencia?

COMPADRE

—Bolívar, que acabó con 300 años de colonia española, que venció hasta la misma naturaleza como él decía, no pudo con los comerciantes ingleses. Cuentan de él que, a la hora de morir, cansado, traicionado, un soldado le cambió la camisa y le puso la suya para que el Libertador de América no fuera enterrado en harapos. Me pregunto qué pensaría Bolívar en ese momento...

VECINA

—Pues yo me pregunto qué marca tendría esa camisa...

TIERRA SIN HOMBRES

...y hombres sin tierra

HIDALGO —¡Mírenla, hermanos! ¡Mírenla, que ella nos mira! ¡Esta será nuestra bandera!!

El sacerdote alzó el estandarte ante el gentío. El lienzo fulguraba. Desde él, Nuestra Señora de Guadalupe, la Virgen Morena, sonreía a los indios. Los bendecía. Parecía querer empuñar ella misma los machetes y las picas que sus hijos levantaban en las manos.

HIDALGO —¡Viva la Virgen de Guadalupe y mueran los Guachipines!

MEXICANO

—¡¡Viva la Gudalupana!!

HIDALGO

—¡La Virgen irá con nosotros! ¡Irá delante de nosotros! Ella sabe, como nadie, de los sufrimientos de ustedes y de los abusos de los españoles. ¡Ella llegó a México hace 300 años y lo ha visto todo con sus ojos!

El padre Miguel Hidalgo tenía casi 60 años cuando puso al frente de los indios de su parroquia la bandera de la Virgen de Guadalupe y comenzó las luchas por la independencia de México. Era el año 1810.

HIDALGO

—¿Y qué es lo que ha visto la Virgen? ¡Ella vio llegar a los españoles! ¡Los vio robarse las tierras de los indios! ¿De quiénes eran estas tierras de Atotonilco hacia el norte y hacia el sur? ¿Y de quiénes eran las tierras que dan la vuelta a la parroquia? ¿De los españoles o de ustedes? ¡Eran nuestras, sí, eran las tierras de nuestros abuelos! ¡Eran las milpas de maíz de nuestros abuelos! ¡Y hoy son las haciendas de esos codiciosos terratenientes! ¡Hermanos, ¿queremos recuperar esas tierras? ¿Queremos volver a ser los dueños de esas tierras que los odiados guachupines nos robaron?

El padre Miguel Hidalgo sabía muchas cosas. Hablaba la antigua lengua indígena de los otomíes, que habían sido exterminados por los conquistadores. Había enseñado a los indios a cultivar la uva y a criar el gusano de seda, a fabricar la loza y las tejas. El cura Hidalgo les estaba enseñando ahora a empuñar las armas para recuperar sus tierras...

HIDALGO

—¡La tierra! ¡Por la tierra vamos a pelear! ¡Y la Virgen de Guadalupe peleará con nosotros!!

En menos de seis semanas, 80 mil hombres seguían al padre Miguel Hidalgo...

MEXICANO
españoles!

—¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Mueran los

El cura revolucionario, al frente de la avalancha insurgente de indios sin tierra, suprimió los impuestos, decretó la libertad de los esclavos, repartió tierras de Guadalajara y se abalanzó sobre México...

OBISPO —¡Agitador, apóstata de la religión, manipulador de la Santísima Virgen María, materialista!

Los obispos de México, que eran españoles y eran también grandes terratenientes, lo calumniaron, lo persiguieron. El obispo de Michoacán lo excomulgó y lo mandó a fusilar...

COMPADRE —Fusilaron al cura Hidalgo y a todos los jefes rebeldes. Y las tierras volvieron a estar seguras en manos de los señores hacendados.

VECINA —¡Qué lástima! Me gustaba ese cura rezador y peleador. Así debían ser todos los reverendos.

COMPADRE —Pero Hidalgo no fue el único. Otro cura recogió su bandera ese mismo año y siguió peleando: el padre José María Morelos. Este siguió repartiendo tierras, suprimió la esclavitud, puso en pie a medio México. Pero, junto a estos curas revolucionarios, había obispos terratenientes. Y a Morelos también lo mandaron a fusilar.

ABUELO —Entonces, ¿en qué quedó la independencia de México?

COMPADRE —Bueno, la independencia se consiguió unos años después. Pero, qué va, aquella independencia no tenía ya ninguna de las banderas que habían levantado estos dos curas. La independencia no tocó a los terratenientes. Fue como un acuerdo entre los ricos de España y los ricos criollos de México para poner unos cuantos parches. Pero el que no cambia el latifundio, no cambia nada.

JUEZ —¡Silencio! ¡Silencio!

FISCAL —Se acusa a los latifundistas de América Latina. A todos. Se les acusa de bienes mal habidos. Heredaron de sus padres y de sus abuelos enormes extensiones de tierra. Pero son tierras robadas. En la historia constan los hechos. Los españoles y los portugueses llegaron aquí, pusieron a los indios a hacer trabajo forzado en las minas y en las plantaciones. Y se quedaron con sus tierras. Así arrebataron las tierras de comunidades enteras. Así se hicieron propietarios de la noche a la mañana. Millones de hectáreas robadas. El que hereda a un ladrón y no devuelve lo robado, es también ladrón!

JUEZ —¡Silencio, silencio!

FISCAL —Se acusa a los latifundistas de América Latina. Se les acusa de traición a la patria. Porque en la hora de la independencia ellos también levantaron la bandera. Pero lo hicieron con intención torcida. La patria no es una bandera. La patria es la tierra. Y ellos alzaron las banderas, y cantaron los

himnos, pero no entregaron la tierra robada. Así traicionaron a los pobres, a los que derramaron su sangre por la independencia! Presentan esta acusación Juan, María, el Chepe, Felipe, Juliana... La lista es muy larga. Todos ellos, campesinos sin tierra de América Latina.

JUEZ —Acusación aceptada.
Continúa la sesión.

COMPADRE —De una punta a la otra punta del continente, el problema era el mismo. Por los años en que el cura Hidalgo y el cura Morelos luchaban y morían en México, José Artigas levantaba la misma bandera de la tierra en las pampas del sur de América, en los territorios que hoy ocupan el Uruguay y las provincias del Nordeste argentino.

ARTIGAS —¿Qué independencia va a ser esta? ¿Qué nación vamos a construir? ¿Una nación sólo para los ricos comerciantes del puerto de Buenos Aires y para los terratenientes de las provincias? ¡No, no habrá independencia hasta que no haya tierra para los gauchos y para los indios y para los negros! ¡Tierra para todos, una patria grande para todos!

Siguiendo la bandera de Artigas, un pueblo sin tierra y disperso se puso en movimientos hacia la pampa inmensa. Y en la pampa, entre mil fogones de criollos pobres, el general Artigas dictaba los decretos de su gobierno revolucionario...

ARTIGAS —Se quitarán todas las tierras que sobren a cualquier propietario. ¡Y sin pagarles un peso! Anoten ahí: que cada alcalde revise los terrenos de su jurisdicción. Y que reparta las tierras teniendo en cuenta esto: que los más infelices sean los más privilegiados. Escriban que todos, los negros, los zambos, los indios, los criollos pobres, serán propietarios.

Así nació en 1815, la primera Reforma Agraria de América Latina.

ARGENTINO —¡Repartiendo tierras! Pero, ¿qué pavada es ésa? ¿Qué se ha creído ese Artigas?

ARGENTINA —¡Si sus abuelos levantaran la cabeza! ¡Le ha expropiado las tierras a los Belgrano, a los Mitre, a los Rivadavia!

ARGENTINO —Ese loco no respeta la patria, no respeta su sangre ni su clase. ¡Es un resentido!

ARGENTINA —Va con poncho... Y dicen que ya apesta a gaucho de tanto juntarse con esa mala raza... Y no sólo gauchos... Va con un racimo de negros y de indios...

ARGENTINO —¡Les ha calentado la cabeza a esos pestíferos! Invaden las estancias y disparan y dicen que la tierra es suya, por ley... Pero, ¿qué ley? ¿La ley de Artigas? ¡Qué chiste! ¿Y la ley de la herencia? ¿Y la ley de la propiedad privada? ¿Dónde quedan los derechos adquiridos?

La orgullosa oligarquía criolla de Buenos Aires puso el grito en el cielo. Pidió ayuda a los ingleses y portugueses, y desde el vecino Brasil ordenó la invasión de los territorios en donde

Artigas hacía cumplir su ley de reforma agraria.

ARTIGAS —¡Por la tierra, hermanos! ¡Por nuestra tierra! La resistencia de los campesinos duró cuatro largos años. Los pobres sabían bien que en aquella guerra se jugaba su verdadera independencia. Y pelearon con lanza y cuchillo, en montonera, contra el bien armado y numeroso ejército del Brasil. Pero vencieron los terratenientes. Y los gauchos no conservaron otras tierras que las de sus tumbas. Artigas, solo, se fue para siempre a morir en el exilio.

URUGUAYO —Usted se va vencido. Y su tierra se queda sin aliento. Su tierra. Nuestra tierra del sur. Usted le será muy necesario, don José. Usted le hará falta. Porque usted, don José Artigas, con su poncho roto, usted, general de los sencillos, es la mejor palabra que el Uruguay ha dicho.

COMPADRE —Así fue. En el sur, como en el norte, en Uruguay como en México, la independencia cambió muy poco las cosas para los campesinos....

VECINA —Pero algo ganarían... ¿o tampoco?

COMPADRE —Pues realmente, no mucho. Porque se fueron los españoles, pero vinieron otros: los franceses, los ingleses, los americanos... Pero todos eran igual: todos latifundistas. En México, cien años después de que el cura Hidalgo levantara la bandera de la Virgen de Guadalupe, las cosas estaban color de hormiga, peor que nunca...

La situación de los campesinos mexicanos en 1910 era insostenible. 840 latifundistas, muchos de ellos norteamericanos, eran dueños de prácticamente toda la tierra que se cultivaba en el país. Las haciendas de los terratenientes de México estaban consideradas como los latifundios más extensos, no sólo de América, sino de todo el mundo. Una sola compañía norteamericana, la Hartford Company, era dueña de más de 11 millones de hectáreas de tierra mexicana. De los 15 millones de mexicanos, 12 dependían de los salarios rurales, pero los salarios rurales no habían aumentado ni un sólo centavo en más de 100 años... Por eso, en 1910, estalló la Revolución. Y en la región de los latifundios azucareros, Emiliano Zapata levantó la bandera de la tierra al frente de los campesinos mexicanos.

ZAPATA —¡Tierra, hermanos! ¡Tierra! Mientras acá nos morimos de hambre, sin un elote para echarnos a la panza, los caballos de carrera de los señoritos hacendados viven en establos de puritito mármol, allá en la capital! ¡Yo lo he visto con mis propios ojos! ¡Así no puede ser, hermanos! ¡Hombres del sur: vale más morir de pie que vivir de rodillas!

HACENDADO —¿Qué dice ese orgulloso de Zapata? ¿Qué los campesinos quieren tierra para sembrar? ¡Andele, pues, que siembren en maceta!

ZAPATA —¿Qué dice el señorito hacendado? ¿Qué no entrega las tierras? ¡Pues dígame que la tierra se reparte con un rifle!

MEXICANOS —¡¡Viva Zapata!! ¡Tierra y libertad!

Y las banderas rojas y negras de la primera revolución de América Latina ondearon en el sur de México...

ZAPATA —¡Vamos a hacer una ley agraria! ¡Y vamos a hacer un ejército de campesinos para defender esa ley agraria! ¡Y se acabarán los jcales y los vales para las tiendas de raya! ¡Se acabarán las deudas y el hambre! ¡Y habrá crédito para todos, maíz para todos, tierra para todos!

MEXICANOS —¡¡Viva Zapata!! ¡La tierra es de quien la trabaja!

En el norte, otro guerrillero campesino, Pancho Villa, repartía también las tierras. Durante casi diez años, el pobrero mexicano despertó. Había esperado 4 siglos a que llegara su hora...

Pero después de intervenciones norteamericanas, guerra de exterminio, y del asesinato de Zapata y de Villa, los hacendados volvieron a controlar la situación. Recuperaron sus latifundios. Y el espíritu de la Revolución quedó enterrado...

VECINA —Y tanto que se oye a veces de la Revolución Mexicana. ¡Y hasta un partido revolucionario tienen! Pero, por lo visto, eso es sólo una revolución de boquilla.

COMPADRE —Es cierto, de boquilla y de papeles. Pero aquellas banderas no se perdieron. Las banderas campesinas son... son como las semillas. Cuando parece que las entierran, repuntan con más fuerza. Mire, sólo unos años después de Zapata, levantó la bandera el general Sandino, el general de los hombres libres... Y ahí está su bandera roja y negra, alzada en Nicaragua. Y los campesinos empiezan a comer y a ser dueños de la tierra. La Revolución Cubana también alzó la bandera roja y negra, y empezó precisamente con una ley de Reforma Agraria, repartiendo la tierra a los campesinos...

JUEZ —¡Silencio! ¡Silencio!

ABOGADO —¡Protesto, señor juez, protesto! Este programa que estamos oyendo es tendencioso. El problema de la tierra en América Latina es un problema mucho más complejo. Y ya está resolviéndose. Y aquí sólo se habla del pasado con odio, para fomentar la lucha de clases. ¡Y cuando se habla del presente es con la más intolerable demagogia! ¡Cuba y Nicaragua! Y el resto de los países, ¿qué? ¿Por qué no se dice que en toda América Latina ya hay leyes agrarias y se están repartiendo las tierras? ¿Por qué no se habla de eso? ¡Basta ya de ideologías!

FISCAL —Claro, claro que hay reformas agrarias por todo el continente. Las hay en la palabrería de todos los políticos, y en las gavetas de todos los ministerios. Sí, todos, hasta los latifundistas, ya aprendieron que la mejor manera de no hacer la reforma agraria es cacarearla mucho!

ABOGADO —¡Protesto, señor juez! Eso no es cierto. Todo el mundo sabe cuántas leyes agrarias hay, cuántas experiencias positivas...

FISCAL —Sí, aflojemos un poco la cuerda para que no se reviente! ¡Cambiemos algo, para que todo siga igual! Solicito del señor Juez que pasen algunos testigos de los países en donde ya se hizo la Reforma Agraria!

JUEZ —¡Que pase el testigo del

Brasil!

BRASILEÑO —Bern, en el Brasil somos 10 millones de familias sin tierra, sin nada —

¡10 millones! ¡Muchas familias!— Voy a poner un ejemplo: en el nordeste hubo Reforma Agraria hecha por los militares. Decían ellos: "Ustedes, los que no tienen tierra, pueden abrir la carretera en la selva". Trabajando, claro, trabajando duro, cansado. "Abran carretera y daremos tierras de por allí". Hicimos trabajo, abrimos carretera. Nos dieron esas tierras. Mas, sin dinero, sin más nada... ¿Cómo vivir con familia en medio de la selva, perdidos entre los monos, a tres mil kilómetros de las ciudades? Fracaso grande fue aquella Reforma Agraria. Grande mentira...

JUEZ
Ecuador!

—¡Que pase la testigo de

ECUATORIANA

—Gobierno ecuatoriano repartió tierras. Púchicas, dieron las tierras altas, las peores tierras. Sembramos. Nada mismo se sacó. No había plata para abonos. Después de Reforma Agraria, patrón de hacienda quedó mejorcito que antes, con mejores tierras, con más tierras, pues. Reforma Agraria sólo sirve a los patrones. Comerciantes, barateros, siguen arruinando. Nosotros seguimos con hambre. Se mueren los guaguas.

JUEZ
República Dominicana!

—¡Que pase el testigo de

DOMINICANO

—¿La Reforma Agraria de la República Dominicana? ¡Un papel guindao en la pared del bohío! ¡Eso fue lo que me tocó a mí! ¿La tierra? ¡Ni de lejos la vi! Pero me dieron el título y me apuntaron el nombre como "beneficiado por la ley". Bueno, y a mi compadre le dieron la tierra, pero el crédito no. Y a otra comunidad le dieron el crédito, y después la deuda era tan grande que el Banco Agrícola les quitó las tierras... A un paquete de gente la metieron a trabajar en una cooperativa del gobierno. ¡Salieron de un patrón malo para otro peor! Por eso, en Dominicana, a esa desgracia, ¿sabe cómo la llamamos los campesinos? "Reforma Agraria", (porque le amargó la vida a tó el mundazo esa maldita vaina!

JUEZ
Salvador!

—¡Que pase el testigo de El

SALVADOREÑO

—Yo soy salvadoreño. Guuanaco, pues, ustedes saben que mi país, El Salvador, es el más chiquitito del continente. El Pulgarcito lo llaman. Pues en ese "pulgarcito" somos más de cinco millones de cristianos. Con hambre y sin tierra. ¿Reforma Agraria? ¡Cómo no! Antes, eran 14 las familias dueñas de todas las tierras. Después de la Reforma, son unas 200 las familias dueñas de todas las tierras... ¡Qué galana esa Reforma Agraria, ah! ¡Y tanto alboroto para eso! ¡Si es para encachimbarse, con el perdón! De la falta de tierra, de ahí vienen las matancingas, la violencia, verdad. En el 32, peleando por la tierra, mataron a 30 mil campesinos... ¡a 30 mil! Eran los tiempos de Farabundo Martí...

JUEZ
FISCAL

—¡Silencio, silencio!

—¿Y qué dirían los campesinos de otros países, qué dirían los argentinos, los venezolanos, los bolivianos? ...No, el problema está ahí, sigue ahí. Es el problema mayor de América Latina. Porque la Reforma Agraria es la primera bandera. La primera bandera es la tierra. Pero la Reforma Agraria no es sólo la tierra. Es el crédito, es la semilla, son los transportes, son los mercados. Es todo, es toda la estructura económica y social de un país.

Veán estos datos, señores: la producción del campo latinoamericano es hoy menor que antes de la Segunda Guerra Mundial. Vamos para atrás. Hoy se producen en América Latina menos alimentos que nunca. Y hoy la población es mayor que nunca. Nuestras tierras están sembradas con café, con algodón, con azúcar... Pero no se siembran alimentos. Hay que comprar fuera lo que comemos. Y hay millones dentro muriéndose de hambre. Tenemos tierras riquísimas, pero no se cultivan. Sólo el 5% de las tierras latinoamericanas está cultivado. ¡Sólo el 5%! ¿Qué es esto? ¡El desperdicio de tierra más grande de todo el planeta! ¡Desperdicio de tierras y desperdicio de hombres! Porque no hay trabajo en el campo. ¡Tierras sin hombres y hombres sin tierra! La poca tierra que se siembra, acaparada por unos cuantos. Esto es un crimen. El latifundio es el pecado original de la colonia. Y es el pecado mortal de nuestro continente. ¡Está matando a millones! ¡Y así no puede ser!

ABOGADO

—¡Protesto, señor juez! ¡Protesto! Esa información está manipulada! ¡Pido la palabra, señor juez!

FISCAL

—¡Yo también pido la palabra, señor juez! ¡No he

terminado todavía!

ABOGADO

—¡He dicho que la palabra la pido yo!

JUEZ

—¡Silencio! ¡Silencio!... Palabra denegada a usted y también a usted. La palabra la tienen ahora... Juan, María, el Chepe... Que hablen ellos. Que ahora hablen los campesinos sin tierra de toda América Latina. Ellos tienen la última palabra.

EL CARNAVAL DEL CAUCHO

...y después, con la música a otra parte

- SAMBERO —¡Meus amigos, vengo a invitarlos al carnaval! ¡Alegre carnaval do Brasil! ¡Vengan conmigo! ¡Hay samba, fiesta, alegría! ¡Este es un alegre carnaval que nunca va a acabar! ¡Alegre carnaval do Brasil! ¡No quieren venir conmigo, meus amigos?
- VECINA —¡Ay, qué bonito, vamos, vamos!
- ABUELO —Señora, no me hale así de la camisa... ¿Se ha vuelto loca?
- VECINA —Pero, ¿usted es sordo? ¿No oye a ese hombre que nos está invitando a ir al carnaval en Brasil? No podemos perder la ocasión. Dese prisa, que ya se va...
- ABUELO —Óigame, joven, óigame... ¿y a dónde nos lleva? ¿En qué parte del Brasil es ese carnaval?
- SAMBERO —¡Manaus! El carnaval es en Manaus, pequenina ciudad en el mismo corazón de la selva brasileña!
- ABUELO —En mitad de la selva un carnaval? Pero, ¿dónde se ha visto semejante locura?
- VECINA —Anímese, hombre, vamos, que ya me entró curiosidad por ver cómo será ese carnaval.
- SAMBERO —Vengan, vengan conmigo al carnaval de Manaus...!
- VECINA —Ya estamos en Manaus, "en el corazón de la selva"...
- ABUELO —Pues este pueblo me parece muy callado para estar en ningún carnaval.
- SAMBERO —Amigos meus, para que comience el carnaval, hay que decir antes una palabriña mágica.
- VECINA —¿ Y qué "palabriña" es esa?
- SAMBERO —Adivina, adivinanza: no es un niño, pero llora; no es madre, pero da leche; no es conejo, pero salta... ¿Qué palabrita hace falta? A la una, a las dos, ¡a las tres! ¿No saben? ¡No, no saben! ¡El caucho! ¡El árbol del caucho, que llora leche y esa leche se convierte en una pelota de goma que salta! ¡El caucho! ¡El árbol más rico, más riquísimo, el que más riquezas ha dado al Brasil! ¡Carnaval de Manaus es carnaval do caucho!

En las húmedas selvas de América, crece un árbol muy alto, de hojas anchas. Los indios le llaman caucho. Cuando le abren tajos en su tronco, el árbol llora una leche espesa. En cuencos

hechos con hojas de plátano, la leche se recoge y se endurece al calor del sol o del humo. Después, cuando se ha hecho goma, se le da la forma que uno quiere. Desde tiempos muy antiguos, los indios han hecho con la goma del caucho antorchas de largo fuego, vasijas que no se rompen, techos que se burlan de la lluvia y pelotas que rebotan y vuelan...

SAMBERO —Oh, no, no se confunda de historia menina mía, que este alegre carnaval sí comienza con el caucho. Pero no comienza con hombres indios, sino con hombres blancos. Agora, guárdese a los hombres indios y preséntenos a hombres ingleses y norteamericanos ¡para que pueda empezar la samba, para que comience el carnaval!

A comienzos del siglo pasado, en una ciudad de los Estados Unidos, el joven Charles Goodyear piensa...

AMIGO —¿En qué piensas, Charles?

GOODYEAR —En el caucho, en esa maravillosa goma americana, que nace de esos maravillosos árboles del Brasil... ¿No sabes? Los ingleses ya no usarán más paraguas. En Inglaterra han inventado vestidos de caucho para cubrirse de la lluvia.

AMIGO —Bah, ya he visto esos trajes. La lluvia se cuele por las costuras. Y uno termina empapado. ¿Maravillosa goma? ¡Maravillosa basura!

GOODYEAR —¡Qué ciego eres! Con el caucho del Brasil se podrá hacer de todo. ¡Grandes inventos!

AMIGO —¡Grandes fracasos! Mira las chancletas de caucho que inventaste tú. Cuando hay mucho calor, se pegan a los pies. Y cuando hay mucho frío, se rompen a los cuatro pasos. ¡Dios nos libre de tus inventos!

Sólo unos años más tarde, Charles Goodyear descubrió, por fin, la técnica para que el caucho no se hiciera pegajoso y para que no se quebrara.

AMIGO —¡Ahora sí, Charles, ahora sí!

Por aquellos mismos años, en varios países de Europa y en los Estados Unidos se experimentaban los primeros automóviles de la historia...

GOODYEAR —¡Ahora sí! ¡Haremos las ruedas de los autos... con caucho! ¡Con el caucho del Brasil!

Hasta entonces, las ruedas de los autos se hacían de madera o de metal. El descubrimiento de Charles Goodyear puso al mundo en movimiento.

SAMBERO —¡Movimiento hacia Brasil, meus amigos! ¡Hacia Brasil! ¡Todo mundo se mueve hacia Brasil! ¡Alegre carnaval do mundo que llega a Brasil...!

En la enorme selva del Brasil, atravesada por el enorme río Amazonas, vivían los pájaros, los monos y los árboles del caucho. Con el descubrimiento de Goodyear, todo cambió en pocos años. La selva se llenó de gente, de barcos que atravesaban el río, de caminos... Manaus, una

pequeñísima ciudad a orillas del río, se convirtió en la capital del caucho.

VECINA —¿Ve usted cómo esto se va llenando de gente...? ¡Ahora sí que empezó el Carnaval!

ABUELO —Esto se va a poner bien movido, cómo no...

SAMBERO —¡Al carnaval vienen todos a bailar! ¡Y no se cansan de bailar alegre samba! ¡Primeros en llegar son los amigos de Goodyear, compañías inglesas y compañías norteamericanas! ¡Ricas compañías que compran caucho y fabrican llantas de automóviles! ¡Familias de dueños de ricas compañías, oh, alegres vienen al carnaval de Manaus!

VECINA —¿Óiga, señor, y esos que vienen allá atrás, al fondo...?

SAMBERO —¿Quiénes? ¡Ah, sí, al fondo! Esos son brasileños que producen caucho, campesinos de nordeste, do Ceará, do Recife, do Fortaleza, do Paraíba... Mucho debe gustarles Manaus, que han venido tantos... Mas déjelos agora, sigue la samba, sigue la samba... ¡Sigue el carnaval que mas nunca va a acabar!

El nordeste del Brasil había tenido grandes plantaciones de azúcar. Pero cuando empezó el auge del caucho, ya no tenía más que un gran desierto y miles de campesinos sin empleo. Las terribles sequías que caían sobre el nordeste, ponían en movimiento a los campesinos. En aquellos tiempos, cientos de miles atravesaron de una punta a otra el país, y se fueron a las selvas del Amazonas, a Manaus, a buscar trabajo en las plantaciones de caucho.

SAMBERO —¡Milagros del caucho! ¡Una ciudad pequenina y vacía, conviértase en ciudad grande y llena, ciudad dormida despiértese, con buena vida y con trabajo para cualquier que llega! ¡Ciudad pobriña sin nada, conviértase en ciudad riquiña con todo! ¡O carnaval do caucho ten de todo, ten de todo!

De todo tuvo Manaus. Hasta un lujoso teatro de ópera. Cuando se inauguró, a fines del siglo pasado, Enrico Caruso, el cantante más caro de Europa, el más famoso, atravesó el océano y atravesó la selva, para ir a cantar a Manaus. En aquel descomunal teatro, los mosaicos eran portugueses, las escaleras y las puertas eran italianas, los asientos eran franceses... y el público que aplaudía a Caruso también era extranjero...

ANIMADOR —¡Señoras, señores! El caucho ha hecho tres grandes milagros. Primer milagro: ¡esta selva inhóspita ha sido transformada en un bello y acogedor paraje! Segundo milagro: ¡miles de automóviles ruedan hoy por las calles del mundo equipados con neumáticos de caucho! Sus bocinas son un canto al indetenible progreso de la humanidad. Y tercer gran milagro: ¡el maravilloso cantante Enrico Caruso ha estado esta noche con nosotros! Unas palabras, estimado Caruso...

CARUSO —Desde la lejana Italia, ¡un saluti per tutti! ¡Y que viva la ópera, y que viva el progreso, y que viva el caucho!

Caruso y los mármoles para los palacios venían de Italia. Del Lejano Oriente llegaban prostitutas para los señores del caucho. De Inglaterra, venía el whisky. Y de Francia, los

modistos. En las oficinas de los empresarios del caucho, los pisapapeles eran gruesos lingotes de oro.

SAMBERO —¡Esta es alegría que nunca va a acabar!... ¡Esta es gloria! ¡Este es amoroso Manaus en su gran carnaval do caucho!! Pero, pero, pero... ¡Oh, no, meu Deus! ¡Oh, no! ¡Alguien se prepara a abandonar rica ciudad de Manaus! Alguien se lleva lo mejor do carnaval do caucho y se va... ¡Se escapa! ¡Huye! ¡Mírenlo! Se va... Oh, no, me dice el corazón que este carnaval va a terminar mal...

En el año 1873, el inglés Henry Wickham, que era dueño de bosques de caucho en el Amazonas, recibió un aviso de Inglaterra.

INGLES —Henry: todo preparado. Es asunto de vida o muerte. Ven con ellas. Cueste lo que cueste. Te esperamos.

Henry fue a buscarlas. Consiguió un buque de la Inman Line para embarcarlas en él. Se adentró dos mil kilómetros, navegando por las aguas del Amazonas, buscando las más jóvenes, las más bonitas, las que parecieran más fecundas... Las embarcó no sin dificultades. Y volvió a salir a la costa. En el puerto de Belem do Pará, las autoridades de aduana del Brasil detuvieron el barco, según ordenaban las leyes del país...

AGENTE —¿¿Hacia dónde se dirige, mister Henry?!

HENRY —Voy a mi patria, Inglaterra. ¡Voy a tomarme unas alegres vacaciones!

AGENTE —¿Podemos subir a bordo a revisar lo que lleva en su barco, mister Henry?

HENRY —Oh, sí, no problem!

AGENTE —Por lo que veo, viaja a Inglaterra en un barco vacío...

HENRY —Manías de viejo, amigos...

AGENTE —¿Y en ese cuarto tan cerrado? ¿Qué hay dentro? Tendremos que entrar para inspeccionarlo...

HENRY —¡Oh, no, eso no, por favor!

AGENTE —¿Qué es lo que lleva ahí?

HENRY —Ahí las llevo a... ellas.

AGENTE —¿Y quiénes son... ellas?

HENRY —Oh! Ellas son las orquídeas más hermosas del Amazonas. He elegido las más jóvenes y frescas para llevárselas al Rey de Inglaterra. Tiene el capricho de tenerlas en el jardín de Kew, en Londres, cerca de él. Las he instalado en un cuarto con la misma temperatura húmeda y caliente con que vivían en la selva. Si abro la puerta estas hermosas flores podrían enfermarse. Se dañarían, llegarían mal.

AGENTE —Ay, mister Henry, usted siempre tan original...

HENRY —Señores, a cambio de esta irregularidad que causo en sus reglamentos, les ruego acepten un banquete que he preparado a bordo. Comeremos a gusto ¡y brindaremos por ellas! ¿Qué les parece?

AGENTE
chiflado!

—Encantados, mister Henry... ¡Ah, este inglés es un

Unas semanas después, mister Henry Wickham llegó a Inglaterra...

INGLES
HENRY

—¿Qué tal, Henry? ¿Las traes? ¿Cómo llegaron?

—Sanas y salvas. Hermosas. Las mejores. Las más fértiles. Vienen intactas. Nadie les ha puesto un dedo encima.

AMIGO
HENRY

—Me muero de ganas de verlas.

—Aquí están.

Mister Henry abrió el cerradísimo cuarto del buque. Cuidadosamente envueltas en hojas de plátano y colgadas del techo para que las ratas no se las comieran, habían llegado a Inglaterra... las semillas del árbol del caucho del Brasil...

INGLES

—¡Maravillosas! ¡Espléndidas!

Los ingleses habían decidido sembrar caucho en gran escala en una de sus colonias asiáticas, la lejana península de Malasia.

AMIGO

—¡Bravo, Henry! ¡Les has tomado el pelo a los brasileños! Cada día el mundo necesita más y más caucho. Y nosotros vamos a venderlo más y más barato. ¡Estamos a las puertas de un grandísimo negocio!

El caucho que los ingleses sembraron a fines del siglo pasado en la península de Malasia terminó con la prosperidad brasileña y con el esplendor de Manaus. El caucho amazónico, que crecía silvestre en las selvas del Brasil, no resistió la competencia del caucho malayo. Los ingleses producían en mayor cantidad, más organizadamente, y a precios mucho más bajos.

HENRY

—¡Queridos amigos, dear friends! ¡Están todos invitados ahora al alegre carnaval de Malasia!

DAMA
Malasia?

—Y a Caruso... ¿también lo llevarán a cantar a

Desde mediados del siglo pasado, hasta los comienzos de la primera guerra mundial: 70 años. Eso duró el esplendor de Manaus. Después, se apagaron las luces de la fiesta. La prosperidad se hizo humo y la selva volvió a cerrarse sobre sí misma. Los cazadores de fortunas emigraron hacia otras comarcas.

SAMBERO

—Oh, cuántas saudade de Manaus... Oh, cuánta tristeza me da Belem do Pará... Se cerraron los palacios, volviéronse los monos, Caruso se fue al carazo... Todo acabó... Carnaval do caucho terminó. ¡Oh triste mañana de carnaval...

ABUELO

—Así pasa, señora. En la vida es como en el carnaval. Todo se termina. Bonito tiempo aquel. Pero se acabó...

COMPADRE —Aunque lo peor de todo no es que se haya acabado, sino lo caro que costó. Porque, la locura del caucho costó carísima. Y la pagaron los seringueiros...

VECINA —¿Qué seringueiros?

COMPADRE —Los trabajadores del caucho, aquellos pobres campesinos del nordeste del Brasil que llegaron cuando empezaba este trágico carnaval... Aquellos que venían al fondo... Los últimos, ¿se acuerda? Esos, esos son los que pagaron la cuenta...

CAMPESINO —Mujer, aquí no hay trabajo, no hay comida. El caucho está dando trabajo. El caucho nos dará algo que comer. Vámonos a Manaus...

Los campesinos del seco nordeste, hambrientos, se embarcaban por miles hacia la selva húmeda. Al llegar, los esperaban los capataces de los señores del caucho...

CAPATAZ —Oigan bien: ¡el viaje que han hecho de allá para acá, lo pagarán trabajando de gratis este primer mes!

CAMPESINO —Y después... ¿ya empezaremos a cobrar algún dinerito? ¿Cuánto nos darán?

CAPATAZ —Aquí no hay dinero, ¿entendido? Aquí se paga con comida. Con harina. El que trabaja come. El que no trabaja no come. ¿Quieren comer más? Trabajan más. Si no, se les anota la deuda. ¿Está claro?

Los seringales pantanosos donde crecía el caucho enfermaban a los nordestinos hambrientos, que llegaban de un clima muy seco. En las madrugadas salían de sus chozas con varios cubos amarrados a la espalda, a treparse como monos por los árboles del caucho, herir su tronco para que manara la leche engomada, y después recogerla, transportarla...

CAPATAZ —Hay todo el aguardiente que quieran. Ayuda a soportar los mosquitos y el calor. ¿Quieren beber? Lo pagan trabajando. ¿Quieren más? Están en deuda. Y al que tenga deudas en una plantación, no se le da trabajo en ninguna otra finca. Y al que trate de escapar teniendo deudas, ¡pum, pum!, lo hacemos goma. De aquí no sale nadie, ¿me oyen? Hay policías en toda la orilla del río. Y tienen orden de disparar.

En la noche, los seringueiros cocinaban la goma en medio del humo ácido y repelente del caucho. El hambre, las deudas, las enfermedades los mataban por miles. Más de medio millón de nordestinos murieron, en el fondo de la selva, durante el esplendor del caucho, enfermos de paludismo, de tuberculosis.

VECINA —Eso sí que no lo contaban en el carnaval...

COMPADRE —Eso nunca lo cuentan... Mire, mire esta guía turística del Brasil... "La fabulosa ciudad de Manaus, en el corazón de la selva amazónica"... Mire estas fotografías: el teatro donde Caruso cantó. Y esta otra: el palacio del señor de qué sé yo quién. Eso es lo que enseñan. Pero, ¿dónde están los seringueiros muertos? ¿Dónde están los que se partieron el lomo trabajando allá como animales para sacar más y más caucho, para que los

países ricos tuvieran más lindos automóviles? ¿Y no pasó lo mismo con el caucho de Iquitos, allá en la selva del Perú? ¿Y con el cacao en la ciudad de Bahia? ¿Y con el algodón, y con el café, y con todo...? Siempre hacen lo mismo: levantan hasta lo más alto cuando les conviene. Y dejan caer hasta lo más bajo cuando ya no les conviene. Así son estas gentes: saquearon el caucho, se dieron la gran vida, y cuando encontraron un lugar donde el negocio les salía mejor, se fueron, como el mister, con la música y las semillas a otra parte. Y todavía después, cuando "otro Goodyear" inventa el caucho sintético, se acaba con todo, con el Brasil, con Malasia, y con su madre sí hace falta... Levantan y dejan caer, levantan y dejan caer. Y ellos siempre arriba, gozando su carnaval.

COMO SE FABRICA UNA GUERRA

Pasión y muerte del Paraguay

- PARAGUAYO —¡Vecinos! ¡Arriba la jarra, vecinos! ¡Que la fiesta esté en su mejor momento! ¡Yo brindo por la cosecha de este año, que no está buena, sino requetebuena!
- PARAGUAYA —¡Pues yo brindo por la nueva fábrica de loza, que le va a dar trabajo a mi marido y a muchos remolones de este pueblo!
- PARAGUAYO —Si se trata de brindar, yo brindo por mis vaquitas, que ya están a punto de parir!
- OTRO —¡Y si se trata de parir, yo
brindo por todos!
- ESAU —Bueno, pues... ¿y qué les voy a decir? Lo que les dije el año pasado y el otro. Yo brindo... por lo que está pasando en este país. Nuestro presidente Solano López será un poco loco, eso se sabe. ¿Qué gobierno no tiene sus metidas de pata? Pero estos ojos míos vieron mucha tristeza antes. Nuestro pueblo ya sufrió demasiado con España. Ahora vivimos en paz. ¿Quién nos molesta, a ver? No nos falta nada. Aquí ya ni los perros pasan hambre. Y somos libres. Libres como el picaflor. Eso vale mucho. ¡Salud, muchachos!
- PARAGUAYO —Y ahora, a bailar, a bailar todos, hasta usted, abuelo Esaú! ¡Hermanos, viva el Paraguay!
- VECINA —¡Pues sí que viven felices en ese país!
- ABUELO —Vivían, señora. Esa es una película vieja. ¿No oyó que mentaron a un tal Solano López? Que yo sepa, el presidente actual de Paraguay no se llama así.
- COMPADRE —Sí, es una película de hace más de 100 años.
- VECINA —¿Y serían verdad esas linduras que dijo ese viejo
Esaú?
- COMPADRE —Yo creo que se quedó corto. En el Paraguay de aquel tiempo no habían mendigos en las calles y usted podía dormir con la puerta abierta porque nadie le robaba a nadie. Todos los niños sabían leer porque había escuela para todos. Usted no veía a un hombre sin trabajo ni a un terrateniente abusando del campesino porque el gobierno había acabado con los terratenientes y con los especuladores.
- VECINA —Ese país era un milagro, entonces.
- COMPADRE —Y el milagro más milagroso era que todo ese progreso lo habían conseguido sin pedirle ayuda a Inglaterra, que era el mayor imperio de aquel tiempo. Sí, aunque parezca mentira, en el siglo pasado Paraguay era el país más desarrollado de América Latina.

ABUELO —¿Más que Brasil?
 COMPADRE —Si, más que Brasil.
 VECINA —¿ Y más que Argentina?
 COMPADRE —También.
 ABUELO —¿ Y qué les pasó entonces que se quedaron en la cola? Porque tengo oído que Paraguay hoy día es muy pobre.
 COMPADRE —Es una historia increíble. Paraguay predicaba con su ejemplo. Y la economía paraguaya sonaba como la voz de un profeta. Y los profetas, usted sabe, siempre resultan molestos...

En los primeros años de la independencia de América, siendo Pedro II emperador de Brasil y Bartolomé Mitre presidente de Argentina, cuando el imperialismo de Inglaterra gobernaba en el mundo, la República de Paraguay experimentaba un modelo económico propio y su fama llegaba a todos los rincones de nuestro continente. ¿Cómo era posible desarrollarse sin contar con los ingleses? ¿Cómo podían los paraguayos realizar esos milagros? Su fama llegó también a oídos de los escribas y fariseos, los banqueros de Inglaterra...

BANQUERO 1 —Esto no se puede tolerar, señores. O hacemos algo pronto, o ese paisito de indios orgullosos acabará con todos nosotros. Una manzana podrida pudre al resto.
 BANQUERO 2 —Pagamos negocio con ellos. Comerciamos. ¿Qué pueden necesitar los paraguayos? ¿Alimentos, comida? Pues vendamos alimentos y comida.

Pero la tierra paraguaya producía más alimentos que ninguna otra. La tierra, toda la tierra del país, era propiedad pública, del Estado. Los campesinos la trabajaban en cooperativas, fincas comunitarias. El pueblo guaraní prefería que todo fuera de todos.

BANQUERO 2 —¿Qué pueden necesitar esos paraguayos?
 BANQUERO 3 —¡Vendamos ropa, telas, zapatos!
 BANQUERO 2 —¿Qué pueden necesitar? ¿Platos, cuchillos, aguardiente?
 BANQUERO 3 —¡Un ferrocarril! Construyamos un ferrocarril. Tenían su línea de telégrafos, sus fábricas de tejidos, de papel, de loza, de materiales de construcción... Paraguay, un país sin mar, contaba hasta con una poderosa flota mercante que llegaba a todos los mares del mundo.
 BANQUERO 2 —¿Qué necesitan, entonces? ¿Armas? Pues vendamos armas. La industria militar ha sido siempre la que más dinero deja.

Pero en las fundiciones de Asunción y de Ibycuí, los paraguayos ya fabricaban cañones de bronce, morteros, balas de todos los calibres... Hacía 100 años habían aprendido a hacerlos junto a los misioneros jesuitas para defenderse de los cazadores de esclavos.

BANQUERO 3 —Aunque tengan lo que tengan, llevemos nuestros productos. Sus pequeñas fábricas no soportarán la competencia de precios. Así ha ganado siempre Inglaterra.
 BANQUERO 2 —Sí, hagamos eso porque...
 BANQUERO 1 —¡No podemos! Han cerrado el río. Ese gobierno de Solano López no deja pasar nuestros barcos.

BANQUERO —¡No puede permitirse esto! Inglaterra vive de la compra y de la venta, de la venta y de la compra. Nuestros bancos viven de los préstamos. Si no hay dudas, no hay intereses. Y si ni hay intereses, ¿de qué vive un banquero, díganme?

Mientras los demás países latinoamericanos se hundían con una piedra de molino atada al cuello —sus deudas con Inglaterra—, Paraguay no le debía un centavo a nadie. Nunca había pedido préstamos a los bancos extranjeros. Y sin embargo, la economía del pueblo guaraní estaba en pleno crecimiento...

PARAGUAYOS —¡Somos libres! ¡Libres de España y libres de Inglaterra! ¡Vamos a caminar con nuestras propias piernas! ¡No vamos a comprar fuera lo que sabemos fabricar dentro! ¡Queremos la paz! ¡Y queremos que nos dejen en paz!

BANQUERO 2 —Pues dejémoslos en paz. Total, con Buenos Aires y Río de Janeiro tenemos puertos suficientes para el libre comercio de nuestros productos.

BANQUERO 3 —Opino lo mismo. ¿Para qué seguir insistiendo?

BANQUERO 1 —Tontos, más que tontos. Ustedes no entienden nada. Aquí no se trata de ganar más dinero.

BANQUERO 2 —¿Y de qué se trata, si puede saberse?

BANQUERO 1 —Del mal ejemplo. Ahí está el peligro. La enfermedad puede contagiarse. No podemos permitir que un país se desarrolle sin nosotros. Los países vecinos pueden ver, comparar, imitar...

BANQUERO 3 —¿Y entonces?

BANQUERO 1 —Entonces, conviene que muera un país y no que perdamos el negocio en todos los demás.

BANQUERO 2 —Pues, ¿qué podemos hacer?

BANQUERO 1 —Hacer la guerra. Hacerles la guerra. Acabar con ese paisito de indios tercios.

Bajo el poder de Inglaterra, Paraguay fue sentenciado a muerte. La intervención militar fue preparada y financiada de principio a fin por el Banco de Londres, la casa Baring Brothers y la banca Rothschild.

BANQUERO 1 —Hacerles la guerra. O mejor: hacer que otros le hagan la guerra. Argentina, Uruguay y Brasil son los vecinos de nuestro orgulloso Paraguay. Muy bien. Si esos tres vecinos se unen, el gobierno de Solano López durará pocos días. En fin, señores, si estamos de acuerdo, avisemos a nuestro embajador en Argentina.

En aquellos tiempos, mister Edward Thornton era el embajador inglés en Argentina. Thornton tomaba parte en las reuniones del gobierno argentino. Thornton se sentaba al lado del presidente argentino. Thornton se lavaba las manos en el mismo cuenco que el presidente argentino.

EMBAJADOR —Señor presidente: la política de Paraguay pone en peligro la seguridad de los países de la región. Es mejor prevenir ahora que lamentar después.

Brasil ya está de acuerdo.
—Y nosotros también, señor embajador.
ARGENTINO —Pues comience cerrándoles la salida al mar. Paraguay quedará aislado.
EMBAJADOR Su economía se vendrá abajo.
ARGENTINO —Es difícil, señor embajador. El gobierno de Paraguay es amigo del
gobierno de Uruguay. Y el Uruguay permite la salida de los barcos
paraguayos por el río.
EMBAJADOR —En ese caso, "cambiemos" al gobierno de Uruguay.

Y sucedió que derrocaron al gobierno legítimo del Uruguay. Y pusieron a un presidente que también se lavaba las manos en el mismo cuenco de Inglaterra. Así, la alianza de dos, Brasil y Argentina, se convirtió en Triple Alianza con el nuevo gobierno de Uruguay.

EMBAJADOR —Habría que tener de nuestro lado a la opinión pública. Sería muy útil una
campaña de prensa contra el Paraguay y contra su presidente, ese tal
Solano López. ¿No le parece, señor presidente?

ARGENTINO —Por supuesto, señor embajador.
EMBAJADOR —La gente debe comprender la amenaza que representa este país vecino.
Paraguay tiene armas, más armas de las que necesita para su defensa.
¿Qué pasaría si los paraguayos se deciden a invadir Argentina o a invadir
Brasil? No habrá paz en el área mientras exista ese foco de agitación.

ARGENTINO —Avisen a la prensa. Ellos saben lo que tienen que
hacer...

PERIODISTA —¡Ultima hora, última hora! ¡Amenaza en la frontera!... ¡Paraguay a
punto de invadirnos! ¡Ultima hora! El tirano Solano López, no contento
con mantener al pueblo paraguayo en un régimen de terror, pretende ahora
exportar la subversión a nuestro país! El gobierno totalitario de Paraguay
ha violado las más elementales normas de la convivencia internacional. Si
no se le pone freno a tiempo, este Atila de América, este dictador de ideas
foráneas, arrasará con su pueblo y con el nuestro...

Calumniaron a Paraguay. Levantaron falsos testimonios contra su presidente Francisco Solano López. Los países de la Triple Alianza le iban a hacer la guerra en nombre de la paz. El gobierno de Brasil, que tenía dos millones de esclavos, le prometía la libertad al Paraguay que, desde hacía muchos años, no tenía ninguno.

BRASILEÑO —Todo preparado, señor embajador.
EMBAJADOR —Pues si todo está preparado, ¿a qué espera el Brasil para declarar la
guerra? ¿O es que prefieren que Argentina dé el primer paso?

BRASILEÑO —Las guerras son caras, señor embajador. Nuestros
países son pobres.

EMBAJADOR —Por eso no se preocupe. Inglaterra sabe tratar a sus amigos.

BRASILEÑO —¿Pero qué... qué nos tocará a nosotros?

EMBAJADOR —Ganarán el Paraguay. Divídanselo como buenos amigos.

Y echaron suertes sobre el mapa del Paraguay. Los futuros vencedores se repartían por

anticipado los despojos del vencido. El primero de mayo de 1865, el presidente argentino Bartolomé Mitre, el emperador Pedro II del Brasil y el presidente impuesto al Uruguay Venancio Flores, firmaron en secreto la traición. El sanedrín inglés conoció la declaración de guerra y se felicitó por ella. Tres judas habían entregado al país inocente. La Triple Alianza estaba en marcha.

BRASILEÑO —¿Cuánto calcula que durará la guerra, general?
ARGENTINO —Poco, muy poco. En tres meses tomaremos Asunción, la capital. En tres meses habrá acabado todo.

La guerra duró cinco años. Los paraguayos no se quisieron dejar matar. Resistieron. Pero las armas enemigas eran superiores. Miles de muertos fueron quedando en los pantanos, en la selva, en las fronteras... Los hombres se acababan...

PARAGUAYA —No vayas tú, hijito, eres muy pequeño...
NIÑO —Píntame la cara, madre.

Se acababan los hombres del Paraguay. Los niños se disfrazaban de hombres para salir al frente de batalla. Se pintaban la cara, se ponían barbas de lana o de hierba para impresionar de lejos al enemigo. Peleaban hombres y mujeres, los viejos y los niños. Quien no moría de bala, moría de peste. Y cada muerto dolía. Cada muerto parecía el último, pero era el primero. Se acababa el Paraguay.

NIÑO —Se acaban los cañones,

carái... ya no...

SOLANO —Bajen las campanas de las iglesias. Fúndanlas.

PARAGUAY —La capital paraguaya había sido abandonada por la población para pelear en las fronteras. Las tropas de la Triple Alianza entraron en ella con orden de saqueo. Desvalijaron las casas, las iglesias. Nada se respetó. Ni los cementerios se salvaron de la rapiña.

SOLANO —Resistiremos hasta el último hombre. Nosotros no quisimos esta guerra. Pero menos queremos vivir sin dignidad. El pájaro picaflor nos enseña: no sabe vivir en jaula.

El presidente Solano López no se rendía nunca. Se internó en la selva con un ejército de ancianos y niños. Los últimos paraguayos emprendían esta última marcha hacia ninguna parte...

SOLANO —Hasta el último hombre... hasta el último hombre...

NIÑO —Ya vienen, carái... Están rodeando todo...

PARAGUAYA —Señor, ¿por qué nos has abandonado?

SOLANO —No llores. Resistiremos.

PARAGUAYA —Padre, no los perdones... porque ellos sí saben lo que hacen.

En Cerro Corá, acorralaron al presidente Solano y a los últimos soldados niños del Paraguay.

SOLDADO

—¡Ríndanse! Están perdidos.

Pero no se rendían nunca... El presidente Solano se abalanzó sobre ellos, espada en mano. Recibió dos lanzas en el vientre y un sablazo en la cabeza. Lo iban a rematar con un disparo al corazón...

SOLDADO
SOLANO

—Ríndase, Solano. Va a morir.

—Pero muero con mi patria.

Todo estaba consumado. Paraguay murió ese día con él. Los invasores habían dicho que venían a liberar al pueblo paraguayo: lo exterminaron. Era el triunfo de la civilización inglesa.

PARAGUAYA

—Junto a ríos de sangre nos sentamos a llorar acordándonos de ti, Paraguay, tierra sin males. Muera yo igual que mis hermanos si algún día olvido este atropello. Tampoco lo olvides tú, Dios de mi pueblo. No olvides a los ingleses cuando decían: arrasen ese país, destrúyanlo hasta el cimiento. Capital de Inglaterra: criminal.
¡Quién pudiera devolverte todo el daño que has hecho!
¡Quién pudiera atrapar a tus banqueros
y estrellarlos contra las piedras!

Enterraron a Paraguay en un sepulcro nuevo: el de la dignidad latinoamericana. Y cerraron el país con una gran piedra de silencio.

En la guerra de la Triple Alianza perdieron la vida más de un millón de paraguayos, casi toda la población del país. Al final de los combates, sólo quedaban en todo el territorio paraguayo 2.100 hombres mayores de edad. Todas las fábricas del Paraguay quedaron arrasadas. Desaparecieron también las leyes que protegían la industria nacional. Los ríos paraguayos fueron, por fin, abiertos al libre comercio con Inglaterra. Recién terminada la guerra, Paraguay recibió el primer préstamo extranjero de su historia. Era un préstamo inglés. El ferrocarril paraguayo fue traspasado a una empresa inglesa para pagar las nuevas deudas. Brasil y Argentina cobraron su recompensa. Se apoderaron de 150 mil kilómetros cuadrados de tierra paraguaya, más de la cuarta parte del país derrotado. Pero Argentina y Brasil, también arruinados, tuvieron que gestionar nuevos préstamos millonarios con la Baring Brothers, la banca Rothschild, los bancos de Londres. Inglaterra fue la única vencedora en la guerra que ella misma fabricó.

ABUELO

—Yo digo que por eso estamos como estamos. Porque nuestros pueblos, en vez de unirse, se pelean.

COMPADRE

—Nos echan a pelear. Y no son los pueblos, sino los gobiernos. Los gobiernos de Brasil y Argentina que se metían en la cama con Inglaterra. Y que apoyaron una guerra que sus pueblos no entendían ni querían. Cuentan que a muchos soldados de los países de esa "Triple Alianza" los llevaban a pelear con las manos atadas.

VECINA

—Pues vea que yo de esta guerra no sabía nada.

COMPADRE

—Es que de Paraguay se sabe tan poco... Después de la guerra, comenzaron los gobiernos militares, la corrupción. La industria nacional

VECINA

no se levantó nunca más. Desde hace cien años, Paraguay es uno de los países más empobrecidos de América Latina.

—Cien años... Pero no hay mal que dure cien años... ¿No habrá resurrección algún día?

LOS 10 MANDAMIENTOS DE TODO BUEN BURGUES

¡Ay, parece que van a hablar de nosotros!

En aquellos tiempos, un jovencito rico se acercó a Jesús y le dijo:

JOVEN —Maestro, ¿qué debo hacer yo para colarme también en el cielo?

Jesús le respondió:

JESUS —Está bastante claro, ¿no?
Cumple los mandamientos.

JOVEN —¿Cuáles mandamientos, teacher?

JESUS —¿Cuáles van a ser? Los diez mandamientos: no robarás, no matarás, no dirás mentiras, honrarás a tu padre y a tu madre...

JOVEN —Ah, no, no, no, no... Cambia el disco, moreno. Esos mandamientos no me gustan. Yo prefiero cumplir los míos.

Y dando media vuelta, el jovencito rico se fue.

VECINA —¿Y qué parte del evangelio es ésa, eh? Yo nunca la había oído.

ABUELO —Ni yo tampoco, señora. Seguramente se trata de una tergiversación de la Biblia.

COMPADRE —Qué va, se trata de otra Biblia.

VECINA —¿Cómo que de otra Biblia?

COMPADRE —Claro. Hay la Biblia de los cristianos. Y hay la Biblia de los burgueses. Hay diez mandamientos para unos y diez mandamientos para los otros.

ABUELO —Como no se explique mejor, cambio de programa...

COMPADRE —¿Sabe qué? Nosotros los latinoamericanos siempre le echamos la culpa de lo que nos pasa a Inglaterra, a los yanquis, a los de fuera. Y es verdad. Ellos no vienen aquí más que a robar. Pero las puertas de nuestros países tienen la cerradura por dentro. ¡La burguesía de nuestros países! ¿Qué harían los de fuera sin la llavecita que les dan los de dentro? ¿Qué habría hecho aquel inglés Míster North sin los burgueses chilenos?

ABUELO —Pero, ¿qué tiene que ver todo esto con la Biblia? ¿De qué está hablando usted?

COMPADRE —Estoy hablando de la Guerra del Pacífico, una página bien fea de la historia latinoamericana. Ocurrió hace cien años solamente. La guerra

entre Perú, Bolivia y Chile. Aquella guerra en la que los burgueses de Perú, los de Bolivia y los de Chile hicieron lo que hacen siempre, cumplieron fielmente... «los 10 mandamientos de todo buen burgués».

Esta historia comienza en Europa. Bueno, la mayoría de las historias de América Latina comienzan en Europa. Resulta que las tierras europeas cada vez rendían menos. La agricultura iba mal. A mediados del siglo pasado todavía no se habían inventado los abonos químicos. Era urgente encontrar algo para aumentar las cosechas... Inglaterra descubrió entonces que el guano podía ser un gran fertilizante. El guano del Perú. Los alcatraces y las gaviotas habían ido acumulando durante miles de años, montañas de excrementos en las islas de la costa peruana. Los excrementos de estos pájaros serían la salvación para las tierras cansadas de Europa.

INGLES —¡Necesitamos el guano! ¡Hay que traer a Inglaterra ese maravilloso excremento!

Fue entonces cuando otros pájaros, los burgueses, comenzaron a cumplir su misión, a cumplir sus mandamientos...

PRIMER MANDAMIENTO: AMARAS AL DINERO SOBRE TODAS LAS COSAS.

PERUANO —¿Se enteraron? ¡Un notición, señores! ¡Inglaterra quiere comprarnos el guano de las islas!

PERUANA —¡El guano! ¡Ay, qué divertido! ¿Y para qué querrán esas heces?

PERUANO —¿Qué heces?

PERUANA —Las heces, las de los pajaritos...

PERUANO —¡Dizque heces! ¡Las cagadas! Algo habrán olido los ingleses en esas cagadas...

PERUANA —Ay, no seas tan vulgar, amorcito...

PERUANO —Lo quieren para abonar sus tierras. Parece que el guano tiene no sé qué vaina química que es lo mejor para la agricultura.

PERUANA —¡Qué cosas descubren! ¡Los ingleses son tan inteligentes!

OTRO —Pues si es así, podríamos aprovechar el guano para abonar nuestras tierras aquí en el Perú, que buena falta nos hace...

OTRA —Estás loco, querido. Lo que hay que hacer es venderlo a buen precio. Y venderlo rapidito, antes que otros se enteren del negocio. ¡Dinero, querido, dinero! El dinero es como el ceviche: hay que comerlo fresco.

PERUANO —Pues consigamos la autorización enseguida. ¡Compro acciones en la exportación del guano!

PERUANA —Así se habla, mi vida. Cuando se trata de vender, se vende hasta la mierda...

Y comenzaron a vender el guano de las islas a toda prisa. Lo que la naturaleza tardó siglos en almacenar, los burgueses peruanos lo acabaron en pocos años. La compañía inglesa Gibbs and Sons se ocupaba del traslado. Diariamente salían los barcos hacia Europa cargados del oloroso fertilizante. A los 40 años estaban arrasadas las islas del Perú. Se habían vendido a Inglaterra 12 millones de toneladas de guano.

SEGUNDO MANDAMIENTO: TOMARAS EL NOMBRE DE LA PATRIA EN VANO

Cuando el guano se fue acabando, los ingleses descubrieron otro fertilizante mejor: el salitre. Los grumos blancos de nitrato depositados en el gran desierto del Perú. Los burgueses peruanos volvieron a entusiasmarse...

PERUANO —¡Ahora no quieren guano, sino salitre! ¡Y lo pagan mejor!

OTRO —Pero las tierras donde está el salitre tienen dueño.

PERUANA —Pues hay que comprarlas inmediatamente. ¡Eso vale ahora una fortuna!

PERUANO —¿Y con qué dinero las compramos?

PERUANA —Con dinero del Estado. No vamos a poner el nuestro, querido. La patria es como una madre: siempre ayuda a sus hijos.

PERUANO —La patria no tiene un centavo.

PERUANA —Bah, eso es lo de menos. El gobierno puede emitir bonos. ¿No «governamos» nosotros al «gobierno»? Por repartir papelititos no se muere nadie.

OTRO —¿Y qué pasa después con esos bonos?

PERUANA —Ay, querido, se vive sólo una vez. Hoy es hoy. Y después ya veremos.

PERUANO —Me parece un consejo muy sensato. En cualquier caso, el salitre tiene que ser nuestro.

En 1875 el gobierno peruano expropió las tierras salitreras y pagó con bonos a sus antiguos dueños...

GOBERNANTE —¡Pueblo del Perú! La patria necesita estas tierras. Los contratos que vamos a firmar con Inglaterra responden a los más altos intereses de la patria. ¡El sacrificio que hacemos hoy redundará mañana en el bienestar de todos!

El gobierno firmó contratos con Inglaterra. Se levantaron pueblos en los desiertos de Tarapacá, donde antes sólo vivían las lagartijas. Surgieron como por parte de magia las casas, las oficinas, los telégrafos. La Nitrate Railways puso los ferrocarriles. Y en barcos ingleses comenzaron a trasladarse montañas de salitre hacia Europa.

TERCER MANDAMIENTO: SANTIFICARAS LAS FIESTAS

PERUANO —¿Una copita, mi amor?

PERUANA —¿Una sola?

PERUANO —Es un vinito especial. ¡Vino de Burdeos! ¡Oh, la France! Allons enfants de la patrie... ¿Sabes? Estoy aprendiendo francés.

PERUANA —Pues aprende inglés, que nos conviene más.

- OTRA —Oigan, oigan, ¿supieron la última? La marquesa de Ribagüero se ha mandado a hacer un retrato con el mismísimo Goya...
- PERUANO —¿Con Goya? ¡Pero si Goya es del siglo pasado!
- PERUANA —¿No me digas? Bueno, yo no sé con quién será entonces... pero ¡lo que le va a costar! ¡Un dineral!
- PERUANO —¡Lo que le costará al pintor disimularle las arrugas a esa bruja!
- PERUANA —Ay, niña, eso no es nada. Mi marido ha mandado a comprar nuestra nueva casa en Italia. ¡Mármoles de Carrara, para que lo sepas! ¡Un sueño!

Las grandes familias de la aristocracia peruana derrochaban el dinero que les llegaba por las ventas del salitre. Mandaban a comprar en el extranjero vestidos de última moda, vinos franceses, estatuas de puro mármol de Carrara para adornar la alameda de Lima. Casas enteras llegaban desde Londres. Desde París se importaron hoteles completos, de lujo, con cocinero y todo.

- PERUANO —¡Hip! Tranquilo, compadre. Si se acaba el dinero, los ingleses nos prestan más. ¡Salud!

El despilfarro de la burguesía peruana fue tan escandaloso que a los pocos años las deudas del país eran el doble que las entradas...

- PERUANO —En la costa de Bolivia hay más salitre. Ya los chilenos lo están sacando y vendiendo a los ingleses. Nosotros también podemos sacarlo de ahí. Los bolivianos son «buenos amigos» nuestros...
- PERUANA —Ay, no hablen ahora de negocios... Querido, invítame a otra copita del vinito ése...

CUARTO MANDAMIENTO: OBEDECERAS A TU PADRE Y... Y, BUENO, A LA MADRE NO, PORQUE LOS BURGUESES NO LA SUELEN TENER

La explotación del salitre se extendió rápidamente hacia la provincia boliviana de Antofagasta. Los burgueses chilenos y los burgueses peruanos se disputaban el negocio. Fue entonces cuando los burgueses de Bolivia comenzaron a preocuparse.

- BOLIVIANO —Si no somos tontos, lo parecemos, pues. Perú está vendiendo nuestro salitre. Está haciendo negocio a costa nuestra, pues.
- OTRO —El negocio lo hace Chile. Son los chilenos los que sacan la mejor tajada. Nosotros mismos les dimos el permiso.
- BOLIVIANO —¡Qué Chile ni qué Chile! Los chilenos son muchachos listos pero ¿quién está detrás? ¿Quién es el papá? Inglaterra. La Melbourne Clark Company, la Nitrate Railways... Compañías inglesas. El problema no es con Chile ni con Perú.
- OTRO —El problema es que nosotros no sacamos nada. Ni tajada ni tajadita. Y así no se vale. Pongamos un impuesto, al menos para ganar algo también.

Los burgueses bolivianos decidieron ponerle un impuesto al salitre: se cobrarían sólo 10

centavos por cada quintal que salía de Antofagasta hacia Inglaterra. A pesar de eso los ingleses se indignaron y lanzaron a Chile a pelear contra Bolivia y contra Perú.

INGLES —¡Impuestos! ¡Esto es el colmo, señores de Chile,
el colmo!
CHILENO —¿Y... y qué podemos hacer, pues?
INGLES —No pagar un solo impuesto a esos bolivianos.
CHILENO —No, pues.
INGLES —Y si protestan, quitarles las tierras.
CHILENO —Sí, pues.
INGLES —Y si Bolivia molesta, declararle la guerra.
CHILENO —Sí, pues.
INGLES —Y si la madre de ustedes molesta...
CHILENO —Sí, pues...

Los burgueses de Chile obedecieron al pie de la letra las órdenes de su papá extranjero... Y los batallones de Chile obedecieron a los burgueses. Invadieron las provincias bolivianas y peruanas de donde se sacaba el salitre. La Guerra del Pacífico había comenzado.

QUINTO MANDAMIENTO: NO MATARAS... SI NO ES NECESARIO.

Febrero de 1879. Las fuerzas armadas de Chile ocupan las tierras del salitre. Perú y Bolivia se unen frente a los invasores. Pero como son los días de Carnaval, los burgueses prefieren terminar la fiesta antes de comenzar la guerra. Chile avanzó rápidamente por la costa, por el desierto, por el mar. Con uniformes ingleses y armas inglesas, el ejército chileno arrasa con todo hasta llegar a Lima... Los burgueses del Perú mandan indios a la guerra. Los burgueses de Bolivia mandan indios a la guerra. Miles de cadáveres quedan pudriéndose bajo el sol de los arenales.

La guerra del salitre está costando muchas vidas. Por mar y por tierra Chile pulveriza a sus enemigos. Se suman al mapa chileno los inmensos desiertos de Atacama y Tarapacá. Perú pierde el salitre y las gastadas islas del guano. Bolivia pierde la salida al mar y queda acorralada en el corazón de América del Sur. Los burgueses de Chile celebran por adelantado la victoria...

CHILENO —Nuestros derechos nacerán de la victoria, señores. ¡La victoria es la ley
suprema de las naciones!
CHILENA —Y ¿cuántos soldaditos llevamos perdidos, mi
amor?
CHILENO —Qué se yo... Eso es lo de menos. Lo importante es que el salitre
pertenece... ¡a Chile!
INGLES —¡Oh yes, así mismo es!

SEXTO MANDAMIENTO: NO FORNICARAS.

VECINA —¿For ni qué?
COMPADRE —¡Corten, corten! Ejem... Bueno, la vida privada de los burgueses ya se la
podrán imaginar. Pero sí la contamos se nos van a subir los colores... En
fin, hay cosas mucho más picantes que contar en esta historia.

Precisamente ahora viene el mandamiento que ellos cumplen con más devoción...

SEPTIMO MANDAMIENTO: NO ROBARAS... EN PEQUEÑAS CANTIDADES.

Aquellos bonos, aquellos «papelitos» con los que los burgueses del Perú compraron las tierras del salitre, perdieron valor durante la Guerra del Pacífico. Entonces apareció un burgués de Inglaterra en el horizonte...

NORTH —Yo querer comprar esos bonos...

John Thomas North, ladrón de cuello y corbata, llegó a Chile.

NORTH —Préstenme algo de dinero, por favor.

Como no tenía un centavo, los mismos burgueses chilenos le prestaron la plata a North para comprar los bonos. Y los compró a precio de ganga.

NORTH —Continúen, continúen matándose. Mientras ustedes se matan en el campo de batalla, yo compro el campo.

Los soldados chilenos y peruanos y bolivianos estaban peleando para Inglaterra, aunque no lo sabían...

NORTH —Ahora yo soy el legítimo dueño y señor de estas tierras.

En 1881 los burgueses chilenos reconocieron los bonos comprados por North como títulos válidos de propiedad.

NORTH —Aquí, el que sabe, sabe. Y el que no, lo nombran presidente.

Sin disparar un tiro ni gastar un centavo, John Thomas North se había quedado con todo. La guerra le había dado a Chile el monopolio mundial de los fertilizantes, pero el rey del salitre era el laborioso hombre de empresa John Thomas North.

NORTH —No robarás, amigo, no robarás en pequeñas cantidades.

Con el dinero robado a Chile, John Thomas North levantó fábricas de cerveza en Francia, de cemento en Bélgica, construyó tranvías en Egipto y aserraderos en Africa, explotó minas de oro en Australia y de diamantes en Brasil. El millonario del salitre tenía mucho que agradecerle a los burgueses de Chile. Y los burgueses de Chile también le estaban muy agradecidos por dejarlos participar en los beneficios de la gran empresa del salitre.

OCTAVO MANDAMIENTO: NO DIRAS MENTIRITAS... INVENTA GRANDES

CALUMNIAS.

En 1896 alcanzó la presidencia de Chile un ave rarísima, un burgués honesto: José Manuel Balmaceda.

BALMACEDA —¡Chilenos: vamos a aprender a vivir por nosotros mismos! Esta tierra, esta riqueza será nuestra. ¡Los grumos blancos del salitre se convertirán en escuelas, en caminos, en pan para el pueblo!

El presidente Balmaceda anunció que era necesario nacionalizar las salitreras, las empresas de Inglaterra.

NORTH —¿Nacionalizar? Fea palabra. Preparen mis maletas. Viajo a Chile.

John Thomas North, que andaba banqueteándose en Londres, no tardó en llegar a Santiago de Chile.

NORTH —¿Cien mil libras serán suficientes, senador?

El rey del salitre compró a buen precio las conciencias de los burgueses de Chile.

CHILENO —Chile debe volver a los buenos tiempos de antes. Ese Balmaceda es un enemigo de la libre empresa, un déspota borracho de poder!

VARIOS —¡Charlatán! ¡Carnicero!... ¡Tirano! ¡Dictador!

Los burgueses de Chile montaron una intensa campaña de calumnias contra Balmaceda. Los burgueses sublevaron al ejército. Los burgueses lanzaron gente a la calle contra el presidente. Mientras tanto, los barcos de Inglaterra bloqueaban la costa chilena... Balmaceda, asediado por la burguesía, se suicidó.

CHILENO —¿Quiere un vinito, mister North? ¡Sírvase unito, pues!

CHILENA —Ay, rubito lindo, ¿pero cómo te conservas tan bien? ¡Bailemos una cueca!

NOVENO MANDAMIENTO: NO DESEARAS LA MUJER DE TU PROJIMO... DESEA MEJOR A TU PROJIMO PARA PONERLO A TRABAJAR

En los tiempos del salitre, como en todos los tiempos, los burgueses son hombres prácticos. Ellos no trabajan. Ponen a otros a trabajar a trabajar para ellos... Cientos, miles de campesinos desempleados del valle central de Chile fueron empujados por el hambre a trabajar en las salitreras del Norte. Obreros que sobrevivían en chozas miserables en medio del desierto. Obreros de 16 horas diarias, que no conocían el descanso del domingo y cobraban sus salarios con fichas. Fichas que perdían la mitad de su valor en las pulperías de las empresas...

OBRERO —¡Compañeros, ya no! ¡Compañeros, ya basta! ¡Junta tu voz a otra voz! ¡Junta tu mano a otra mano! ¡A la huelga, hermanos del salitre! ¡A la

huelga!

VARIOS

—¡A la huelga! ¡A la huelga!!

En Iquique, el mayor puerto del salitre, se juntaron los huelguistas, los obreros y sus mujeres, los niños... Protestaron, reclamaron... Los soldados los ametrallaron. El 21 de diciembre de 1907, murieron en Santa María de Iquique, 3.600 trabajadores del salitre, en nombre de la libertad de empresa.

DECIMO Y ULTIMO MANDAMIENTO DE TODO BUEN BURGUES: NO DESEARAS INVERTIR TUS BIENES. GUARDALOS EN UN BANCO EXTRANJERO.

CHILENA
querido?

—¿Y qué vamos a hacer ahora con tanto dinero,

CHILENO

—Pensaba invertir en una industria de algo, no sé. Pero, ya sabes, eso da mucho trabajo. Hay que andar llevando las cuentas. Y luego, los problemas con los obreros que no se conforman con nada...

CHILENA

—¿Y entonces, mi amor?

CHILENO

—Tengo una idea mejor: lo meteré en el banco.

CHILENA

—¿En los de aquí?

CHILENO

—No, niña, no seas loca. En el banco de Londres lo tendremos seguro. Así estoy tranquilo y sin problemas. A propósito, ¿qué pensabas para esta noche?

La prosperidad del salitre no sirvió para desarrollar a Chile. Ni a Perú. Ni a Bolivia. Las riquezas exprimidas a los obreros ni siquiera se quedaron en el país. Se fugaron a los bancos de Inglaterra, de Suiza, de Estados Unidos. Pocos años después, un químico alemán descubrió un fertilizante sintético. Y la economía en Chile se vino abajo como un castillo de arena. La de los burgueses no. Todo su dinero ya estaba fuera. En los desiertos de Atacama y Tarapacá, sólo quedaron las casuchas vacías, los caminos muertos, los telégrafos mudos, los esqueletos de las oficinas salitreras... y los esqueletos de miles de obreros sacrificados en aquellas pampas para llenar las arcas de los bancos extranjeros.

COMPADRE

—Acabaron con el salitre. Pero los burgueses enseguida encontraron otro negocio. Los de Chile, comenzaron con el cobre. Y los de Bolivia, con el estaño. Y los de Perú, con los minerales de la «Cerro de Pasco Corporation». Y otra vez, a cumplir religiosamente sus diez mandamientos.

VECINA

—¿Sabe una cosa? Ya encontré yo la Biblia ésa que estaban leyendo al principio.

COMPADRE

—¿Y...?

VECINA

—Pues dice que Jesús, después que se fue el burguesito aquel, se puso furioso y dijo: ¡Más fácil entra un camello por el ojo de una aguja, que uno de estos sinvergüenzas haga algo por su país!

THE MANIFEST DESTIN OF A GREAT NATION

El destino de una gran nación

- ESTATUA —¡Hello! Les habla la Estatua de la Libertad. Esa señora de piedra que está a la entrada de la ciudad de Nueva York. ¿Me conocen, verdad? Me encuentran muy bonita, ¿verdad? Gracias, muchas gracias. Con mi antorcha, alumbró para todos el camino de la libertad. Vengan, vengan a mí los que están sin dinero y sin trabajo, sin chicle y sin hamburguesa, los que sueñan con ser felices... ¡les doy la bienvenida a los Estados Unidos de América! ¡Oh, welcome to the United States of America! ¡Y que empiece el desfile, la alegre cabalgata americana!
- VECINA —¡Ay, qué bonito está esto!
- ABUELO —Mire, mire esas luces de colores que dan vueltas... Yo no sé cómo se las arreglan estos americanos, pero tienen unos adelantos que te dejan frío...
- VECINA —Ahí tiene a mi vecina la Juliana. Se fue a los Estados Unidos hace como tres meses, y ya está mandándole dólares a los sobrinos... Y hasta escribe en inglés diciendo «fray chiquen» y cosas de esas.
- ABUELO —Mire, mire qué bonita carroza que viene con los indios y los vaqueros... ¡Qué maravilla!
- BUFFALO BILL —¡Soy Buffalo Bill, el gran Buffalo Bill, el mejor entre cien mil! Vengo cabalgando desde las praderas del Lejano Oeste... y sin fallar ni un solo tiro, ¡ni uno sólo!
- VECINA —¿Y ese ruido qué es?
- ABUELO —¡Supermán, señora! ¡Supermán nos está volando por arriba! ¡Mire, mire cómo sube...!
- VECINA —Ya ve ese mismo Supermán: es un oficinista, ¿no? Pero sube hasta el cielo. Es que en los Estados Unidos así es la cosa, uno empieza vendiendo papas fritas y termina de presidente.
- ABUELO —Mire, mire quién viene ahora, el ratón Mickey, Pluto, el Pato Donald...
- PATO DONALD —Cuac, cuac, cuac... ¡Soy Donald Duck, el pato Donald! ¡Vengan, vengan a visitar este país, un país para ser feliz!
- VECINA —¡Ay, mire qué gracioso, cómo habla! Mi hermana le mandó de allá un Pato Donald a mi nieto, que se le movían los ojos, y llevaba unas pilas...
- ABUELO —¡Mire los globos que están soltando! ¡Mire arriba!!
- VECINA —¡Ay, qué belleza!
- ABUELO —Hay que reconocerlo: los americanos son los americanos. Eso no se lo quita nadie.

Con más de 9 millones de kilómetros cuadrados de superficie, los Estados Unidos de Norteamérica son la potencia industrial, financiera y militar mayor del mundo. En este joven país, 250 millones de norteamericanos gozan de un nivel de vida más alto que el de cualquier otra nación desarrollada. En este sorprendente país, se han dado cita hombres y mujeres de todas las razas, unidos por el común deseo de la libertad, el progreso y la paz.

- ABUELO —La verdad es que los americanos tendrán sus cosas, pero son un país tan grande que hay que quitarse el sombrero.
- COMPADRE —No, no se lo quite tan pronto. Usted no lo va a creer, pero al comienzo de la historia americana, toda la tierra de ese país tan «grande» cabía en el patio de su casa.
- VECINA —¿En el patio de mi casa? ¡Pero sí ahí no me alcanza ni para sembrar cuatro tomates!
- COMPADRE —Sembrar cuatro tomates: eso, eso mismo es lo que ellos dijeron. La historia de este país empieza con una tierra muy pequeña y una mentira muy grande.

A comienzos del siglo 17, llegaron a las costas de la América del Norte, a lo que hoy es Nueva York, los primeros ingleses y holandeses. Aquellas tierras eran de los indios delaware.

- INDIO —Los vimos llegar por el mar. Sus barcos parecían una isla andando sobre las olas. Después, nos acercamos en las canoas. Dispuestos íbamos a recoger fresas de aquella isla. Pronto vimos que eran hombres blancos. Los recibimos en la tienda mayor. Les oímos hablar. Y mucho hablaron. ¿Por qué les creímos, entonces? Dijeron que querían sólo una tierra pequeña, pequeña, para sembrar las verduras de su sopa. Eso dijeron. Dijeron que les bastaba con la tierra que una piel de búfalo puede cubrir. Les dimos la tierra que pedían. Sólo escuchándolos, debimos darnos cuenta de que eran hombres de alma mentirosa.

Una tierra tan pequeña como una piel de búfalo, un huerto para hacer la sopa. Así empezaron a formarse los Estados Unidos.

- PURITANO —¡La voluntad de Dios nos señalaba el destino! Lo que es común a todos no tiene dueño. Y aquellos indios salvajes mandaban sobre tierras enormes, sin título ni propiedad. Dios todopoderoso ha dispuesto que unos hombres sean ricos y otros pobres, unos amos y otros esclavos.
- COMPADRE —Así era como pensaban aquellos primeros colonos que pidieron a los indios aquel primer pedacito de tierra. Y claro, porque pensaban así, no se conformaron sólo con eso...
- ABUELO —La verdad es que yo no sabía que los americanos habían empezado teniendo tan poco territorio. Pero ahí precisamente está el valor de esa gente. Uno no pasa de tener la tierra de un patio a esas enormidades chupándose el dedo. Hay que reconocer que el americano es un pueblo trabajador, más trabajador que nosotros...
- COMPADRE —¿Y de dónde se saca usted eso? ¿Quién le ha dicho que los

latinoamericanos hemos trabajado menos que ellos? Lo que pasa es que aquellos primeros colonos que llegaron a la América del Norte hace 400 años, tuvieron la suerte de encontrar unas tierras muy pobres, donde no habla ni oro ni plata, donde cuentan que había que sembrar las semillas a tiros...

VECINA
COMPADRE
no nacer importante.
ABUELO
enredarle la pita al trompo?

—¿Y qué suerte tan rara es ésta?
—Es la suerte de no tener suerte. La importancia de
—Oiga, ¿verdad que a usted le gusta bastante

COMPADRE

—Es que esto parece mentira, pero es una gran verdad. Una gran verdad que explica muchas cosas de cómo empezó esta historia, de por qué ellos los americanos son hoy ricos y nosotros pobres. Mire, cuando los europeos invadieron América, el sur, América Latina, era más rica en todo que el norte, que aquel pedazo de tierra de costa con el que empezó a formarse Estados Unidos. Aquí al sur, había de todo: tesoros fabulosos, minas riquísimas, tierras muy fértiles, que producían lo que ni se conocía ni se cosechaba en Europa: el azúcar, el café, el cacao... Civilizaciones con mucho desarrollo, con mucha gente, organizadas para el trabajo. Al norte no había nada de eso. Por eso, los españoles y los ingleses y todos los europeos preferían nuestras tierras. El norte no les interesaba. Aquí en América Latina robaron mucho porque aquí había mucho. No, no es que en el norte hayan trabajado tanto, sino que los dejaron en paz. Que los dejaron crecer. A nosotros, no. Mientras en el norte se desarrollaban, nosotros nos quedábamos enanos. No, los primeros yanquis no trabajaron más que ninguno de nuestros indios o de nuestros negros. Progresaron. Pero no porque trabajaran más, sino porque les robaron menos.

ABUELO

—Está bien. No eran grandes al principio. Tampoco su progreso fue cuestión de trabajo ni de la riqueza de la tierra. ¿Entonces, cómo se explica que ese país haya llegado a donde ha llegado?

COMPADRE
estrellas tiene?

—Mire, mire esa bandera americana... ¿cuántas

VECINA

—¿Y qué se yo cuántas? ¡Un montón!

COMPADRE

—Un montón, 50 estrellas. Y cada estrella, un Estado de los Estados Unidos. Pero no siempre fue así. No siempre fueron 50 estrellas...

Cuando, a fines del siglo 18, los colonos de Estados Unidos se separaron del gobierno de Inglaterra, tenían sólo 13 estrellas en su bandera. Eran 13 estados, unidos por la fiebre de crecer.

YANKI

—Comunique al gobierno de Francia que les compramos estos territorios vecinos de la Luisiana. Les guste o no les guste.

Más tenían, más querían.

YANKI

—Comunique al gobierno de España que nuestro ejército ha ocupado esos territorios vecinos de La Florida. Dígame que ya son nuestros. Les guste o no les guste.

A los 25 años de su independencia, los Estados Unidos multiplicaron por dos su tamaño, apropiándose de dos millones de kilómetros más de la América del Norte.

INGLES

—¿Deseaba algo la Reina de Inglaterra?

REINA

—Oh, sí, mi lord. Deseaba preguntarle si ha visto las astucias que andan haciendo los yanquis. ¡Nos han salido aventajados esos muchachitos! ¡Son mejores piratas que nosotros!

COMPADRE

—Y es que de tal palo, tal astilla. Los norteamericanos habían salido calcaditos a su madre patria Inglaterra. Habían aprendido todas las malas mañas de los ingleses. Pero más tenían, más querían. ¡La gloriosa conquista del Oeste! ¡Tantas películas que hemos visto! Pero todas dicen lo mismo: que los americanos eran unos valientes y que los verdaderos dueños del Oeste, los indios, eran unos salvajes. El problema es que todas esas películas de indios y vaqueros... las han hecho los vaqueros.

INDIA

—Nos equivocamos con los hombres blancos. Era malo su corazón. Al principio querían la piel de los animales del bosque, que son el castor y la nutria. Después, ya querían el bosque entero. Mataban los animales y mataban el bosque. Mataron también nuestros búfalos. Nos fueron empujando hacia el poniente del sol, más y más y más. Siempre querían más tierra. Después, Dios nos dijo que peleáramos contra ellos. Y peleamos. Pero ya era demasiado tarde.

Apaches, iroqueses, algonquinos, cheyenes, comanches, sioux, mohicanos... Cientos de miles de indios americanos fueron exterminados por los colonizadores yanquis. Morían de viruela y contagiados por otras enfermedades que no conocían. Morían en las guerras contra los invasores. Morían cuando se morían sus bosques y sus animales. La conquista del Oeste se hizo a costa del exterminio de millones de personas, de millones de animales y de millones de praderas y bosques valiosísimos.

MONROE

—Ciudadanos de los Estados Unidos de América: ¡este es el destino que Dios nos ha confiado! ¡Crecer, crecer, ser grandes! ¡Este es el destino de nuestra gran nación: ¡América para los americanos!

A los 50 años de su independencia, Estados Unidos, que ya tenía unas 40 estrellas en su bandera, se lanzó a la conquista de las ricas tierras de América Latina. En 1823, el presidente Monroe proclamó que el Destino Manifiesto de su país era: «América para los americanos»...

MONROE

—¡Que quiere decir: América para los norteamericanos! ¿Y por qué no? ¿Por qué no? ¡Si nuestro gran país necesita lo que aún no tiene, lo que hay en esos países de América Latina! Yo lo necesito, yo te lo quito. Empezaremos por México: Texas tiene minerales, wonderful tierras y... ¡petróleo! México tiene además algunos políticos que nos ayudarán a cumplir ¡con nuestro destino manifiesto!

MEXICANO

—¡Orale, manito, que de fuera vendrán los que de casa te echarán! No

respetaron nada esos gringos, hijos de la tiznada! Nos robaron la mitad del país, dos millones de kilómetros. ¡Echele, mano, una tierra grandotota, del tamaño de toda la Argentina! Nos quitaron Texas, California, Colorado, Arizona, Utah, Nevada, y ese otro estado que le siguen llamando «Nuevo México». Siete estrellitas más para su banderita... Tierras reterricas de oro, petróleo, minerales... por eso nomás se las robaron. ¡Pobrecito México, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos!

Al fin de la guerra de despojo de México, el presidente americano Polk anunciaba al mundo que los Estados Unidos eran ya más grandes que toda Europa.

COMPADRE —La hija le había sacado una buena ventaja a su madre Inglaterra.

VECINA —Pues me va sonando esta historia a aquello de «sí puta la madre, putísima la hija»...

ABUELO —Señora, por favor, que esto lo está leyendo mucha gente...

NICARAGÜENSE —No, señor, diga todos los verbos que guste, que aquí de esos gringos estamos hasta el hígado. ¿Usted no a oído el himno. «Enemigos de la humanidad»...

ABUELO —Oigame, ¿y de dónde es usted?

NICARAGÜENSE —De Nicaragua, pues.

GRINGO —¡Hace falta un canal por Nicaragua! ¡O por cualquier otro lugar de Centroamérica! Nuestro comercio internacional crecerá como la espuma. Por eso, hace falta que nosotros controlemos totalmente ese canal.

NICARAGÜENSE —¿Escuchó? El «bisnes» del Canal, esa era la chochada. Y hasta metieron en Nicaragua a un chele, a ese rubio de William Walker, que por la traición de unos matamamas, llegó a presidente de la República. Sí, los gringos torcieron el camino de nuestro país...

Desde mediados del siglo pasado, Centroamérica se convirtió en el patio trasero de los Estados Unidos. Repúblicas bananeras, enclaves de la United Fruit, tierra de invasiones, de intervenciones militares, de deudas impuestas, de tratados humillantes firmados a punta de pistola y con las cañoneras en los puertos...

PANAMEÑO —Pero, oigame, el Canal no lo llegaron a abrir por Nicaragua, sino por aquí, por nuestra tierra...

VIEJO —¿Y de dónde es usted?

PANAMEÑO —Panameño, mi hermano. Por mi sangre que yo nunca entendía aquella vaina que terminó con la abridera de este canal. Fue todo rapidito. Nos separamos de Colombia y, bungundún, caímos en manos de los americanos. Hasta una banderita igual a la suya quisieron clavarnos aquí.

TAFT —Ciudadanos de este gran país: ¡no está lejano el día en que tres banderas de barras y estrellas señalen en tres sitios la expansión de nuestro territorio! ¡Una en el polo norte! ¡Otra en el canal de Panamá! ¡Y la tercera en el polo sur! ¡Todo este continente será nuestro políticamente, como ya es nuestro moralmente, gracias a la superioridad de nuestra raza!

VECINA —¿Y esa barbaridad quién la dijo?
 COMPADRE —Pues uno de los tantos presidentes de Estados Unidos, el presidente William Taft. Eso es histórico, eso está escrito.
 VECINA —¡Pero esa gente roba y no tiene vergüenza en decir que lo hace!
 CUBANO —¡Que nos lo digan a nosotros, chico, a los cubanos! Martí lo avisó. Martí le conocía la entraña a ese monstruo. ¡Aquí en Cuba los yanquis se colaron en una guerra donde nadie los llamó para sacar su buena tajada!
 PUERTORRIQUEÑA —¡Ay, bendito, se colaron en la guerra de Cuba, y al final se robaron a Puerto Rico! Los cubanos ya se zafaron de los yanquis, pero a nosotros, mira cómo nos tienen todavía, ¡vueltos una burundanga!

A fines del siglo pasado, en 1898, Estados Unidos intervino en la guerra de independencia de Cuba. Terminada la guerra, se reservó el derecho de seguir interviniendo en Cuba y se apropió de la isla de Puerto Rico en el Caribe y de las islas Filipinas en Asia...

MCKINLEY —Yo caminaba por la Casa Blanca, noche tras noche, y suplicaba al Dios todopoderoso que me iluminara. Y una noche, no sé cómo, recibí la orientación de Dios. El me dijo que no debemos dejarles las islas Filipinas a los filipinos, que no están preparados para gobernarse, sino que nosotros somos los que tenemos que educarlos y cristianizarlos. Y entonces, reconfortado, volví a la cama y dormí profundamente...
 VECINA —¿Y quién fue el que dijo esa otra barbaridad?
 COMPADRE —Otro presidente americano, el presidente MacKinley. Eso está escrito también. Auténtico.
 VECINA —¡Lo último que me faltaba por oír! ¡Qué poca madre tiene esa gente! Oigalo: ¡que Dios le dijo que se robara un país ajeno!

1904: Estados Unidos interviene militarmente en la República Dominicana y Panamá.
 1905: tropas norteamericanas desembarcan en Honduras.
 1906: los marines desembarcan en Cuba.
 1907: desembarco de marines en seis puertos de Honduras.
 1910: intervención militar en Nicaragua.
 1911: nueva intervención militar en Nicaragua y en Honduras.
 1914: intervención militar en Haití, en República Dominicana y en México.
 1915: masivo desembarco de tropas norteamericanas en Haití. El país permanece ocupado durante 20 años.
 1916: masivo desembarco en la República Dominicana. El país ocupado durante 8 años.
 En el mismo año, doce mil soldados norteamericanos cruzan la frontera con México.
 En siete años, entre 1918 y 1925, seis intervenciones militares, dos en Panamá, tres en Honduras, una en Guatemala.
 1926: los marines desembarcan en Nicaragua y ocupan el país. Al grito de «Patria libre o morir», el general Sandino los enfrenta y los derrota después de siete años de lucha guerrillera.
 1934: Estados Unidos vianda a asesinar a Sandino.
 1937: intervención militar en Puerto Rico.
 1954: intervención de Estados Unidos en Guatemala para derrocar al gobierno de Jacobo Arbenz.

1961: intervención de Estados Unidos en Cuba para derrocar al gobierno de Fidel Castro. Los cubanos derrotan a los invasores.

1965: cuarenta mil marines desembarcan en República Dominicana para contener la insurrección popular.

1983: intervención militar de Estados Unidos en la isla caribeña de Granada para derrocar al gobierno de Maurice Bishop.

1989: intervención militar en Panamá para no entregar el Canal a los panameños...

COMPADRE —Ya ven de dónde ha salido tanta grandeza... Ya ven cómo aquella pequeña piel de búfalo se fue estirando... Cómo se hicieron ricos, cómo siguen haciéndose ricos... ¡América para los americanos! Y lo que no es América también. Bases militares en toda Europa, en Asia, en Africa. Les interesaba el Vietnam, porque allí hay minerales que ellos no tienen. Y les interesa Sudáfrica por la misma razón. Así fueron llenando de estrellas su bandera. Y de sangre la historia de nuestro tiempo. La mancha es tan grande que no hay jabón que la lave. Sí, ese es el destino manifiesto de los Estados Unidos.

VECINA —¿Estados Unidos? ¡Estados Podridos!... ¡El destino de esa gente es jodernos a nosotros!

ABUELO —Señora, por favor...

COMPADRE —Pues mire que hace 150 años, Bolívar ya dijo algo parecido. El Libertador de América pensaba igual que usted, señora. El decía: «Los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia a plagar la América de miserias en nombre de la libertad».

LA VARITA MAGICA DEL CAFE

¿Quién sube y baja los precios?

Cuenta la leyenda que hace muchos, pero muchísimos años, allá por las lejanas tierras de Arabia, un pastor andaba cuidando su rebaño...

PASTOR —¿Y qué les pasa hoy a estas condenadas? ¿Qué andan comiendo ustedes que se han puesto tan locas, eh? A ver, estas bolitas rojas, qué serán? Buenas deben ser porque las ovejas están más alegres que nunca. Probaré una... Un poco amarga, pero...

Al rato, el pastor se había puesto más alegre y vivaracho que las ovejas. Y arrancó los granos rojos del café, los secó, los molió, los hirvió con agua...

PASTOR —¡Ahhh! ¡Qué sabroso! ¡Voy a dárselo a mi novia a ver si se anima y nos casamos!

La negra y olorosa bebida pasó de Arabia a Egipto, y de Egipto a Turquía, y por Venecia entró el café a toda Europa...

SEÑORA	—¡Jacinta!
SIRVIENTA	—Mande, señora.
SEÑORA	—Tráeme una taza de café.
SIRVIENTA	—Enseguida, señora.
SEÑORA	—Que esté bien caliente, ¿oyes?
SIRVIENTA	—Oigo, señora.
SEÑORA	—Mejor dos. Para el señor también.
SIRVIENTA	—También, señora.
SEÑORA	—Con galletitas, claro...
SIRVIENTA	—Claro, señora...
SEÑORA	—Vamos, Jacinta, date prisa, lo quiero ahora mismo.
SIRVIENTA	—¡Ahora mismo, señora, ahora mismo...!

A toda Europa le gustó el café. Y pronto aparecieron las cafeterías en el viejo continente. Y como el café se volvió tan popular, los europeos comenzaron a sembrar en sus colonias de América aquella mágica bebida...

VECINA —Ay, pues a mi ya me entraron ganas de tomarme un cafecito oyendo esta historia. ¿A usted no?

ABUELO —Señora, yo soy como mi abuelo. Con café me acuesto y con café me levanto...

COMPADRE —Y con café se levantaron también los países de América Latina. Nuestros países andaban medio adormilados, y vino a despertarlos la varita mágica del café...

En el siglo pasado, la varita mágica tocó a Brasil... Y desde entonces Brasil se convirtió en el mayor productor de café del mundo. El valle del río Paraíba y la meseta al oeste de Sao Paulo, se transformaron en un inmenso mar de café...

BRASILEÑA —¡O melhor café do mundo em o país maior do mundo! ¿No quer probar um poquinho, meu amigo?

La varita mágica tocó también a Colombia... y los campesinos colombianos ya no sembraron otra cosa que café en sus pequeñas parcelas...

COLOMBIANO —Ay, mi china, ¿y cuándo nos casamos? Ya tengo la veredita sembrada de café...

En pocos años, las dos terceras partes de las ganancias de Colombia, venían de la venta de café en el extranjero.

COLOMBIANA —¿Le provoca un tinto, mi amor?

Después, la varita mágica tocó las tierras olvidadas de Centroamérica...

GUATEMALTECO —¡Mirá vos, chapín, se acabó lo de andar vendiendo añil y babosadas! ¡Ya vamos a entrar de plano al mundo moderno!

Gracias al café, Centroamérica encontró su sitio en el mercado internacional. La varita mágica tocó a Guatemala y miles de indígenas se dedicaron a cortar café. La varita tocó a Nicaragua y sus montañas se cubrieron de café. La varita mágica tocó a Honduras, a El Salvador, a Costa Rica, a Cuba, a Haití, a Dominicana, las islas del Caribe, México, Ecuador, Perú... En los años 50, América Latina servía el café en las mesas de todo el mundo. Luego, Africa también entró en el comercio cafetalero. Pero todavía hoy, 15 países latinoamericanos viven pendientes del café y del sube y baja de sus precios en el mercado internacional.

COMPADRE —Si, hay quien dice que el café resulta casi tan importante como el petróleo en ese mercado internacional.

ABUELO —Bueno, ¿y cuál es el problema?

COMPADRE —¿Qué problema?

ABUELO —Alguno habrá. Ya me lo conozco yo a usted. Le da primero a la varita. Y luego seguramente vendrá el garrotazo. A ver, ¿qué de malo hay en esto del café, sí puede saberse?

COMPADRE —En el café, nada. Lo malo está en la cafetera.

VECINA —Ah, no, sí es por eso, yo lo cuelo en una media y...

ABUELO
hablando de economía.

—¡Qué media ni media, señora! Aquí estamos

COMPADRE —Pues vengan, entonces, dense prisa, que ahí al lado también están hablando de lo mismo. Apúrense, que ya empieza...

PROFESOR —Gracias, gracias... Pues sí, hemos aceptado venir hoy para explicar las leyes de la economía de libre mercado y la natural división del trabajo entre los distintos países. Creo que con un poco de esfuerzo, los menos entendidos podrán comprender la complejidad de estas leyes que rigen el comercio internacional... Señores: ¿de qué trata la economía? Como su mismo nombre indica, economía significa «dinero», ganar dinero. Pero dinero para mí. Noten que la palabra no dice «econotuya» sino «economía». Es decir, sólo unos cuantos países pueden ganar ese dinero. ¿Qué países? Los nuestros, estimados empresarios, los países del primer mundo.

EMPRESARIO 1 —¿Un vasito de agua, profesor?

PROFESOR —Gracias, gracias... Pues sí, ahora se habla mucho de países pobres, países ricos, primer mundo, tercer mundo... Todo esto es algo muy antiguo y muy normal en economía. Si todos los países fueran ricos, ¿quién trabajaría en el mundo? Lo mismo pasa en una casa de familia: unos se sientan a la mesa y otros sirven la comida. Si todos nos sentamos, ¿quién sirve, quién cocina? Señores: todos somos iguales. Pero unos más que otros.

EMPRESARIO 2 —Profesor, ¿puedo hacerle una pregunta?

PROFESOR —Hágala. Como decía mi maestro, el que pregunta pasa por tonto una vez. El que no pregunta, se queda tonto toda la vida.

EMPRESARIO 2 —Profesor, ¿cómo puedo ganar ese dinero que usted dice?

PROFESOR —Pregunta fundamental que toca el fondo de la economía. Vea usted: hay países que tienen agricultura, minería, pesca, ganadería... Todo eso está muy bien. Pero esas son las sirvientas de la mesa. ¿Cuál es la señora? ¿Quién es la dueña de la casa? ¡La industria, señores míos, la industrialización! Aseguren para ustedes las industrias. Y dejen que los demás países se dediquen a sembrar plátanos o a criar vaquitas. Así es como se gana dinero.

EMPRESARIO 3 —Profesor, una pregunta.

PROFESOR —Hágala.

EMPRESARIO 3 —Profesor, en el primer mundo ya tenemos todo industrializado. ¿Qué podemos hacer para ganar mucho dinero?

PROFESOR —Ahora comienza el juego económico, querido amigo. Ahora llegamos al punto crucial. Hablemos, por ejemplo, del café. Los países pobres tienen el café. Y nosotros tenemos «la cafetera». Es decir, ellos tienen las materias primas. Y nosotros tenemos la maquinaria, los abonos químicos, los tractores, la tecnología... Muy bien. Ellos nos venden el café. Y nosotros les vendemos la cafetera. ¿Qué podemos hacer nosotros, los hombres del primer mundo, para ganar dinero en este intercambio? Una ley fundamental de la economía de libre mercado se formula así: «baje usted el precio del café manteniendo fijo el precio de la cafetera».

TODOS —¡Ohhh...!

EMPRESARIO 3 —Profesor, ¿y quién baja ese precio?

PROFESOR —Sobra la pregunta, señor mío. ¿Quién va a ser? Nosotros, naturalmente. El primer mundo tiene y tendrá la sartén por el mango. O mejor diríamos, la cafetera por el asa.

COLOMBIANO —Pero, ¿qué se han creído estos? Mire, mire, ahora la libra de café la ponen a 2 centavos. El año pasado a 4, el otro a 9, ¡y ahora la bajan a 2! ¡Así no hay quién aguante!

La baja de un solo centavo en el precio del café representa decenas de millones de dólares de pérdida para nuestros países latinoamericanos.

PROFESOR —Señores, es una ley histórica, una ley económica, que el que tiene la cafetera es quien le pone el precio al café.

EMPRESARIO 1 —Profesor, ¿y si el país que tiene el café no quiere venderlo a ese precio más bajo?

PROFESOR —Diga mejor «los países». Hay que poner varios países a producir la misma cosa. De esta sencilla manera, si un país no quiere vender, el país vecino sí lo hará. ¡Regateo, competencia, libertad! Pero para que la competencia funcione, los países pobres deben ser, verdaderamente pobres. El pobre vende hasta su alma. Y el que es más pobre, la regala.

EMPRESARIO 3 —Profesor, una pregunta.

PROFESOR —Hágala.

EMPRESARIO 3 —Profesor, mi pregunta es la siguiente: ¿cómo puedo hacer para ganar más dinero?

PROFESOR —Una importante pregunta. Y con ella llegamos a otra ley fundamental de la economía de mercado. La ley anterior decía: baje el precio del café manteniendo fijo el de la cafetera. La segunda se podría formular así: «suba el precio de la cafetera manteniendo fijo el del café».

TODOS —¡Ohhh...!

Por más que corremos, nunca llegamos. Los precios de lo que compramos en el extranjero van más de prisa que los precios de lo que producimos. En 1950 Colombia compraba un jeep con 17 sacos de café. Quince años más tarde, necesitaba tres veces más sacos para comprar ese mismo jeep. En 1953, Brasil compraba un tractor con 70 sacos de café. Hoy en día, con esos 70 sacos ya no compra ni las ruedas del tractor.

PROFESOR —Después de esta complicada explicación económica, creo que bien nos merecemos un descanso. Y ya que hablamos del café, los invito a todos a pasar a la cafetería...

VECINA —Pero, óigame, ¿y así de simple es la economía?

COMPADRE —La economía de ellos es bastante simple, señora: ganar dinero, más dinero y más dinero. Comprar al precio más barato y vender al precio más caro. Eso pasa con el café y con el azúcar y con el estaño y con el cobre, y con todos nuestros productos. Cada vez vale menos lo que América Latina vende a los países ricos. Y cada vez vale más lo que esos países ricos nos

- venden a nosotros.
- VECINA —Por lo que dijo ese cara de pingüino, ellos ponen el precio que les da la gana.
- ABUELO —Tampoco es así la cosa, señora. Según tengo entendido, hay acuerdos para poner los precios.
- COMPADRE —Cómo no, los acuerdos internacionales... la OIC para el café, la GEPLACEA para el azúcar, la UPEB para el banano... ¡Cuántas no hay! Pero, en todas esas oficinas, ellos, los del primer mundo, tienen su sillón. Y ya usted sabe, donde manda capitán...
- ABUELO —Bueno, señor, pero algo es algo.
- COMPADRE —Algo es poco. Yo lo único que sé es que, con acuerdo o sin acuerdo, el café va pá bajo y la cafetera pá riba.
- VECINA —Bueno, cállense ya, que va a comenzar otra vez el cara de pingüino...
- PROFESOR —No sé si lo expuesto anteriormente quedó suficientemente claro.
- EMPRESARIO 4 —Profesor, una pregunta.
- PROFESOR —Hágala.
- EMPRESARIO 4 —Profesor, yo estaría interesado en saber... ¿cómo puedo hacer para ganar más dinero?
- PROFESOR —Muy interesante su pregunta. Ustedes siempre dan en el clavo del asunto. Nos adentraremos, por tanto, en mayores profundidades económicas. Me refiero a la compleja ley de la oferta y la demanda. En los países del tercer mundo, yo no sé por qué, tal vez por su mismo atraso, en esos países, digo, siempre ocurren los terremotos, las desgracias, explotan los volcanes, aparecen tiburones en la playa, en fin... Mantenga la calma en esos momentos difíciles. Viene una sequía en Brasil y acaba con la cosecha. Hay menos café en el mercado. Como se ofrece menos, se demanda más. Los colombianos, muy astutos ellos, comienzan a vender su café a un precio más alto. ¿Qué podemos hacer en esa crítica situación?... Paciencia, mis estimados. La paciencia del león dormido. ¿El café sube este año a ocho?... ¡Bájelo el año próximo a cuatro!
- TODOS —¡Ohhh...!
- PROFESOR —Y el año siguiente súbalo a 5. Y el que viene, bájelo a 3. Y luego, suba a 4 y luego baje a 2. Suba y baje, baje y suba... procurando, naturalmente ¡quedar siempre arriba!

El sube y baja de los precios del café, sube y baja toda la economía de Colombia. Las cosechas se arruinan, los campesinos quedan sin trabajo, hasta los pordioseros de las calles reciben menos limosna.

COLOMBIANO —Chinita, no podemos casarnos. Bajó el café. Este año no podemos.

Hasta el momento oportuno para una declaración de amor en una loma antioqueña, se decide en la bolsa de Nueva York.

EMPRESARIO 2 —Profesor, con su permiso, una preguntita.

PROFESOR
EMPRESARIO 2
PROFESOR

—Hágala.

—Profesor, dígame, ¿cómo puedo hacer para ganar más dinero?

—Siempre aciertan ustedes con las preguntas básicas de la economía. Pues sí, señor mío, a veces ocurre al revés. Cuando hay una mala cosecha en un país y suben los precios del café, los demás países pobres se hacen ilusiones. El cuento de la lechera. Todo el mundo a recoger café, a vender café... Ofrecen cantidades enormes, pensando que así nos van a sacar mucho dinero. ¿Qué hacer entonces?... Aproveche esa oportunidad. Es el momento para bajar los precios del café...

TODOS
PROFESOR

—¡Ohhh...!

—Bajarlos lo más posible... Más abajo... Esta es la ley, señores: si le ofrecen mucho café, ofrezca poco dinero. Si le demandan más dinero, demándeles que se lo metan... ¡en el almacén!

Pero no. Tendrán que venderlo. Aproveche, entonces. Véndales también la cafetera. Es decir, la maquinaria, el tractor, la medicina, el producto industrial. Como el país que produce el café está, en sus manos, súbale también el precio de la cafetera. Un poco más. Otro poco. Cada vez más. ¡Plus ultra! Un buen empresario se repite siempre aquel sabio refrán: «hoy por mí, y mañana también por mí».

Por las bajadas y subidas injustas de los precios, el primer mundo le robó a América Latina en 1984, en un sólo año, la enorme suma de 20 mil millones de dólares. Con ese dinero se hubiera podido alfabetizar a todos los latinoamericanos que no saben leer. Y erradicar de nuestro continente la malaria, la poliomielitis, la difteria, y tantas otras enfermedades graves.

EMPRESARIO
LATINO
PROFESOR
EMPRESARIO
LATINO
mundo.
TODOS
EMPRESARIO
LATINO

—Profesor, una pregunta...

—Diga usted.

—Profesor, yo soy un empresario... pero del tercer

—¡Ohhh...!

—Sí, sí, disculpen. Yo sé que este es un curso reservado para los del primer mundo, pero...

PROFESOR
Pregunte.
EMPRESARIO
LATINO

—Ya que está aquí, no sea tímido, señor mío.

—Profesor, ¿cómo la explicaré? Yo, los empresa nos del tercer mundo, quisiéramos también ganar... no tanto como ustedes, pero en fin...

PROFESOR

—Querido amigo: ustedes también merecen su parte. Al fin y al cabo, son cabeza de ratón. ¿Qué pueden hacer ustedes? Nosotros controlamos los precios. Y así ganamos. Controlen ustedes a los obreros. Y así ganarán también. Ustedes colegas empresarios del tercer mundo tienen en su mano otra varita mágica: los salarios... Bájenlos, bájenlos... Así ganarán bastante.

Haití sobrevive con sus ventas de café al extranjero. Pero en las plantaciones de café, los haitianos cobran 30 centavos, 20 centavos, hasta 7 centavos de dólar por día. Las fincas de café en Guatemala cuentan con policía privada. Allí un hombre vale menos que su tumba. Allí no hay camiones ni carretas porque los finqueros no los necesitan: sale más barato transportar el café a lomo de indio.

¿Alguna pregunta más, estimados empresarios del primer mundo? Bueno, pues si no hay más...

VECINA —¡Un momento!

PROFESOR —¿Usted quiere algo, señora?

VECINA —Nada, yo no quiero nada. Porque yo no soy empresaria ni sé de qué mundo soy...

TODOS —¡Ohhh...!

PROFESOR —¿Y qué busca aquí?

VECINA —¡Decirle a usted que ya su café me está sabiendo a purgante!

ABUELO —Señora, no se sulfure que...

VECINA —Déjeme quieta. Que ahora éste me va a oír... Sí, ustedes, señorones de cuello y corbata, que nunca en su manganzona vida habrán visto una mata de café, ni saben lo que es partirse los riñones en un cafetal, recogiendo a mano por las lomas, grano a grano, para ganarse tres centavos al final... ¡Ah, no, ustedes están bien repantingados aquí, averiguando la mejor manera de robarle al prójimo! ¡Ustedes cada vez más ricos y más sobrados! ¡Y a nosotros que nos parta un rayo, ¿no?! Pero, ¿saben qué les digo? ¡Que sí fuera por mí se arreglaba enseguida todo este asunto del café!

PROFESOR —¿No me diga? ¿Y cómo lo arreglaría usted, estimada señora?

VECINA —Guárdese el cumplido. Y guárdense sus cafeteras y sus varitas mágicas... Nada, no les vendemos nada a ustedes, hasta que no haya precios justos. Nos ponemos de acuerdo y nada, ¿me oyen? Ni una libra. Y allá en sus países, que desayunen con alfalfa, ¡a ver sí les gusta!

PROFESOR —Señora, por favor, no sea ingenua... Si ustedes no nos venden...

VECINA —¡Se lo vendemos a otros! ¿O es que ustedes son el único ombligo del mundo? ¿Se creen la mamá de Tarzán, verdad? Pues se equivocaron. Hay muchos países que nos pueden pagar mejor que ustedes, y que no abusan de la confianza.

PROFESOR —No sea primitiva, señora. Ustedes tienen ya una cuota asignada y una obligación que cumplir en el mercado internacional. No sería nada conveniente venderle a «esos países» en los que seguramente usted está pensando...

VECINA —¿Ah, no? ¿Con qué no sería «conveniente»?... ¿Y dejarnos robar por ustedes eso sí nos conviene?

PROFESOR —Basta ya, señora. Lleva cinco minutos

acabándome la paciencia.

VECINA
nuestros países!

PROFESOR

VECINA

PROFESOR

VECINA

—¡Pues ustedes llevan 500 años acabándosela a

—¡Terrorista!

—¡Cara de pingüino!

—Mire, señora, yo no sé por dónde entró usted en esta sala. Pero sí sé por dónde va a salir. ¡Policía!

—No, no hace falta. Yo me voy por mis propias patas. ¡Mejor es quedarse en la calle, que hacerle de sirvienta a esta bola de canallas!

SEÑORA

SIRVIENTA

SEÑORA

SIRVIENTA

SEÑORA

SIRVIENTA

SEÑORA

SIRVIENTA

SEÑORA

SIRVIENTA

SEÑORA

—América Latina!

—Mande, señora.

—América Latina, traéme una taza de café.

—Enseguida, señora.

—Que esté bien caliente, ¿oyes?

—Oigo, señora.

—Mejor dos. Para el señor también.

—También, señora.

—Con galletitas, claro.

—Claro, señora.

—Vamos, América Latina, date prisa...

DIENTES DE HIERRO SOBRE AMERICA LATINA

...que también podría llamarse "El Tío Sam y sus 40 ladrones"

- TECNICO —Cabo Cañaveral. Todo listo para el lanzamiento. Astronautas a bordo de la nave. Motores en marcha. ... five, four, three, two, one... ¡zero!
- ABUELO —¡Qué maravilla! ¡La ciencia, señora, la ciencia! ¡El hombre subiendo al cielo para investigar los misterios del universo!
- VECINA —¿Y a dónde irá ese cohete?, ¿a la luna?
- ABUELO —¡Qué luna, señora! A la luna ya le han visto ellos todos los lunares. Este irá, no sé... a Saturno o le sigue la pista al cometa Halley...
- COMPADRE —No, éste debe andar siguiendo otra pista. Si supiera, que la mayoría de los satélites norteamericanos no quieren ver la luna ni las estrellas.
- VECINA —¿Ah, no? ¿Y qué quieren ver, entonces?
- COMPADRE —La tierra.
- VECINA —¿La tierra? Pues para ver la tierra no hace falta empinarse tanto ni volar en un peligro de éstos...
- COMPADRE —En realidad, más que la tierra, quieren ver lo que hay debajo de la tierra. Sacar fotos. Espiar lo que tenemos. El famoso Von Braun, el inventor de los cohetes, decía que desde allá arriba se podían descubrir los pozos de petróleo desconocidos, las minas de oro, las minas de hierro, los minerales que ellos necesitan para...
- ABUELO —¡Oiga! Suena un teléfono... Conteste, señora...
- VECINA —¿Aló?... ¿Cómo dice?... Nosotros, por la curiosidad, ya sabe... Claro, claro... En ese caso, disculpe... No se preocupe, ya nos vamos... Y perdone, ¿no?
- ABUELO —¿Quién era, señora?
- VECINA —No sé, un señor ahí muy furioso...
- ABUELO —Pero, ¿quién era?
- VECINA —¿Y qué se yo? Un americano, creo... «No se metan en lo que no les importa», dijo. «Seguridad nacional». Parece que no le hace gracia que andemos mirando los avioncitos.
- ABUELO —Pues, vámonos de aquí los tres, vámonos...
- NORTEAMERICANO —Es cuestión de seguridad nacional, señores. Necesitamos manganeso. Sin ese mineral, no hay industria de acero. Y sin acero, no hay industria de nada. Aquí en Estados Unidos no hay manganeso. Tenemos que conseguirlo donde sea y al precio que sea.
- OTRO —No se preocupe tanto, jefe. Lo conseguiremos. Y a un precio muy

razonable. En Brasil, hay una maravillosa mina de manganeso. Déjelo en mis manos.

En 1948, llegó a Brasil un extraño personaje. Venía a ocupar un nuevo cargo en la embajada norteamericana de ese país...

NORTEAMERICANO —Hello. Mis respetos, señor presidente.

DUTRA —Muito obrigado. ¿Y usted es...?

NORTEAMERICANO —El agregado mineral de la embajada norteamericana.

DUTRA —¿Cómo dijo?

NORTEAMERICANO —Señor mío, si hay agregados militares, agregados de prensa, agregados culturales, ¿por qué no puede haber un agregado mineral?

DUTRA —Sí, claro, claro... Pero, ¿en qué consistiría su trabajo?

NORTEAMERICANO —Ayudar a Brasil. Ayudarlos a ustedes a aprovechar mejor los recursos minerales que tienen en este gran país. Tomaremos unas copas, señor presidente, y así podremos hablar más en confianza...

El presidente brasileño de entonces, Eurico Dutra, era amigo de la libre empresa y de la inversión extranjera. Era amigo de los norteamericanos. Y también se hizo amigo del nuevo agregado mineral.

NORTEAMERICANO —Pues sí, señor presidente, tenemos una sugerencia. Vea usted, las minas de manganeso del estado de «Mi Papá»...

DUTRA —Mi papá, no. Estado de «Amapá». Ustedes siempre tan distraídos...

NORTEAMERICANO —Excúseme, eso mismo, eso mismo... Como le digo, esas minas están desaprovechadas. La «Bethlehem Steel Company» estaría interesada en ponerlas a producir a plena capacidad.

DUTRA —Entiendo, entiendo...

NORTEAMERICANO —Ustedes no disponen de recursos para sacar el mineral. Nosotros tenemos los equipos necesarios. A Brasil le quedará un buen por ciento de los beneficios. Y a usted otro, naturalmente.

El gobierno de Eurico Dutra le entregó a los norteamericanos las minas de Amapá, uno de los yacimientos más ricos del mundo: 40 millones de toneladas de manganeso.

EMPRESARIO —Hello?... Oh, yes... ¿No me diga?... ¿Solamente el 4 por ciento de los beneficios? ¡Esos brasileños...! Sabrán bailar samba, pero en negocios... ¡El 4 por ciento! Okey, okey, un trabajo excelente.

Desde entonces, la Bethlehem Steel Company comenzó a mudar montañas de mineral de manganeso desde el Brasil hacia los Estados Unidos.

NORTEAMERICANO —Necesitamos hierro, señores. Nuestras reservas de Minnesota se están agotando. ¿Cómo van a trabajar las industrias de Pittsburgh, de Cleveland, de Detroit?... Nuestras empresas se están asfixiando. Es cuestión de vida o

muerte.

OTRO

pulmones. Y ellos tienen el aire.

NORTEAMERICANO —¿Quiénes son «ellos»?

OTRO

¿Cuándo sale el próximo avión para Brasil?

—Nosotros tenemos los

—Déjelo en mis manos.

En Brasil, en el Estado de Minas Gerais, se encuentra el yacimiento de hierro más grande del mundo, valorado en 200 mil millones de dólares...

NORTEAMERICANO —Presidente Janio Cuadros: en mi país dicen aquello de que Dios le da chicle a quien no tiene dientes... Je, je... Ustedes no tienen recursos para extraer el hierro de esa mina. Déjennos poner los dientes. La Hanna Mining Company estaría dispuesta a hacerse cargo de todo. Para eso somos amigos del Brasil

CUADROS

—Con amigos así, no hacen falta enemigos...

NORTEAMERICANO —¿Cómo dijo? No entiendo...

CUADROS

país...

—No, no, nada... es... es otro refrán que dicen en mi

NORTEAMERICANO —Ah, ya, okey, okey... ¿Entonces?

CUADROS

—Comprenda mi situación, querido amigo. No es tan fácil lo que me pide... Son reservas nacionales que valen una fortuna y...

NORTEAMERICANO —¿Y qué?

CUADROS

pensarlo...

—Que... que me dé un poco más de tiempo para

La Hanna Mining Company y el gobierno norteamericano continuaron presionando al presidente de Brasil para conseguir el hierro de Minas Gerais...

NORTEAMERICANO —¿Hasta cuándo va a seguir pensando, presidente Cuadros? La Hanna Mining necesita urgente la autorización para poder trabajar sin problemas.

CUADROS

—Pero, señor, el hierro de Brasil... es de Brasil.

NORTEAMERICANO —Escuche, amigo: Estados Unidos necesita ese mineral precisamente para defender a Brasil y a toda la civilización occidental. ¿No entiende?

CUADROS

—Sí, pero...

NORTEAMERICANO —Deje los peros para otro momento. Señor presidente: en la vida hay que ser ra-zo-na-bles. O Brasil renuncia a esa mina... o usted renuncia a esa silla.

El 21 de agosto de 1961, Janio Cuadros firmó una resolución prohibiendo el negocio de la compañía extranjera. Cuatro días después, los militares brasileños, que eran amigos de la Hanna Mining Company, forzaron la renuncia del presidente Cuadros...

CUADROS

—Uff... Bueno, mejor que digan «aquí corrió» que «aquí murió»... ¡A deus, hasta la próxima...!

Pero un levantamiento popular impidió la maniobra. Y quedó al frente del gobierno el

vicepresidente Joao Goulart...

NORTEAMERICANO —Presidente Goulart, como le decíamos a su antecesor, en la vida hay que ser ra-zo-na-bles. Podemos llegar a un acuerdo que nos beneficiaría a los dos, a usted y a nosotros...

GOULART —A los dos. Pero no a Brasil. Esas minas de hierro son una riqueza nacional. No habrá autorización.

NORTEAMERICANO —¿Tendré que esperar a que cambie su mente?

GOULART —Pues espere sentado para no cansarse.

NORTEAMERICANO —Señor Goulart, usted ya nos está aburriendo un poco. Su posición atenta contra los intereses de los Estados Unidos de Norteamérica.

GOULART —¿Y los intereses de Brasil?

El 31 de marzo de 1964, los militares dieron otro golpe de Estado contra Joao Goulart. El mariscal Castelo Branco, amigo de los norteamericanos y apoyado por ellos, arrebató la presidencia de la República...

EMPRESARIO —¿Aló...? ¿No me diga...? ¡Al fin lo conseguimos...! ¡Congratulations!... Sí, sí, entiendo, ha sido el triunfo de la democracia frente al comunismo internacional... Felicite de mi parte y de parte del presidente Johnson a... ¿cómo se llama?... Eso, al mariscal Castelo Branco.

La seguridad nacional de Estados Unidos se dio la mano con la seguridad nacional de Brasil. Comenzaron los largos años de las torturas, el exilio, los asesinatos de miles de brasileños. Desaparecieron los derechos humanos y quedaron los derechos de las empresas extranjeras, asegurados por los gobiernos militares.

CASTELO —En la vida hay que ser razonable, ¿por qué no? Brasil necesita inversiones, fuentes de trabajo. Brasil no tiene recursos para poner a producir esa mina por cuenta propia.

El 24 de diciembre, como regalo de Navidad, la Hanna Mining Company recibió la autorización para saquear el hierro del Brasil. Seis meses después, la importante industria petroquímica fue entregada también a las compañías extranjeras.

NORTEAMERICANO —Los aviones no se fabrican sin aluminio, señores. Y el aluminio no se fabrica sin bauxita. Aquí en Estados Unidos casi no hay ese mineral. Nuestro ejército necesita balas. Y las balas necesitan cobre. ¿Dónde está el cobre? Los motores necesitan níquel, cromo. Aquí no hay. Las bombas necesitan uranio. ¿Cómo vamos a hacer la guerra si no tenemos los minerales con los que se hace la guerra? ¿Cómo vamos a ser la primera potencia atómica y militar si no tenemos lo necesario para fabricar una turbina de gas? Señores míos, la situación es grave, gravísima. A no ser que...

En 1964, los aviones de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos sobrevolaron y fotografiaron la inmensa selva de Brasil. Con los equipos más modernos detectaron los yacimientos de

minerales radioactivos, las riquezas escondidas en la profundidad amazónica.

OTRO —¡En esa selva hay de todo, jefe!... Mire, mire esto: uranio, cobre, plomo, zinc, oro, plata, diamantes, cuarzo, mercurio... ¡todos los minerales! ¿Qué más queremos! Y todo está, como quien dice, al alcance de la mano!

NORTEAMERICANO —¡Pues metan la mano... y agarren lo que puedan!

EMPRESARIO —¿Yes?... ¿A siete centavos?... ¡No puedo creerlo! ¡Oh, my god! ¡Siete centavos! Por supuesto, compren toda la tierra. La selva entera. ¡Aprovechen! Exacto. Avisaré ahora mismo a las compañías interesadas. ¿Cómo dice?... Claro, también a los funcionarios del gobierno. ¡Si son la misma cosa, hombre!... La misión cultural llegará enseguida.

El gobierno de Brasil dio todas las facilidades para colonizar la selva virgen. Vendió el acre de tierra a siete centavos. Las compañías extranjeras se apoderaron de 20 millones de hectáreas de suelo brasileño.

SOLDADO —¿Y ustedes quiénes son?
BRASILEÑO
GRINGO —De la misión cultural. Yo soy antropólogo. Vengo a conocer indios de la selva.

SOLDADO —¿Y usted?
OTRO GRINGO —Yo ser espeleólogo.

SOLDADO —¿Qué dice?
OTRO —Científico, my friend. Investigador cuevas. Como geólogo, but more complicated, you know. ¿Do you speak english?

SOLDADO —¿Eh...? ¿Y usted?
OTRO —Yo soy entomólogo. Me intereso en las mariposas de Brasil.

SOLDADO —¿Y esos helicópteros? ¿Va a cazarlas desde arriba?
OTRO —Señor, con helicópteros examinar mejor el terreno y terminar más rápido el trabajo. Es misión de carácter cultural.

Y comenzó la cacería. La cacería de indios, para despojarlos de sus tierras. Y para despojarlos de las riquezas que tenían los indios, sin saberlo, bajo sus pies... Los pueblos indígenas de la selva fueron ametrallados desde helicópteros y avionetas. Regaron sobre sus aldeas el virus de la viruela, les arrojaron dinamita, les regalaron azúcar mezclada con estricnina y sal con arsénico. Se vaciaban las comunicaciones de la Amazonía. Se vaciaban también los tesoros escondidos...

DIPUTADO
BRASILEÑO —Esto es un poco demasiado, señores del Congreso. Vean este informe: el contrabando de uranio y minerales radioactivos alcanza ya la cifra de un millón de toneladas. ¡Un millón de toneladas! En diamantes se están sacando cien millones de dólares por año. En plomo, zinc, bauxita, niobio...

Junto con los arqueólogos y geólogos, llegaron también... los «misioneros» gringos...

GRINGO —¡La palabra de Dios! Venimos a predicar la palabra de Jehová en estas tierras abandonadas. A traducir la Biblia a la lengua de los nativos.

Y los lobos disfrazados de ovejas se colaron en Brasil y comenzaron sus «misiones» en las zonas más ricas en minerales, en oro y diamantes...

GRINGO —¡Aleluya, hermanos! ¡Levanten los brazos, miren al cielo, hermanos, miren al cielo... mientras nosotros miramos a la tierra!

Enseñaban inglés a los indios convertidos y regalaban anticonceptivos a las mujeres...

GRINGO —¿Para qué tanto hijo, oigan? Más niños, más pobreza. Más niños, más pecado. Hermanos: ¡olviden la carne y piensen en el espíritu!

Los misioneros norteamericanos promovieron campañas masivas de esterilización en el territorio apenas poblado de la selva. Así habría menos ojos para mirar. Así habría menos bocas para protestar.

COMPADRE —Los disfraces de estos tramposos son muy variados. Vienen como médicos, como Cuerpos de Paz, como misioneros del Instituto Lingüístico de Verano, como técnicos de la AID, de no sé cuántas agencias para el desarrollo... El desarrollo de ellos, claro. Vienen con la Biblia bajo el brazo, con altoparlantes y mucha bulla, fabrican milagros, regalan harina a los pobres, juguetes a los niños... NO hay pueblo ni campo de América Latina en el que no aparezca un farsante de estos. Se cambian el disfraz, pero todos vienen a lo mismo: a espiarnos, a explorar nuestras riquezas y a robarlas.

ABUELO —Ellos, unos farsantes. Pero en Brasil han sido bastante flojos, digo yo.

COMPADRE —¿En Brasil? ¿Y qué me dice de Bolivia, que le regaló sus minas de zinc a la Phillips Brothers, y su estaño a la Internacional Mining Processing, y su gas y su petróleo a la Gulf Oil and Company? ¿Y el petróleo de Venezuela, y el hierro, que se lo entregaron a la US Steel Company? ¿Y a quién le regaló Perú sus minerales de Cerro de Pasco? ¿Y la Cananea Central Copper, llevándose el cobre de México? ¿Y la Alcoa, y la Rosario Mining, llevándose el oro y la bauxita de República Dominicana, y...

VECINA —¡Caramba, pero entonces, qué son nuestros gobiernos, unos agachados, o unos prostitutos, o qué?

COMPADRE —Las dos cosas, señora. Le toman el pelo a nuestros gobiernos. Y ellos se lo dejan tomar. Nuestros gobiernos siempre dicen lo mismo: que no tenemos recursos para hacerlo nosotros. Y entregan los recursos en nombre de la falta de recursos.

VECINA —Como el que vende la vaca porque no tiene dinero para comprar la leche...

COMPADRE —Peor. Porque una vaca puede tener un ternero. Pero los minerales no hacen cría. Estas riquezas de la naturaleza no se renuevan. Lo que los

extranjeros se llevan, se pierde para siempre.

Regalamos la patria a pedazos.

VECINA —¡Y dígalo bien alto! ¡Es que no hay patriotismo ni vergüenza ni nada!
¡Si yo agarro a uno de esos gringos, le juro que...!

ABUELO —¡Estése quieta, señora! Así no se arregla nada.

VECINA —¿Ah., no? ¿Y cómo se arregla entonces, dígamelo
usted?

COMPADRE —Por ejemplo, nacionalizando. Si, nacionalizando las empresas
extranjeras.

ABUELO —No me parece mal. En ese caso, se les devuelve lo que hayan invertido
y...

VECINA —Pero, ¿qué dice usted, hombre? ¡Encima eso! ¿O sea que el muerto tiene
que pagar también el cajón?

ABUELO —Bueno, señora, yo...

COMPADRE —Nacionalizar. Que sea nuestro, que se quede en el país, al menos, lo que
no se han podido llevar todavía los ladrones. Eso mismo decía Salvador
Allende. Porque en Chile están las mayores reservas de cobre del mundo.
Pero el cobre chileno estaba en manos de la Anaconda Copper Mining y
de la Kennecott Copper Mining. En medio siglo, estas dos compañías le
habían chupado al país cuatro mil millones de dólares. En un día, el 21 de
diciembre de 1970, Salvador Allende, desde el balcón del palacio de
gobierno, anunció la nacionalización de la minería. El cobre de Chile sería
para los chilenos. Tres años después, el 11 de septiembre de 1973, los
militares, entrenados y pagados por los Estados Unidos de Norteamérica,
bombardearon el Palacio de la Moneda y tomaron el poder. Chile quedó
sumergido en un baño de sangre. Pero las compañías norteamericanas
conservaron y aumentaron sus negocios gracias a la libertad de empresa
que les concedió el general Pinochet.

¿En qué oficinas de qué empresa se planificó la estrategia del crimen contra Salvador Allende
y su gobierno democrático?

¿Quién organizó los atentados y el bloqueo económico cuando Lázaro Cárdenas nacionalizó
el petróleo mexicano?

¿Qué relación había entre el estaño que comenzaba a refinar Bolivia y el presidente Villarroel,
ahorcado en la Plaza Murillo?

¿Quién financió la caída del gobierno de Cheddi Jagan en Guyana, país productor de bauxita
y manganeso?

¿Cómo se perdió tan misteriosamente la página once del convenio que había firmado el
gobierno de Perú con la Standard Oil?

¿Quién derribó en mayo del 81 el avión en que viajaba el presidente ecuatoriano Jaime
Roldós?

¿Quién derribó, apenas dos meses después, el helicóptero donde viajaba el general panameño
Omar Torrijos?

¿Qué preocupaba más en Jamaica, el socialismo de Michael Manley o las minas de bauxita
que son las mayores de América?

¿Qué preocupaba más en Cuba, la caída de Batista o la pérdida de los grandes yacimientos de
níquel y manganeso?

¿Qué compañías petroleras organizaron la guerra del Chaco entre Paraguay y Bolivia, mandando a la muerte a miles de inocentes, para quedarse con el oro negro de la región?

COMPADRE —La lista es tan larga que no habría archivos en las comisarías del mundo para anotar los robos, las conspiraciones, las siniestras llamadas telefónicas, los contratos que aparecen y desaparecen, los crímenes. Ellos quitan presidentes y ponen dictadores. Y luego, quitan dictadores y ponen presidentes. Y detrás de cada dictador y de cada presidente hay un mineral robado, hay un gran negocio. Y la política siempre huele a economía. El poder tiene fuentes subterráneas. Los informes quedan en secreto. Pero la vergüenza es pública. Los crímenes se cometen y se lloran aquí, en casa. Pero los criminales andan riéndose allá, en las oficinas de la »Hanna Mining Company«, y de la »Betlehem Steel Company« y de la...

VECINA —¡Ay, Dios! ¡Otra vez ese teléfono...!

ABUELO —No se ponga nerviosa, señora. Conteste...

VECINA —No, mejor conteste usted...

VOZ TELEFONICA —Se arrepentirán de haber hablado de lo que no se puede hablar. Tenemos los nombres de todos ustedes. Sabemos quiénes son y quién les paga. Este programa está censurado. Es cuestión de seguridad nacional.

EL DIOS PETROLEO

...y la gran ciudad creada a su imagen y semejanza

En el principio existía el petróleo, pero el petróleo estaba escondido bajo la tierra y bajo las aguas. Desde el principio existía el petróleo, pero los capitalistas no lo habían descubierto aún... En los primeros años de la era capitalista, en 1859, fue perforado el primer pozo de petróleo cerca de Pensylvania, en Estados Unidos. Entonces, llegó el neoyorkino John Rockefeller y dijo:

ROCKEFELLER —¡Hágase la luz!

Y los faroles brillaron con el nuevo queroseno. Y después dijo Rockefeller:

ROCKEFELLER —¡Háganse los oleoductos!

Y las grandes tuberías transportaron el petróleo crudo hasta los tanques industriales.

ROCKEFELLER —¡Háganse refinerías que separen los aceites pesados y los aceites ligeros, los lubricantes y los carburantes, la nafta y los residuos!

Y vio Rockefeller que todo estaba saliendo muy bien. Entonces, dijo:

ROCKEFELLER —¡Hágase la gasolina que alimenta a los automóviles que corren por la tierra, y a los barcos que surcan los mares, a los aviones del cielo y a los submarinos que están debajo de las aguas!

Y el petróleo refinado se transformó en gasolina, y en gasoil, y en fueloil, y en...

ROCKEFELLER —... ¡y en Standard Oil! ¡Hágase la Standard Oil Company que domine sobre todo cuanto vive y se mueve sobre la tierra!

Y en 1870, John Rockefeller fundó la empresa más poderosa del mundo capitalista. A imagen suya la creó. Y su presidencia, naturalmente, la ocupó él mismo.

ROCKEFELLER —¡Hágase al hombre, al hombre más rico del mundo... es decir, yo mismo!

Y John Rockefeller y la empresa por él creada, creció y se multiplicó y llenó la tierra, y compró bancos, y aplastó competidores, y exprimió obreros, y estafó gobiernos, arruinó y levantó, desfalcó y acumuló, y amasó una fortuna de miles de millones de dólares, una fortuna

gigantesca como no se había visto hasta entonces ni se verá jamás.

ROCKEFELLER —Y ahora... ¡ahora hágase lo que a mí me da la gana!

John Rockefeller comprobó que el primer monopolio capitalista funcionaba muy bien. Y el séptimo día, después de dar 25 centavos de limosna, descansó profundamente.

ROCKEFELLER —¡Nada de dormir! Un buen capitalista no descansa nunca. ¿Cómo voy a dormir si ahora comienza lo mejor del negocio? Ya tengo el control de casi todo el petróleo norteamericano. No está mal. No está mal para empezar. Veamos cómo anda el mundo... ¡Quiero un mapa! ¡Un mapa con todos los países! A ver, a ver... África, Asia... Arabia, hermosas arenas... Egipto, Libia, Irán... Hay que abrir pozos de petróleo en todas partes... Veamos por acá más cerca... América Latina... Aquí debe haber también petróleo... Mi olfato no me engaña... Venezuela... ¡Venezuela! ¡Je, mis narices capitalistas me dicen que allí habrá pronto un gran negocio, un grandísimo negocio!

COMPADRE —Y no se equivocó la nariz de Rockefeller. De Venezuela iba a sacar pronto una millonada de petróleo. Y de dinero.

ABUELO —Por lo que oigo, los que comercian con el petróleo se hacen dueños de medio mundo.

COMPADRE —Del mundo entero. Es que la industria moderna no puede vivir sin petróleo. Todo se mueve con petróleo. Todo se hace con petróleo. Desde la luz de las bombillas, hasta la bolsita de plástico en la que usted se come las papas fritas. Y a lo mejor, las papas también son plásticas, porque hasta comida están sacando ya del petróleo.

VECINA —Eso es verdad. Mi vecina le compró unos calzoncillos a sus muchachos y le dijeron que están hechos con no sé qué mejunje de petróleo.

COMPADRE —Todo, todo el mundo moderno depende del petróleo. Es como la sangre para el cuerpo. Por eso, las empresas petroleras tienen tanto poder, dominan el mundo. Y por eso, dominaron a Venezuela. Los venezolanos no sospechaban cuánto, cuantísimo petróleo tenían bajo sus pies...

En el principio, los capitalistas no se fijaron demasiado en Venezuela. Sólo podían sacar de allí el cacao y el café. En el principio, Caracas, la capital del país, era una ciudad pequeña y familiar. Los vecinos conversaban en los frescos patios y podían dormir con la puerta abierta. Caracas era una ciudad tranquila donde los compadres caminaban sin prisa y se saludaban en la plaza mayor, junto a la silenciosa catedral...

VENEZONALO —Buenos días, don José...

OTRO

Ricardo...

VENEZOLANO

OTRO

—Buenos días, don

—Ahhh, linda mañana, vecino. Y cuénteme, ¿cómo van las cosas?

—Ya usted lo oyó. Dicen que en Maracaibo está apareciendo esa grasa negra, el petróleo ése. Y que está llegando mucha gente de fuera pa investigar.

VENEZOLANO —Bah, no haga caso. Alborotos de los maracuchos. Ya sabe cómo son. ¿No oye las campanas? Es mediodía. Le invito a comerse unas arepas bien calientes... Y así hablamos de sus muchachos, que ya están crecinitos.

Caracas era una ciudad tranquila, hasta que en 1917 el país se convirtió de repente en un manantial de petróleo. En el lago de Maracaibo reventó el pozo más grande del mundo, el pozo de La Rosa, que chorreaba cien mil barriles de petróleo por día...

MUCHACHO —¡Qué molleja, esto no se lo cree ni La Chinita! ¡Vaya saperoco que se va a armar en este país!

El dios petróleo se adueñó de Venezuela. Y las empresas petroleras crecieron y se multiplicaron y lo llenaron todo. Mene Grande, Lagunillas, Bachaquero, nuevos pozos. Más petróleo. Se perfora junto al lago y bajo el lago. Se perfora hasta en las esquinas de las calles. Todo se tiñe de negro. Los balancines cabecean, suben y bajan, chupando más y más petróleo. Taladros, tuberías, voces en inglés que dan órdenes en el lago de Maracaibo. Voces también en inglés en el despacho del presidente venezolano Juan Vicente Gómez...

GRINGO —Presidente Gómez, la Esso Standard Oil del grupo Rockefeller necesita la firma suya para poder organizar bien la producción del petróleo en Maracaibo.

GOMEZ —Miren, por mí llévense hasta el agua del lago, si quieren. Pero algunos reales me deben quedar a mí también, ¿no le parece?

GRINGO —A usted y a todos los suyos, señor presidente. Todos tendrán acciones en la Esso Standard Oil.

Rockefeller siempre dice que amor con amor se paga. Pero ahora, échenos unas firmitas aquí...

GOMEZ —Bueno, pues.

Y como el dios petróleo era tan tentador, el presidente venezolano mordió con gusto la manzana. La ley petrolera de 1922 fue redactada por las compañías extranjeras. Los campos petroleros quedaron cercados y con policía propia. Los guardianes del nuevo paraíso prohibían el paso por las carreteras que sacaban el petróleo derecho al puerto. En sólo 7 años, Venezuela llegó a ocupar el segundo lugar entre los países que más petróleo producían en el mundo. Pero las empresas aún no estaban satisfechas.

GRINGO —Unas firmitas más, señor presidente...

GOMEZ —Está bien, está bien. Yo les firmo hasta en las nalgas, si quieren. Pero a mí ustedes tienen que mantenerme en esta silla, ¿me oyen?

Juan Vicente Gómez, dictador por obra y gracia de la Shell y de la Esso Standard Oil, mal gobernó a Venezuela durante 27 interminables años. Le dio tiempo de sobra para regalarle a los extranjeros una fortuna de petróleo. Murió Gómez y las compañías petroleras continuaron saqueando el país. A los pocos años, impusieron la sangrienta dictadura de Pérez Jiménez.

Continuó la hemorragia de petróleo. Venezuela llegó a producir casi cuatro millones de barriles diarios para alimentar la maquinaria industrial del mundo capitalista.

- VECINA —¡Qué vendepatrías! ¡Si Simón Bolívar levantara la cabeza, se vuelve a morir de la rabia!
- COMPADRE —Imagínese, señora, esos Rockefeller son los ricos más ricos del mundo. La Standard Oil es la empresa capitalista más grande del mundo entero. En un año, esa gente puede sacar 6 mil, 8 mil millones de dólares de ganancias. Pues resulta que más de la mitad de esa millonada la sacan los Rockefeller de Venezuela, sólo de Venezuela. La Shell, la Gulf y las otras "hermanitas" petroleras le chupan otros miles de millones. Imagínese, entonces, la sangría. Ningún país ha producido tanto en tan poco tiempo al capitalismo mundial. A ningún país de nuestra América Latina le han robado tanto como a Venezuela.
- ABUELO —Bueno, pero el que tanto reparte, se quedará con alguna parte. Me dicen que en Venezuela corre el dinero...
- COMPADRE —Si, corre a los bolsillos de un grupito de venezolanos, los socios de la Creole, de la Esso Standard Oil, los pequeños rockefellers criollos que también se creyeron dioses y fabricaron un país y una ciudad a imagen y semejanza de su padrino del Norte. Así es el mundo que ellos crean: riqueza en Estados Unidos y miseria en América Latina. Y dentro de cada país de América Latina, se repite ese mismo mundo, igualito: riqueza para unos y miseria para otros. Pocos con mucho y muchos con poco.
- VENEZOLANO —¡Epa, vale! ¿y ahora qué hacemos con tanto billete? ¡Vamos a ver si nos modernizamos un poco!

Y Caracas, la ciudad dormida, despertó. Y de su costilla, fabricaron una capital "moderna". Los nuevos ricos venezolanos aprendieron enseguida la "encantadora" manera de vivir de los norteamericanos...

- VENEZOLANO —¿Por dónde comenzamos? Ah, sí... ¡Háganse las grandes carreteras y circulen por ellas los Mercedes y los Cadillacs, los Chryslers y los Mustang, y todas las especies de automóviles y de ruidosas motocicletas! ¡Y todo lo que se mueve, que se mueva sobre ruedas!

Y con el dinero fácil del petróleo comenzaron a relampaguear los automóviles último modelo por las autopistas ultramodernas. Avenidas colgantes se entrecruzaron formando un pulpo de mil brazos de asfalto...

- CHOFER —¡Ven acá, chico! ¿Tú no ves por dónde caminas?
¡Qué arrechera!
- MUCHACHO —¡Oye al catire éste! ¿Y las calles no se hicieron para caminar?
- CHOFER —¡Ya se formó la tranca otra vez!
- MUCHACHO —¡Tú ves, chamo, por eso yo voy a pie y llego más rápido!

Caracas, supersónica y estrepitosa, convertida en un inmenso garaje donde los carros se taponan unos a otros en todas direcciones. Los empresarios del petróleo tienen una docena de

automóviles a la puerta. Y una docena de choferes a la orden. Pero allá, en el interior, los campesinos siguen amarrando sus burros a los palenques. En Cabimas, la ciudad petrolera, ni siquiera hay cloacas. Todo se queda en la Capital.

VENEZOLANO —¡Háganse las modernas urbanizaciones y los edificios enormes que suban y suban y rasquen el cielo! ¡Hay que ponerse "a la altura" de las circunstancias, chico!

Y las torres del petróleo levantaron las torres de Babel de 50, de 60 pisos en el centro de la gran ciudad. Y las lujosas mansiones de la alta, de la "altísima" sociedad de Caracas...

BURGUESA —¿Oye, supiste lo de Mirtita, la del Country? ¡Se casó el domingo!

OTRA —¿No me digas? ¿Tan rápido?

BURGUESA —Se levantó por fin al gringuito ése ¡que está más bueno!

OTRA —¿Con que amor a primera vista...?

BURGUESA —No, hija. A segunda. La primera vez que ella lo vio no sabía que era millonario.

Pero los campesinos siguen viviendo en ranchos, piso de tierra, sin agua ni luz ni médico. Los campesinos emigran a la gran ciudad buscando trabajo. En 30 años, Caracas multiplicó su población por siete. Pero los que llegan, van a parar a los cerros que rodean la capital. Allí viven en un amasijo de casas y de basura. El transporte no llega. El agua y el médico tampoco. Lo que más pronto llega es el desalajo.

VENEZOLANO —¡Háganse los grandes banquetes y lleguen al puerto de La Guaira barcos repletos de manjares extranjeros!

En Caracas, se venden salmones frescos del Báltico, mermeladas irlandesas, dátiles de California, quesos de Holanda, paté de Estrasburgo, aceite de Portugal, castañas de Francia, mantequilla de Australia...

BURGUESA —¿Quieres "bins", mi amor?

BURGUESA —¿Qué "bins"?

BURGUESA —Frijoles, cariño, caraotas. Es lo mismo, pero suena más bonito.

La lechuga y el maíz vienen de fuera. Hasta los frijoles negros, plato nacional, vienen del extranjero. Y sin embargo, los inmensos llanos de Venezuela podrían alimentar a una población diez veces mayor que la actual. La Reforma Agraria quedó a medio camino y los jornales del campo no alcanzan para vivir. Sin tierras y sin trabajo, los campesinos van a la gran ciudad esperando recoger las migajas del banquete...

VENEZOLANO —Hágase ahora... ¡hágase ahora el bochinche, chico! ¡Háganse fiestas y

parrandas de 7 días, que corra el whisky y el champán!, ¡que se forme vacilón! ¡Uepa, vale, a gozar la vida!

En proporción a la cantidad de habitantes, ninguna otra nación del mundo consume tanto champán francés. El ron nacional es excelente. Pero se bebe whisky de Escocia, con agua de Escocia que Venezuela trae en bolsitas de plástico a través del océano.

BURGUESA —Oye, Carolina, no te olvides. El viernes a las ocho nos encontramos en El Cafetal... ¡Muérete! Será una fiesta inolvidable. Carne asada y salmón. ¿Te parece bien el menú?

OTRA —Ay, sí, querida, está cheverísimo. A mi perrita Fifi le encanta el salmón de latita. ¿Verdad que sí, lindura?

Restaurantes especiales para perros, fiestas para perros, escuelas para que los perros de los venezolanos ricos aprendan buenos modales. Pero los hijos de los campesinos no tienen escuelas ni profesores. Los hijos de los campesinos tienen hambre. El gobernador del Yaracuy informó que una niña se comió, por hambre, la mitad del dedo meñique. Salió en los diarios, en la misma prensa que anuncia, en crónicas de sociedad, las fiestas de los perros.

VENEZOLANO —Háganse... bueno, ¡háganse buenas cerraduras y cerrojos y candados y mirillas para las puertas y alarmas contra robo... porque si no, vale, nos bajan de la mula y nos quitan lo que tenemos!

Caracas, una ciudad violenta. Las casas tienen rejas, las ventanas tienen rejas. No hay que bajar el cristal del automóvil ni andar por calles solitarias ni...

VENEZOLANA —¡Ay, ay, auxilio, ay!

VENEZOLANO —¿Qué le ha pasado, señora?

VENEZOLANA —Ese, ese malandro que me ha robado la cartera... Esta chusma que no respeta. Por ahí va, mírelo...

VENEZOLANO —¡Qué sinvergüenza! Esta ciudad está llena de ladrones. Hasta de día te asaltan...

VENEZOLANA —¿Cómo dice...?

VENEZOLANA —Que por suerte... Pero, ¿qué le pasa a usted? ¡Ay, coño, mis orejas! ¡Desgraciado! ¡Ahí va el otro!... ¡Policía!

En la bulla de la gran ciudad, nadie encuentra a nadie...

VENEZOLANO —¡Hágase al hombre, al hombre moderno, al joven del futuro, creado a imagen y semejanza de... John Rockefeller!

Los jóvenes plásticos mascan chicle, bailan rock duro y break dance y llenan las discotecas enfundados en ropas sicodélicas...

MUCHACHO —¿Qué te pasa, brother? ¿No te gusta mi caída? Sí, tú, tú mismo que estás leyendo esta basura de libro... ¿Qué dices? ¿Que no te va el swing moderno? Alegra esa bamba, men... Shsst. ¿No te quieres dar? Un puyazo,

pana, un pinchacito, meu...

¿O la prefieres más cura? ¿De qué te ríes? ¿Que de qué te ríes te digo? Cierra ese libro, vale, y ven conmigo, okey? ¡Qué nota! ¡Agárrenme que voy de viaje!

VECINA
locura se traen?
COMPADRE

—Ay, Virgen santa, ¿y qué ciudad es esa? ¿Y qué

—La misma locura que en todas las grandes ciudades de nuestra América Latina que ya se han "civilizado"; que han imitado la "superior cultura" de los americanos, el buen gusto de los americanos...

ABUELO

—Pero cuatro locos no hacen un manicomio. No todos vivirán así en Caracas, digo yo...

COMPADRE

—Claro que no. Y menos ahora, que ya no se puede traer de fuera el agua en bolsitas como en los años 70 ni se puede comer "bins"... Cayeron los precios del petróleo, cayó la moneda venezolana...

VECINA
COMPADRE

—¿Y cayeron también los ricachones...?

—Qué va, esos siempre flotan. La lujosa Caracas sigue rodeada de miseria. Y ellos, los pequeños rockefeller, los dioses del petróleo, tan tranquilos, creando siempre el mismo mundo.

Repiten y repiten el modelo: países ricos y países pobres. Y al interior de cada país, la capital rica y el campo pobre. Y al interior de la capital, un puñado de ricos y una gran mayoría de pobres. Unos, millonarios de petróleo. Y otros, millonarios de lombrices. Este es el único mundo que saben crear los capitalistas. Sí, Caracas está rodeada de barrios fangosos. Un millón de personas amontonadas en los cerros, mirando desde arriba tanto despilfarro...

MUCHACHO

—¿Que cómo llegamos a este cerro?... Cónchale, vale, mi papá un día se levantó con la fiebre: "Caracas es Caracas y lo demás es monte y culebra. Allí hay trabajo, hay billete". Y con la misma, arrancamos pá la capital, con la abuela, los carajitos y tó los macundales... El viejo también pensó que podía crear el mundo. También sabía decir sus palabritas: ¡"Háganse una casa!" Pero, qué va. Llevamos siete años y aquí seguimos en este rancho de cartón. "Hagan la comida"... Y ya usted ve, si almorzamos, no cenamos. El viejo me dijo un día: "¡Háganse un hombre trabajando!". Me puse a limpiar vidrios, a limpiar calles, a limpiar zapatos... Después, limpié bolsillos. Aquí no hay chance pá nadie. El viejo le dijo a mi hermana: "¡Hágase una mujer de provecho!"... Y mi hermana pá arriba y pá bajo... Tampoco. Ahora anda encuerándose por ahí, pá sacar algunos reales... ¿Y qué va a hacer? "El hambre justifica los medios", como decía Jesucristo. Pero el viejo, siempre con la esperanza: "Mujer, hágase unos numeritos de lotería a ver si así salimos adelante". Tampoco. Si la vieja jugaba el 34, salía el 43. "Abuela, hágale una promesa a la virgen de Coromoto, a ver si así..." Tampoco. La Virgen está sorda con la bulla de ciudad. O anda buscando trabajo ella también. "Hagan una comisión, una denuncia, una carta al Papa, lo que sea..." Tampoco. "Pues entonces, hagan últimamente, ¡hagan la mierda que les dé la gana! Total, esto sólo

se arregla con bala". El viejo se calentó. Se cansó. Está bien. Nos jodimos. Y hay muchos jodidos encaramaos en estos cerros. Pero ellos, los riquitos, a ellos también les va a llegar lo suyo. ¿Usted no ha ido por Maracaibo? Vaya y vea los balancines, esos aparatos que sacan el petróleo. Parecen zamuros, pájaros negros, hunden el pico, suben y bajan, chupan petróleo, ni de noche se paran... ¿Y cuando se oiga "chrusst"? Como cuando se acaba un refresco... "Chrusst"... Yo oí decir que al petróleo le quedan pocos años. Se está acabando. ¿Qué van a hacer entonces "ellos"? Se les acabó el relajo y la mamadera de gallos. No va a haber Rockefeller ni dios que los salve. Ahí los quiero ver cuando se acabe... O a lo mejor los veo antes. Porque ellos están allá abajo. Y nosotros, acá arriba en estos cerros... Abajo está la gasolina... y arriba, la mecha y la candela. Cualquiera día bajamos, vale, cualquier día...

HAN LLEGADO LAS TRANSNACIONALES

¡Bienvenida Mari Company!

- ANUNCIO 1 —Amigo ganadero: sus vacas distinguen lo mejor. Y lo mejor es pienso Mari. La calidad se paga. Para su ganado, Mari. De la Mari Company.
- ANUNCIO 2 —Ahhh... Sienta en cada rincón de su cuerpo el excitante frescor de la loción Mari. El dirá: Ahhh... Y ella también dirá: Ahhh... Loción Mari Company.
- ANUNCIO 3 —¡Libérate! ¡Rebélate! ¡Vive al nuevo ritmo de la moda joven! ¡Blue jeans Mari, camiseta Mari, shorts Mari! ¡Libeeerate! Viste tu juventud con Mari. De la Mari Company.

La "International Mari Company Brothers Asociation" era una gran empresa, una poderosa empresa, con industrias en todos los países. Desde la Patagonia hasta la Cochinchina, desde Alaska hasta Bombay, y desde Bombay a Hawai, por todo el mundo se vendían y se compraban sus productos. Y sucedió que un día, la gran empresa llegó al Brasil... o a México... ¿o fue en Colombia?... Da igual. El caso es que llegó.

- MISTER —¡El caso es que somos la International Mari Company Brothers Asociation, conocida mundialmente como la "Mari Company"!
- MINISTRO —Y eso, ¿qué significa exactamente, Mister Sam?
- MISTER —Significa muchas cosas. Hablemos con franqueza, señor Ministro. ¿Qué han hecho hasta ahora las empresas extranjeras aquí en su país?
- MINISTERIO —¿Qué han hecho? Ganar mucho dinero a costa nuestra. Comerse la carne y dejarnos los huesos.
- MISTER —Así es, señor Ministro. Hemos sacado de estos pobres países algodón, caucho, minerales... todo. Nos hemos llevado las materias primas de ustedes para nuestras fábricas en el extranjero. Pero eso se acabó. Eso ya no va a ser así.
- MINISTRO —¿Y cómo va a ser ahora, mister Sam?
- MISTER —Ahora va a ser al revés, completamente al revés. Ya no vamos a sacar, sino a meter. Ya no vamos a venderles lo que hacemos fuera. Ahora vamos a producir aquí dentro. Gran cambio. Como de la noche al día. Antes les comprábamos el hierro y les vendíamos el automóvil. Ahora vamos a poner aquí la fábrica de automóviles. Señor ministro, rectificar es de sabios. Hemos comprendido que tenemos el deber de ayudarlos, de industrializarlos a ustedes. Las más grandes industrias del mundo estarán aquí adentro, en su país.
- MINISTRO —Me sorprende ese cambio, mister Sam.
- MISTER —Y a mí me sorprenden esos niños desnutridos que veo por las calles de

este país. Se habrá fijado usted, señor Ministro, que Mari Company lleva el nombre de "Mari", el nombre de la Virgen María, la Virgen tan querido por su piadoso pueblo. Pues bien: María alimentó con su leche al niño Jesús. Y Mari Company quiere alimentar con su leche a los niños de todo el mundo, ¿okey? Entonces, sin sacar fuera nada, ni una vaquita ni una gotita de leche, queremos hacer aquí una gran industria de leche en polvo de la mejor calidad.

MINISTRO —Mister Sam, en mi país hay ya tres fábricas nacionales de leche en polvo.

MISTER —Lo sabemos y nos alegramos. No importa que haya tres o que haya seis. El sol sale para todos. Y Mari Company viene a colaborar al desarrollo en el espíritu de la sana competencia.

MINISTRO —Por cierto, mister Sam, ¿de qué país es la Mari Company? El acento suyo...

MISTER —Sí, soy americano. United States. Pero, ¿Mari Company es norteamericana? Sí, pero no. No, pero sí. Quiero decir, que no es sólo norteamericana. Hay capitales europeos, hay patentes internacionales, están los japoneses... Señor Ministro: la International Mari Company Brothers Association es una empresa transnacional. Es decir, una empresa con una casa madre en los Estados Unidos. Pero con hijas por todo el mundo, que quiere servir con productos de la más alta calidad a todos: lo mismo a los negritos del Congo, que a los americanos de Michigan... Con la llegada de estas nuevas empresas transnacionales estamos a las puertas del milagro económico en los países pobres.

Y para que tan gran milagro fuera posible, el gobierno de aquel país pobre abrió de par en par las puertas a la Mari Company: le vendió a precio especial el terreno para la nueva industria, le aplicó tarifas eléctricas privilegiadas, le libró de impuestos, le otorgó créditos... Y muchas, muchísimas facilidades más...

HOMBRE —¡Clase de edificio, compadre!

VIEJITA —¿Y qué será lo que están haciendo? ¿Una iglesia

MUCHACHO —¡Qué iglesia! ¡Eso va a ser tremenda fábrica, señora...!

HOMBRE —Son extranjeros... "Maricompany" pone ahí, ¿no ve?

MUJER —¿Y qué "maricompanis" son esos?

HOMBRE —¡Y qué sé yo! ¡Yo sólo sé que van a meter ahí dentro a 10 mil obreros!... Mi primo ya tiene trabajo, está apuntado. Dicen que los sueldos son ¡por las nubes!

MUJER —La vida que esto le va a dar a la ciudad. La verdad es que esta vez sí se han portado bien con nosotros los americanos. Nos han traído el desarrollo a casa.

VIEJITA —Gracias a la Virgen que les ha tocado la conciencia. ¡Qué buenos estos señores, y qué buena leche tienen! ¡Ya la están anunciando por la televisión!

LOCUTORA —Señora: con la salud de sus hijos no se juega. La leche Mari es poquísimo más cara que las otras... pero la leche Mari es muchísimo más pura que las otras. La calidad se paga.

LOCUTOR —Ya llegó, ya llegó la leche Mari. De la Mari Company.

NIÑO —¡Mami, dame Mari!

Y con cohetes y música de fiesta, la nueva compañía inauguró su fábrica de leche...

MISTER —"¡Mami, dame Mari!", es lo que ya repiten los niños de todo el país. Pues bien, queridos ciudadanos, para que todas las madres puedan dar Mari a sus hijos, inaugurarnos hoy esta colosal fábrica de leche en polvo, de la prestigiosa firma "International Mari Company Brothers Asociation". Cortamos la cinta azul, color del manto de la Virgen María, y abrimos para todos las puertas de esta nueva industria...

VIEJITA —¡Qué leche, mija, qué leche! Es que lo que viene de fuera es otra cosa. La calidad se ve hasta en la etiqueta. ¿Has visto qué lindos los envases, qué limpios?

NIÑO ¡Mami, dame Mari! ¡Mami,

dame Mari!

MUJER —¿Ve, abuela? Mi muchachito ya aprendió de la televisión.

Y sucedió que en muy poco tiempo la leche en polvo Mari le sacó ventaja a la leche en polvo nacional. Aunque era nueva y más cara, era la que más se vendía...

EMPRESARIO NACIONAL —Señor ministro: San José, San Joaquín y Santa Ana están en peligro. Por culpa de la Mari, la industria nacional está en peligro.

MINISTRO —No sean alarmistas, señores. Están en libre competencia, que no es lo mismo.

OTRO
EMPRESARIO —Pero, señor ministro, esa Mari Company tiene muchos medios, fábricas por todo el mundo, sacan en un lado, meten en el otro, suben salarios aquí, bajan salarios allá... Es difícil competir cuando hay tantas desventajas.

MINISTRO —Admito que es una gran prueba para ustedes. Pero así es la libertad de empresa, la libertad de comercio...

EMPRESARIO —Mire sólo el dinero que se gastan en campañas de publicidad.

MINISTRO —Hagan lo mismo ustedes. En este caso, como en todos, el país ofrece igualdad de oportunidades.

EMPRESARIO —¡Igualdad de oportunidades! ¡Las gallinas le han dado al zorro igualdad de oportunidades!

MINISTRO —Señor mío...

EMPRESARIO —El zorro terminará comiéndose a las gallinas. Y ustedes serán responsables. Ustedes le abrieron las puertas del gallinero. Queremos saber por qué el gobierno le ha dado tantas facilidades a esa empresa

extranjera.
MINISTRO —Porque esa empresa extranjera ha creado miles de puestos de trabajo, porque han hecho un polo de desarrollo en la ciudad, porque han invertido un fuerte capital en el país... Hay muchas razones, señor mío.
EMPRESARIO —No hay nada que hacer, socios. El señor ministro debe tener también "sus" razones... Ya es un "maricompani"...

Un día, después de varios meses de igualdad de oportunidades, Mister Sam fue a visitar a los tres dueños de las tres industrias nacionales...

MISTER —Amigos, no discutamos sobre leches... Ustedes están a punto de quiebra. Y nosotros, a punto de caramelo. Mari Company tiene dinero suficiente para comprarles sus tres fábricas de leche. ¡Con vacas, con obreros y con todo! Tiene dinero para modernizarlas. Y lo que es más interesante para ustedes: está dispuesta a conservar sus tres nombres, sus tres marcas. Tenemos dinero para hacerle publicidad a la leche San José, a la Santa Ana y a la... ¡Bah, del tercer santito no me acuerdo! Todo quedará arreglado... Este negocio quedará entre nosotros, ¿okey?
EMPRESARIO —Sí, pero nosotros... ¿qué va a ser de nosotros?
MISTER —¿Ustedes? Pasarán a tener acciones en la Mari Company. Ganarán más siendo accionistas de nuestra leche que produciendo ustedes la leche... ¿Qué les parece?

Dos empresarios nacionales vendieron enseguida sus fábricas. El tercero se resistió...

EMPRESARIO —¡A otra puerta que esta no se abre! No, alcapone, la San Joaquín no se vende. Esto es una cuestión de dignidad nacional. ¡Que la patria también tiene su leche, caramba!

Entonces, la Mari bajó sus precios. Y bajando precios, y subiendo anuncios, acorraló a la leche nacional san Joaquín. Poco tiempo duró la guerra. La san Joaquín tuvo que sacar la bandera blanca y rendirse. Y todo el mercado de leche en polvo cayó en manos de la poderosa Mari Company.

NIÑO —¡Abuelita, dame san Joaquín!
LOCUTORA —Señora, usted debe darle san Joaquín a su nieto. Señora, usted puede darle san Joaquín a su nieta. ¡Más calidad y menos precios en cada lata!
VARIOS —¡Qué barata! ¡Qué barata!
LOCUTOR —Leche san Joaquín: la leche que tomaron nuestros abuelos.
MUJER —Pues yo me quedo con la santa Ana, que es la que está saliendo ahora más económica.
OTRA —Ay, no, vecina, a mis gemelos no hay quien les quite la Mari. Es más cremosa.
OTRA —¡Pues los míos, si no es la san José, es un llanto!

VIEJITA —Yo ya estoy acostumbrada a mi san Joaquín. Uno le agarra cariño a su leche, la costumbre...

MUJER —Pues, yo no sé a ustedes, pero a mí esas leches todas me saben ya a lo mismo.

Y aunque todo el mercado de leche en polvo estaba en manos de la poderosa Mari Company, casi nadie lo sabía.

MISTER —Señor ministro, el niño toma primero la leche y después ensucia el pañal, ¿verdad que sí? Ya les trajimos la leche Mari. Ahora queremos traerlas los pañales Mari. ¿No podríamos montar una nueva fábrica?

MINISTRO —Correcto.

MISTER —Por bueno que sea un pañal, puede dañar la delicada piel del niño... ¿Conoce usted el talco Mari? ¿Y el champú Mari? ¿Nos autoriza?

MISTER —Correcto.

MISTER —Los niños crecen, juegan, ríen, corren... Mari fabrica juguetes educativos. Podríamos montar también un parque de diversiones, ¿qué le parece?

MINISTRO —Correcto.

MISTER —Película infantiles, libros, caramelos, cereales, camisetas, jarabes, compotas, pelotas... ¡todo para el desarrollo de la producción nacional! Pero la producción nacional, lo que se dice nacional... ya sólo quedaban los niños.

Y fue por aquellos mismos tiempos, que llegaron también al país otras "companis". Compraron la industria del calzado y la del tabaco. Pusieron fábricas de fideos y de pinturas. De automóviles y de radios. Compraron cadenas de cines y de restaurantes. Era el "milagro" económico de las transnacionales que, colorín colorao... ¡apenas ha comenzado!

VECINA —¡Vaya con esa maricompani!... ¡Se metió como los piojos por todas las costuras...!

ABUELO —Es verdad. Pero el caso es que esa gente puso la fábrica. Y que la fábrica dio trabajo a muchos obreros. Y eso es desarrollo, digo yo.

COMPADRE —Pero, óigame, ¿por qué cree usted que la Mari Company quería poner una fábrica en ese país? ¿Para ayudarlo? ¿Para desarrollarlo?... No, en todo este asunto hay un truco... Mire, las maricompani, las transnacionales, tienen industrias igualitas por todo el mundo. Ponen fábricas por todo el mundo. Con los mismos dueños, los mismos dineros, las mismas marcas... Todo es igual. Sólo una cosa cambia... y ahí es donde está el truco.

JOHNNY —Yo me llamo Johnny.

JUANITO —Pues yo Juanito, para servirle.

JOHNNY —Yo trabajar en fábrica Coca-Cola en Estados Unidos.

JUANITO —¡Oí, vos! Pues yo también trabajo en la fábrica de Coca-Cola, pero en Guatemala.

JOHNNY
JUANITO
JOHNNY
JUANITO
mil refrescos.
JOHNNY
JUANITO
pesos!
JOHNNY
JUANITO

—Yo trabajar ocho horas cada día.
—Igualitos, pues. Yo también trabajo ocho horas.
—En ocho horas, yo embotellar ocho mil refrescos.
—Mirá vos, igualititos: yo también embotello ocho

—Por mi trabajo, yo ganar 20 dólares al día.
—¡Híjole! ¡20 dólares! Y a mí nomás me dan 2

—¡20 dólares, my friend!
—¡2 pesitos, 2 pinches pesitos, mi hermano!

COMPADRE

—Esa, esa es la diferencia. Que una "maricompani" paga a los obreros de nuestros países sueldos diez veces más bajos que los que paga a los obreros de los países ricos. Los dos trabajan para el mismo dueño y fabrican la misma cosa.

Pero los obreros de los países ricos cobran diez veces más que los de aquí. ¿Para qué vienen los "maricompanis", entonces? ¿Para ayudarnos? No, para ayudarse ellos. Porque aquí tienen mano de obra barata. Y con eso, sacan más beneficios. Ya los negreros no tienen que ir a buscar los esclavos a Africa y montarlos en un barco. Ahora vienen a buscarlos aquí y montan una fábrica.

ABUELO
tampoco eso nos ayuda?

—Pero, ¿y la inversión de dinero que hacen? ¿O

COMPADRE

—Pero, ¿qué inversión hacen? Si es el mismo cuento. Traen aquí máquinas viejas, las que ya no les sirven en sus países. Y después, hacen todo tipo de trampas. Impuestos que no pagan, informes que no presentan, capitales que sacan fuera, ganancias que no declaran... Son zorros. ¿Sabe cuánto gana una "maricompani" por cada dólar que mete aquí? ¡Cuatro dólares, siete dólares ¡hasta diez dólares! Esa inversión les sale un negocio redondo. ¡Cómo no van a querer "desarrollarnos"!

VECINA

—¡Qué clase de mafia esa gente! Bueno, con ese cuento que nos contaron ya estamos alertados para cuando ellas lleguen. Y, ¿sabe lo que le digo? Que yo en lo que me quede de vida le voy a comprar ni un litro de leche a esos metiches.

ABUELO
VECINA

—Y con eso, ¿qué gana usted, señora?

—Yo no sé lo que yo gano. Pero algo perderán ellos. Donde yo vea la leche Mari no la compro. Por la Virgen que no la compro. Y le diré a mi comadre que no la compre por más anuncios que vea en la televisión. Las gallinas no vamos a estar engordando al zorro, ¿no? Así que, hoy mismo rompí yo con la Mari y con cualquier otra de esas companis que se me presente...

COMPADRE

—Ya se le han presentado muchas, señora, aunque usted no se haya dado cuenta. Si están por todas partes, acabando con la leche y con la soberanía de nuestros países... Si hace más de 20 años que nuestros gobiernos le abren la puerta a esa manada de zorros mañosos. Y con 20 años más, terminarán sentados en el palacio presidencial. Si, ya se han colado por todos los rincones de nuestra vida...

LOCUTOR mañana...
 LOCUTORA —La vida de Pepe empieza cada día a las 6 de la
 LOCUTOR —...con un reloj OMEGA.
 LOCUTORA —Pepe va al baño y se lava la cara...
 LOCUTOR —...con jabón PALMOLIVE.
 LOCUTORA —Se cepilla los dientes...
 LOCUTOR —...con pasta COLGATE.
 LOCUTORA —Mientras se afeita...
 LOCUTOR —...con una cuchilla GILLETTE...
 LOCUTORA —...escucha su radio transistor...
 LOCUTOR —... ¡SONY!
 LOCUTORA —Pepe se viste rápido. Con una camiseta...
 LOCUTORA —LACOSTE
 LOCUTOR —...con unos pantalones...
 LOCUTORA —LEVIS
 LOCUTOR —...y con unos deportivos zapatos...
 LOCUTORA —HUSH PUPPIES
 LOCUTOR —Pepe desayuna rápido. Con leche...
 LOCUTORA —NESTLE.
 LOCUTOR —...con una cucharadita de...
 LOCUTORA —NESCAFE.
 LOCUTOR —...con pan...
 LOCUTORA —BIMBO.
 LOCUTOR —...untado con mantequilla...
 LOCUTORA —KRAFT
 LOCUTOR —...y siempre antes de apagar la radio, Pepe
 enciende...
 LOCUTORA —...un cigarrillo MARLBORO.
 LOCUTOR —Pepe trabaja en la fábrica de automóviles... WOLKSWAGEN. Cuando
 apenas amanece, una camioneta TOYOTA le lleva a su destino. Y su
 destino es la fábrica.
 LOCUTORA —Pepe empieza su jornada de trabajo.
 LOCUTOR —A mitad de la mañana, Pepe bebe...
 LOCUTORA —... una FANTA
 LOCUTOR —y mordisquea...
 LOCUTORA —... unas galletas NABISCO.
 LOCUTOR —Hoy es día de pago. Pepe sube a cobrar un salario en un ascensor OTIS.
 Su recibo sale de una máquina IBM. Pepe firma...
 LOCUTORA —... con un bolígrafo BIC-bic-bic...
 LOCUTOR —Es un día de mucho trabajo. A la hora de almuerzo, Pepe come de
 prisa...
 LOCUTORA —... una hamburguesa MCDONALD
 LOCUTOR —La hamburguesa le cae mal. Entonces...
 LOCUTORA —... toma un ALKA SELTZER.
 LOCUTOR —Pepe llega cansado al final de la jornada. Al autobús en el que regresa
 se le pincha una goma. Pero hay repuestos GOODYEAR.

LOCUTOR
LOCUTORA
LOCUTOR
LOCUTORA
LOCUTOR
LOCUTORA
LOCUTOR
LOCUTORA
LOCUTOR
LOCUTORA
LOCUTOR
LOCUTORA
LOCUTOR
novia.
LOCUTORA
LOCUTOR
LOCUTORA
WILLIAMS!
LOCUTOR
LOCUTORA
LOCUTOR
LOCUTORA
LOCUTOR
LOCUTORA
LOCUTOR

—Pepe llega a su casa. Enciende la cocina...
—WESTINGHOUSE.
—Calienta una sopa de tomate...
—CAMPBELL.
—Pone un disco.
—RCA VICTOR.
—... en su tocadiscos...
—... GENERAL ELECTRIC...
—La cabeza le estalla. Apaga el tocadiscos.
—Enciende el televisor.
—¡Es un televisor TELEFUNKEN!
—La cabeza le estalla. Hojea una revista...
—¡Es una revista PLAYBOY!
—Apaga el televisor. Suspira y mira el retrato de su
—¡Es una foto KODAK!
—La cabeza le estalla. Suspira y mira al techo.
—¡Es un techo pintado con SHERWIN

—La cabeza le estalla. Toma una pastilla.
—¡Es una aspirina BAYER!
—Entonces, decide acostarse. Apaga la luz.
—¡Es una bombilla PHILLIPS!
—Deja caer su cuerpo sobre la cama.
—¡Es un colchón FLEX!

—Pepe se queda profundamente dormido... Sueña... Es feliz... Corre, corre ágilmente por un prado verde... Respira a pleno pulmón... Por fin se siente libre... Ríe, corre, juega, como cuando era niño... Corre, ríe, juega con una pelota...

LOCUTORA

—¡Es una pelota ADIDAS!

BANCOS Y BANQUEROS

...y el desastre financiero de Chenchó García

Cuando Inocencio García, alias Chenchó, fue sentado en la silla eléctrica, aún no lograba entender cuál había sido su error. Se le oyó decir un juramento extraño antes de que la corriente de 5 mil voltios achicharrara su triste vida.

Y sin embargo, aquel día, cuando le dieron la noticia, Inocencio se consideró el hombre más feliz del mundo...

CHENCHO —Al que madruga... Dios lo ayuda...

Inocencio García, gordo, calvo y bigotón, se levantó como todas las mañanas. Para gran sorpresa suya, su mujer le tenía preparado el desayuno...

CHENCHO —¿Qué te pasa, estás enferma?... ¿Hoy es mi cumpleaños?

MUJER —¿Por qué dices eso, Chenchó?

CHENCHO —Desde que nos casamos, es la primera vez que tengo el café a tiempo.

MUJER —Ay, no sé, Chenchó, hoy me siento tan... tan contenta, como si algo muy bueno fuera a sucedernos. El corazón me dice que...

CHENCHO —Tú y tus fantasías.

Pero no era fantasía la camisa que se puso Chenchó...

CHENCHO —Caramba, tiene todos los botones... ¡esto es un milagro!

Tampoco era fantasía la mariposa blanca que vio posada en el carrito de los helados... La buena suerte venía corriendo hacia Inocencio García, el heladero...

MUCHACHO —¡Inocencio García! ¡Inocencio García!

CHENCHO —¿Qué pasa?

MUCHACHO —¿Usted es Inocencio García?

CHENCHO —Hasta ahora, sí.

MUCHACHO —¿El vendedor de helados?

CHENCHO —¿De qué lo quieres, de vainilla?

MUCHACHO —¡Felicidades, señor! ¡Felicidades! Y recuerde que yo fui el que le di la noticia, ¿eh? No se vaya a olvidar de mí, ¿eh?

CHENCHO habla. —Pero, ¿qué noticia, muchacho? Toma resuello y habla.
 MUCHACHO —¡Se sacó la lotería! ¡Inocencio García se sacó la lotería!
 CHENCHO —¿Qué dices?
 MUCHACHO —¡La lotería, señor Inocencio, el premio gordo enterito!
 CHENCHO —¿Será posible? ¡Mujer, oye esto! ¡Mujer!
 MUJER —¡Te lo dije, Chenchito, te lo dije! ¡El corazón no habla, pero adivina! ¡Ay, dios bendito, virgen de los desamparados, al fin te acordaste de nosotros!

Sí, no era un sueño ni fantasía. Inocencio García, un pobre vendedor de helados, se había ganado un millón de dólares contantes y sonantes. En el barrio de Chenchito se armó el alboroto. Todos vinieron a felicitarlo y a recordarle que eran sus amigos...

VECINO —Compadre Chenchito, ya sabe, estuve con usted a las duras y ahora debo estar a las maduras...
 OTRO —Oiga, Chenchito, ¿no se acuerda de mí? Soy el nieto de la prima de su tía...
 MUJER —Ay, no molesten más y dejen quieto a mi marido...
 VECINO —Bueno, Chenchito, y ahora hablando en confianza... ¿qué piensas hacer con ese dinero?
 CHENCHO —Pues no sé todavía, vecino. Ha sido tan grande el susto... que hasta hipo me ha dado.
 VECINO —Tienes que comenzar una nueva vida, Inocencio. Yo te aconsejo que compres un terrenito, una casita, y a vivir tranquilo.
 CHENCHO —Demasiado tranquilo he vivido toda la vida, vecino. No he hecho otra cosa que empujar ese carrito. Ahora quieto, no sé, hacer algo... correr aventuras.
 VECINO —¿Qué aventuras! Pon un negocio. Una heladería.
 CHENCHO —De vender helados ya me cansé.
 BORRACHO —Pues guarda el dinero... Mételo en el colchón y así tenemos para ir a la cantina todas las noches... ¡Salud!
 VECINO —En el colchón, no. Pero meta ese dinero en un banco, hombre. Ese es el mejor negocio de todos.
 CHENCHO —¿Cómo en un banco? ¿Para qué?
 VECINO —Para que le dé intereses.
 CHENCHO —¿Qué intereses?
 VECINO —Caramba, Chenchito, no me diga que usted no conoce cómo funciona un banco.
 CHENCHO —El único banco que yo conozco es el del parque. Que mi mujer y yo lo tenemos gastado de tanto sentarnos ahí los domingos.
 VECINO —Mire, Chenchito, en un banco usted mete su dinero, ¿verdad? Mete 100 pesos, digamos. Los ahorra ahí. Y al cabo de un año, va y los busca y ya tiene 110. Es decir, 10 por cada 100, el 10 por ciento. Esos son los

intereses.

CHENCHO —Ajalá, pues yo no sabía que el dinero tenía hijos.
VECINO —La vaca cría el ternero. Y el dinero cría dinero.

CHENCHO —No entiendo, vecino. Si yo meto 100 y después me dan 110... entonces, el dueño del banco sale perdiendo esa plata que me da de más...

VECINO —Ah, compadre, usted vive en la luna. Con razón es Inocencio. Los dueños de los bancos, los banqueros, no pierden. Ganan. Y muchísimo. Esos son los tipos que más dinero manejan y más dinero se embolsillan.

CHENCHO —Pero, ¿de dónde saca esa gente los 10 pesos que después me dan a mí?

VECINO —Pues de darle antes los 100 que usted metió en el banco a otra gente.

CHENCHO —¿A qué gente?

VECINO —A los que necesitan pedir prestado. El dinero que usted ahorra en el banco, ellos lo prestan con un interés más alto.

CHENCHO —Disculpe, vecino, yo soy un vendedor de helados...

VECINO —Escuche: usted les da cien pesos. Ahorra cien pesos. El banquero le ofrece 110. Pero antes de dárselos, el banquero le presta los 100 suyos a otro. Y a ese otro le cobra por prestárselos, vamos a decir, 120. El otro paga después los 120 pesos. A usted le pagan los 110. Y el banquero se queda con 10 pesos de diferencia. Dinero mansito, sin trabajar mucho.

CHENCHO —Ahora lo agarré. Esa gente tiene la mollera bien puesta, ¿eh, vecino?

VECINO —Un banco vive de los ahorros y de los créditos. Recoge con una mano y presta con la otra. Y eso, sin hablar de las inversiones.

CHENCHO —¿Qué inversiones?

VECINO —¿Pero en qué mundo vive usted, Chencho? Si el banquero tiene mucho dinero en el banco, pongamos por caso que tiene un millón de dólares de la gente que ha ido ahorrando ahí, pues el tipo opera.

CHENCHO —¿Cómo que opera?

VECINO —Opera, invierte, compra un terreno a cuatro, lo vende a ocho, compra una casa de apartamentos, la alquila, trasiega con el dinero ajeno para sacarle buena tajada. Los banqueros hacen lo que les da la gana en el mundo. Tienen dinero, mucho... y por la plata baila el perro, usted sabe.

CHENCHO —Vecino, ¿y... y todo ese cambalache está permitido?

VECINO —¡Cómo no, compadre! Hay licencias, hay permisos... Todo eso está autorizado. Eso es lo que se llama la «libertad financiera».

CHENCHO —Interesante, interesante...

VECINO —¿Entonces, qué, Chencho? ¿Se decide a meter su dinero en el banco?

CHENCHO —No, vecino querido. ¡Me decido a... a poner yo mismo un banco! Y no precisamente en el parque.

Y así fue como Inocencio García se decidió a pasar de heladero a banquero. Chencho iba a entrar en el gran mundo de las finanzas.

MUJER —Pero, Chencho, ¿tú crees que esto salga bien?
 CHENCHO —Ya salió lo más difícil, que era ganarnos la lotería. Ahora todo vendrá sobre ruedas. Tenemos el dinero para arrancar. «El capital inicial», como dicen ellos.

MUJER —Pero, Chencho...
 CHENCHO —Confía en mí, mujer. Confía en Chencho. Ahí está: «En Chencho García, todo el mundo confía». Acuérdate para la propaganda.

MUJER —Es muy arriesgado, Chencho.
 CHENCHO —Quien no cae no se levanta. Así decía mi abuelo.
 MUJER —Tu abuelo se cayó en una alcantarilla y todavía lo están buscando.
 CHENCHO —Anímate, mujer. ¿No dicen que es el mejor negocio? Pues ¡para adelante! Tú serás la cajera del banco. Ya estás «en nómina»... Jajay, esto va a salir bien. Tengo la corazonada.

MUJER —¿Y dónde vamos a poner el banco, Chencho?
 CHENCHO —Eso es lo que me preocupa. Aquí en el barrio todos son unos muertos de hambre. Aquí todos van a «sacar» y nadie va a «meter». Aquí no ahorra ni el alcalde. Y entonces, ¿yo con qué «opero»?

MUJER —¿Y dónde, en la capital?
 CHENCHO —Podría ser. Pero este país es un patio. Todo el mundo me conoce. Yo le he vendido helados hasta a la hija del presidente.

MUJER —¿Y entonces...?
 CHENCHO —«Después de estudiar la situación financiera»... se me ha iluminado el coco. ¿Sabes qué vamos a hacer? Irnos al extranjero. Ponemos el banco fuera.

MUJER —Pero, Chencho, ¿estás loco?
 CHENCHO —Ninguna locura. Afuera nadie me conoce. Confiarán más en mí. Vendrán a mi banco con sus ahorros. Y yo agarro por aquí, y presto por allá, invierto aquí, convierto allá... ¡opero!

MUJER —Estás chiflado, Chencho García. Si nos vamos fuera, ¿quién mantiene a mi mamá, y a mi abuela, y a la tuya, y a la sobrina que?...
 CHENCHO —Tranquila, mujer, tranquila. Ya les enviaremos dinero. Y no serán tres pesitos de helados, sino mucho, muchísimo dinero. Les mandaremos «los beneficios del capital invertido» desde allá.

MUJER —¿Y dónde es «allá»...?
 CHENCHO —En Nueva York, claro. ¿Dónde está el gran dinero del mundo? En «Niu Yor». ¡Pues le metemos nuestro banco en el mismo mondongo de los Estados Unidos!

MUJER —¡Pero, Chencho...!
 CHENCHO —Deja los peros para después. Prepara la maleta. Ah, y cómprate un diccionario de ésos para ver si aprendo inglés en 10 días... «moni, moni, guan cigarret»...!

Inocencio García no tuvo problemas en conseguir la visa para viajar a los Estados Unidos. La embajada norteamericana, cuando supo el respaldo económico que tenía, se la dio inmediatamente...

GRINGO —¿Y a dónde piensa ir con tanta plata, míster
García? ¿A Disneylandia?
CHENCHO —¿Ves, mujer? ¡Me llama míster!... Pues no, pensamos ir a «Niu Yom»...
¡Manjatan, Manjatan!
GRINGO —Nos alegramos. Que lo pase muy bien, mister García. Me saluda a la
Estatua de la Libertad.

Inocencio García y su mujer llegaron a Nueva York. Con el dinero de la lotería alquilaron un local, compraron mesas, máquinas, talonarios, una caja fuerte...

MUJER —¿Y cómo se va a llamar el banco, Chencho?
CHENCHO —¿Qué nombre mejor que el mío? «Banco de Chencho García, abierto de
noche y abierto de día»... ¿Te parece bien?
MUJER —Suena bonito.
CHENCHO —Sí, me gusta. ¿Por qué no? Aquí está un latinoamericano honrado que
viene a correr la misma suerte que sus socios los banqueros de Estados
Unidos. Tienes que comprarme una corbata, mujer.
MUJER —¿Una corbata?
CHENCHO —¿Cuándo has visto tú a un banquero sin combata?
MUJER —¿Y qué más necesitamos, Chencho?
CHENCHO —Nada más. Todo está listo. Ahora sólo faltan los
clientes.

Tal vez por el nuevo nombre, tal vez por la buena estrella que acompañaba a Inocencio García, los clientes comenzaron a llegar desde el primer día...

CHENCHO —Ya van llegando, mujer... ¿No oyes? Funcionó la propaganda en la
esquina...
VIEJA —Good morning, boy...
CHENCHO —Claro que voy. «Gud mornín», señora. Adelante,
adelante...
VIEJA —Gracias, gracias, mijito.
CHENCHO —¿Usted es americana, señora?
VIEJA —Claro que sí, mijito. Pero estuve casada con un portorriqueño. Y algo se
me pagó de la manera de hablar de ustedes.
CHENCHO —¡Ve qué bien! ¿Y en qué podemos ayudarla,
señora?
VIEJA —Pues, mijito, yo tengo unos ahorritos guardados bajo el colchón desde
hace unos años. Y ahora quiero meterlos en el banco.
CHENCHO —Buena decisión, abuela. No confíe en los
colchones.
VIEJA —¿Y cuánto me dan por mis
ahorros?
CHENCHO —Bueno, si usted abre una cuenta podemos darle... el 10 por ciento. Un
buen interés, ¿no le parece?
VIEJA —Yo no entiendo mucho de números, hijo. Pero usted me da confianza.

Sus bigotes me recuerdan a los de mi difunto marido. Me parece estar viéndolo a él. Tenía una corbata igual que la suya... el día que murió.
CHENCHO —Deje eso, señora, y acompañeme... Pase por acá... La señorita la va a atender... ¡Mujer, ahí va el primer cliente...!

Y siguieron llegando nuevos clientes...

GRINGO —Good morning, sir...
CHENCHO —«Gud mornín», señor. Si quiere, hablamos en inglés.
GRINGO —Oh, es lo mismo. El dinero no tiene idioma.
CHENCHO —¿En qué podemos servirle, señor?

Y al cabo de todo un día de intenso trabajo...

CHENCHO —¡Chencho García, abierto de noche y abierto de día!... ¿Ves, mujer incrédula? En la vida, todo es cuestión de decidirse. De lanzarse al agua.
MUJER —Para ser el primer día, hemos tenido mucho movimiento: 7 cuentas de ahorros abiertas, 5 créditos... El negocio funciona, Chenchito.
CHENCHO —Creo que vamos a cerrar ya. Son casi las doce de la noche. Y mañana hay que abrir temprano...
MUJER —¡Llaman a la puerta...! ¿Y quién será a estas horas...?
CHENCHO —Bueno, tenemos que ser fieles a la propaganda. Chencho García, abierto de noche y abierto...
POLICIA —¡Policía!
CHENCHO —¿Cómo dice?
POLICIA —Policía. Policía del Estado de New York.
Documentación, please.
CHENCHO —¿Mi pasaporte? Ah, sí, mujer, trae los papeles... ¿Pasa algo, señor policía?
POLICIA —¡Jum! Latino, ¿verdad?
CHENCHO —Sí, señor, latinoamericano. Ustedes en el norte. Nosotros en el sur. Pero una misma América para todos.
POLICIA —Este banco es ilegal.
MUJER —¿Cómo que ilegal? Todos los papeles están en regla, señor. Residencia, licencia... Vea, vea, compruebe...
POLICIA —¿Qué hace usted en este banco, señor García?
CHENCHO —Lo que hacen todos los bancos: presto dinero, guardo los ahorros.
POLICIA —Los ahorros del pueblo norteamericano...
CHENCHO —¿Y de quién van a ser, si estamos en Norteamérica?
POLICIA —¡Qué simpático! ¿Y qué piensa hacer después con el dinero guardado?
CHENCHO —Lo que hacen todos los bancos: invertir, comprar, vender, operar...
POLICIA —...y repatriar capital.

CHENCHO —¿Repaqué?
POLICIA —Repatriar. Mandar el dinero a su país.
CHENCHO —Por supuesto. Tenemos allá la familia y...
POLICIA —Acompáñeme.
CHENCHO —¿A dónde lo...?
POLICIA —Usted está preso, señor García. Y usted también, señora. Es cómplice del crimen.

CHENCHO —¿Pero, de qué crimen me está hablando usted,
caramba?
POLICIA —Un crimen contra la soberanía de los Estados Unidos de Norteamérica.
MUJER —¡Ay, Dios bendito, Virgen de los desamparados...!
POLICIA —Eso mismo. Encomiéndose a todos los santos, porque su caso es grave, gravísimo.

PERIODISTA —¡Escándalo en Nueva York! Un ciudadano latinoamericano de 40 años, conocido como Inocencio García, pretendió instalar un banco en la calle 38 de la ciudad de los rascacielos. Su propósito era canalizar capitales norteamericanos hacia su país de origen, delito éste penado por las leyes federales. El fiscal ha pedido diez años de cárcel para el detenido, mientras los miembros del jurado están aún deliberando la sentencia.

JUEZ —Señores míos, nunca en la historia de los Estados Unidos se vio nada semejante. Aquí han emigrado drogadictos, borrachos y violadores. Pero este crimen es todavía mayor. Porque un asesino mata a dos o tres. Pero elementos como el señor García acabarían matando la nación entera.

OTRO JUEZ —Estoy muy de acuerdo con usted. ¿Qué ocurriría si nuestros ciudadanos empezaran a poner sus ahorros en manos extranjeras? ¡Es intolerable!

JUEZ —Toda la ciudad comenta el caso. Apliquemos un castigo ejemplar. El fiscal ha pedido diez años de prisión.

OTRO JUEZ —¿Diez años solamente? Y al salir de la cárcel, ¿qué se le ocurrirá hacer a ese García? ¿Ponerse de candidato a la Casa Blanca? ¡No, señores, la mala hierba se arranca de raíz!

JUEZ —Señor García, ¿jura usted decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?

CHENCHO —Yo no he hecho nada malo, señor juez. Por mi parte que aquí hay una equivocación. Mire, yo tengo un dinero que me gané en la lotería de mi país. Vine aquí legalmente, trabajé legalmente, puse un banco legalmente...

JUEZ —...Y legalmente repatrió el dinero de nuestros ciudadanos hacia América Latina.

CHENCHO —En realidad, yo no he enviado nada todavía a mi familia, pero...
JUEZ —Pero ya tiene en su mano el cuerpo del delito.

CHENCHO —¿Qué cuerpo?
JUEZ —El dinero ahorrado con tanto sudor por los trabajadores norteamericanos. ¿Usted no sabe que hacer eso está terminantemente prohibido por las leyes de Estados Unidos?

CHENCHO —Señor juez, la libertad financiera dice que...
JUEZ —Libertad financiera habrá en sus países. Pero aquí no.

CHENCHO —Pero, según la libertad financiera...
JUEZ —Señor García, los banqueros somos nosotros, ¿entiende? Esas son las reglas del juego.

CHENCHO —¿Y qué puedo hacer yo con mi millón de dólares?
JUEZ —Métalo en nuestros bancos. Le daremos un buen interés. O si prefiere, ponga una heladería. Personalmente, me gusta la vainilla.

CHENCHO —No entiendo, señor juez, en mi banco yo...
JUEZ —Señor mío, usted va a sentarse ahora en otro banco. Esta Corte de Justicia condena al acusado Inocencio García a la silla eléctrica. ¡Y con 5 mil voltios!

Llevaron a Inocencio García, alias Chenchó, a la silla eléctrica. Le amarraron cables a las muñecas y a los tobillos. Antes de acabar su triste vida, se le oyó decir un juramento que los policías norteamericanos no pudieron comprender:

CHENCHO —¡Hijos de puta!
VECINA —¡Pobre Chenchó!... ¡Qué calamidad tan grande le vino encima! Ya le había tomado yo cariño al gordito ése...

COMPADRE —No llore sólo por Chenchó, señora. ¡Llore por todos nosotros, los latinoamericanos, que si no somos bobos, lo parecemos! Porque ellos sí vienen aquí a poner sus bancos, y a llevarse nuestro dinero hacia los Estados Unidos, y hacia Canadá, y hacia Inglaterra y Suiza, y hacia España y hacia Francia. Se llaman «Chase Manhattan Bank» y «National City Bank» y «Bank of America»... Tanto y en tantos idiomas... Y nadie los mete presos ni los lleva a la silla eléctrica. Al contrario, van de banquete en banquete y tienen alfileres de oro en sus corbatas.

VECINA —La ley del embudo: lo ancho para ellos, lo estrecho para uno.
ABUELO —Muy bien. Pues, ¿sabe qué voy a hacer yo? Sacar mi dinero de esos bancos.

VECINA —¿Anjá? ¿Con que también usted tiene sus ahorritos y no me lo había dicho?

ABUELO —¡Ay, señora, con mis ahorros no compra usted ni una licuadora...! Pero esos cuatro pesos viejos que tengo, los voy a sacar del banco gringo y los meto en uno nacional.

COMPADRE —¿Y está seguro que será nacional? No se fíe. Los bancos extranjeros «operan» con nuestra plata. Y una de las «operaciones» que hacen es comprar los mismos bancos nacionales. Le dejan el nombrecito que tenían antes «Banco de Comercio», «Banco Continental», «Banco del Pacífico y del Atlántico»... pero son también extranjeros.

ABUELO —Por lo que veo, esos señores lo tienen todo: las industrias, las compañías, los bancos, el dinero de ellos y el dinero de nosotros... Nos tienen agarrado por los... ¡por las narices!

COMPADRE —Sí, el dinero de América se va, se fuga a través de los bancos. La fuga de capitales es tan grande que en 1985 llegaba ya a 160 mil millones de dólares. ¡160 mil millones, óiga eso! Una montaña de dinero. Y en esa montaña se va el ahorro, las ganancias, el sudor de nuestros millones de trabajadores.

VECINA —Ni modo. Estamos fritos.

COMPADRE —Y eso es lo que se sabe. El dinero que se fuga con trampas y trapiondas y nadie se entera... esa es otra montaña mayor aún.

ABUELO —Pues yo digo que sí todos los ahorrantes nos unimos y retiramos nuestro dinero de esos bancos abusivos...

VECINA —Señor, eso lo hace usted que tiene moral. Y lo hace su vecino. Pero, ¿usted cree que los peces gordos, los empresarios, los politicones, van a hacerlo? ¡Qué va! Esos sacadólarae ponen su dinero en manos extranjeras! Y si después, el país no tiene dinero para escuelas ni para nada, ¡que se hunda!

ABUELO —Pero sí todos nos uniéramos...

CHENCHO —No sea inocente, señor. Yo lo fui demasiado.

ABUELO —¿Eh, quién habla ahí?

CHENCHO —Inocencio García, desde el más allá.

VECINA —¡Chenchói

CHENCHO —Inocencio García, desde el más allá.

VECINA —¡Chencho!

CHENCHO —Desde acá arriba las cosas se ven claras, clarísimas.

VECINA —¿Y cuál le parece a usted, don Chencho, que sea la solución a todos estos problemas?

CHENCHO —Eso se arregla con otro banco.

VECINA —¿Con qué banco, Chencho?

CHENCHO —¡Con que van-co-mandantes para allá para operar de otra manera!

**UNA MAQUINA
TEC-NI-CA-MEN-TE
PER-FEC-TA**

...con un solo fallo

Año 1886. Ciudad de Atlanta, Estados Unidos. En su laboratorio, el boticario John Pemberton trabaja en nuevos experimentos...

- PEMBERTON —Shhhh...! Cállese la boca. No me interrumpa... Machaco hojas de coca... Machaco semillas de cola... Mezclo aquí, mezclo allá... Hojas de coca, semillas de cola... Cola con coca... coca con cola... ¡Eureka! ¡Ya lo tengo!
- AMIGO —¿Qué es lo que tienes, John Pemberton?
- PEMBERTON —Pruébalo. Creo que es excelente.
- AMIGO —¿Y qué cura este brebaje? ¿Otro remedio para los calvos?
- PEMBERTON —Que lo pruebes te digo. Es para el dolor de cabeza y las náuseas.
- AMIGO —Muy fuerte el olor... Pero no sabe mal... ¿Con qué lo hiciste, John Pemberton?
- PEMBERTON —¿Me lo compras o no me lo compras? Después te diré la fórmula.
- AMIGO —Está bien, está bien. ¿Qué te parecen 2 mil dólares?
- PEMBERTON —2.500.
- AMIGO —Ni para ti ni para mí: dejémoslo en 2.300. Anda, dime con qué hiciste este «veneno», John Pemberton.
- PEMBERTON —Con coca... y con cola.
- AMIGO —¡Pues se llamará «coca-cola»!
- NARRADORA —No sabía entonces John Pemberton, el boticario, que al vender la fórmula de su «coca-cola», comenzaba una nueva era en la historia de la humanidad.
- COMPADRE —Lo que no sabía ese John Pemberton era la millonada de dólares que iban a ganar los que le compraron la fórmula de su «coca con cola». Con mucho dinero y mucha publicidad, en poco tiempo el invento de este boticario le dio la vuelta al mundo.
- ABUELO —¡Ah, la Coca Cola! Eso sí que es un refresco único... Yo siempre digo que es... que es... cómo diría yo... que es la chispa de la vida.
- VECINA —¡Oigalo! Repitiendo como un loro lo que dicen los anuncios de la radio.

ABUELO ¡Como un lorito!
—Está bien, está bien, señora. Pero »chispa« tiene. Eso usted no se lo puede negar. Uno lo toma y lo toma, y nunca le descubre el saborcito a ese refresco.

VECINA —Es que nadie se lo puede descubrir. A mí me han dicho que la receta de la Coca Cola es como el secreto de Fátima, que sólo dos o tres personas en el mundo lo conocen.

COMPADRE —Señora, eso del secreto es publicidad para vender más. ¿No ve que tanto misterio es también parte del negocio?

VECINA —Pero... ¿usted sabe o no sabe el secreto?

COMPADRE —Si cualquiera lo sabe, señora. En cualquier laboratorio le analizan el saborcito y le dicen «el secreto». Yo se lo digo ahora mismo, si usted quiere. Escuche:
Mezcle azúcar, mucha azúcar, con agua, mucha agua. Añádale un poco de ácido fosfórico, otro poco de cocaína o cafeína —según las prohibiciones — otro poco de glicerina, jugo de lima, aceites esenciales y extractos vegetales: todo bien batido, embotellado y con una buena campaña de publicidad para que el mejunje se venda.

VECINA —¡Así que tanto misterio para eso!

COMPADRE —Tanto dinero para eso. Porque lo más interesante de este asunto no es la fórmula, sino el dineral que hay que pagar por esa fórmula.

VECINA —¿Qué dineral?

COMPADRE —¿Pero usted no sabía que nuestro país tiene que pagar licencias industriales a los dueños de la Coca Cola por embotellar el re fresquito? Tiene que pagar lo que se llama una patente, un permiso, dólares contantes y sonantes.

ABUELO —Claro, señora, la marca hay que pagaría. El que inventa, también tiene sus derechos. Usted paga porque embotella un invento ajeno.

VECINA —Pagaré otro. Yo no pago ni un centavo por esa agua sucia. Porque a mi nunca me ha gustado ni su chispa ni su nada. Yo prefiero batir piña o guayaba o tamarindo, que me sabe más sabroso...

COMPADRE —Pero otros, no. Otros prefieren la Coca Cola sólo porque viene de fuera. Piensan que todo lo extranjero es lo mejor. Aunque sea más caro y no alimento. Pagamos la patente de la fórmula «secreta», la patente de la botella, la patente de la máquina de embotellar... ¡y la verdad es que con tanta patente nos tienen agarrados por la pata!

ABUELO —Bueno, bueno, no se puede generalizar. A usted siempre le gusta hacer caricaturas. La Coca Cola es una cosa y otros inventos son otra cosa. Hay inventos muy útiles, máquinas nuevas, que es justo que queramos tener y que paguemos por ellas. No hay que ser enemigo del progreso y de la técnica...

ALEMAN —¡Progreso y técnica, amigo! Vea, vea cómo funciona esta máquina maravillosa... Esta gran maquinaria de alta tecnología traerá progreso y técnica a su industria. Hemos aceptado venderles la patente para que ustedes puedan usar nuestro invento. Firme aquí, por favor, es el compromiso por el pago de la patente.

LATINO —Aquí... ¿algo más?
ALEMAN —Sí, otra firma aquí, por favor...
LATINO —¿Y ésta?
ALEMAN —Este es el compromiso de ustedes de darnos parte en las ganancias de todo lo que fabriquen con nuestro invento.

LATINO —Bueno... ¿algo más?
ALEMAN —Sí, firme también aquí...
LATINO —¿Y ésta?
ALEMAN —Este es el compromiso de ustedes de comprarnos todos los repuestos que necesite esta máquina... Ah, y aquí también una firmita más, por favor... Este es el compromiso de ustedes de vender los productos que fabriquen con nuestro invento sólo en los países que nosotros les indiquemos.

LATINO —Oiga, ¿y no quiere que le firme también una
tarjetica de cumpleaños...?

COMPADRE —No, no es que uno sea enemigo del progreso ni de la técnica... Pero, la verdad, con tanto compromiso y tanta firma, nuestras fábricas se hacen cada vez más dependientes del extranjero. ¿Qué técnica? ¿La que nosotros necesitamos comprar, o la que ellos nos quieren vender? ¿La que soluciona nuestros problemas o la que los complica más? Porque la máquina se hizo para el hombre y no el hombre para la máquina.

VECINA —Ay, eso es lo que dice Jesucristo en el evangelio.
ABUELO —Señora, no ande confundiendo siempre las cosas.
COMPADRE —Bueno, no lo dirá así mismo, pero dice algo parecido. Y eso, eso es lo que debía haber dicho el dueño de la Textilera Pérez y Pérez...

JAPONES —¿Usted es el dueño de la Textilela Pélez y Pélez, glan fábrica de camisas?

LATINO —Sí, ese mismo soy yo... Y usted, ¿quién es?
JAPONES —Soy el representante en este país de la firma
Yogano Muchito.

LATINO —¿Yogano Muchito? Y yo, ¿qué gano?
JAPONES —¿Cómo dice, señol?
LATINO —No, digo que qué se le ofrece... Digo que qué
desea, señor.
JAPONES —Deseo ayudalo, señol, ayudal a su fábrica, que es una fábrica plimitiva, atlasada, obsoleta...

LATINO —¿Obsoqué? ¿Qué diablos dice este chino?
JAPONES —Japonés, señol, japonés... Mile usted, señol, en el Japón estamos acelcándonos ya al ideal industliar, al ideal de la fábrica sin tlabajadoles. Glan ploducción sin tenel que pagal un solo centavo de salalios y sin tenel un solo poblema de huelgas, plotestas y cosas palecidas...

LATINO —Esto se pone interesante. ¿Y cómo se logra ese ideal de la fábrica sin
trabajadores, señor Yogano Muchito?

JAPONES —Pues bien, quelido señol, pala loglal ese ideal y ese plogleso, vengo a
vendel a Textilela Pélez y Pélez esta máquina que ve en el catálogo... Esta,

mile, ésta...

LATINO —¡Anjá, qué adelanto! Muchas palancas, muchos botones...

JAPONES —Es una máquina lobot.

LATINO —Ah, un robot...

JAPONES —Sí, en cada botón tiene una ploglamación de miclocomputadola electlónica. Y dígame, señor, ¿cuántas tlabajadolas tiene la Textilela Pélez y Pélez?

LATINO —Cien, cien mujeres trabajan aquí.

JAPONES —¿Y qué hacen esas cien mujeles?

LATINO —Bueno, ellas hacen de todo. Hacen la camisa entera.

JAPONES —Pues, máquina electlónica, glan invento de Yogano Muchito, hace la camisa entela. Y la hace mejol y más lápido, sin equivocarse nunca. Colta tela, cosa tela, pone cuello, quita cuello, pega botón, plancha camisa. Y lobot no anda habla y habla como mujeles peldiendo tiempo de ploducción.

LATINO —No puedo creerlo. Sí, aquí lo veo... Esta palanca y esta otra... ¡Es una maravilla!

JAPONES —Una maravilla que le aholalá el salalio de cien tlabajadolas y le halá mil camisas pol día. ¿Qué le palece?

LATINO —¡Me palece mentila!

JAPONES —¡Pelo es veldad!

LATINO —Entonces, ¡compro la patente!

VECINA —Eso sí, ¿ve? Eso sí que son grandes inventos, esas máquinas... Y no como la receta vieja de la Coca Cola. Pero, ¿de verdad habrá robots como ése que vende el japonés?

ABUELO —Ay, señora, como usted no sale de su casa, no sabe nada de la vida. Pero ahora hay cada invento que te eriza los pelos. ¿Usted sabía que ya le pueden hacer un análisis de sangre a uno sin la inyección, sin sacarle una gota?

VECINA —¿Y cómo lo hacen?

ABUELO —Por computadora, señora. Por com-pu-ta-dora. ¿Y sabía que están haciendo ya robots de éstos, japoneses o americanos o de donde sea, que trabajan como sirvientas en las casas? Le hacen a usted la sopa, le barren, le abren la puerta, hasta le limpian los zapatos...

VECINA —Pero, ¡qué maravilla, Dios bendito!

COMPADRE —Una maravilla, sí. Pero, ¿quién gana con todas esas maravillas? El dueño de la fábrica de camisas. Que ahora va a producir más y a ganar más que antes. Pero, ¿qué pasa con las 100 mujeres que cosían las camisas? América Latina está llena de desempleados. Y muchas de estas nuevas tecnologías lo que vienen a fabricar es todavía más desempleados.

CHILENA —No, viejo, no valió huelga, ni valió reclamo ni valió nada, pues. Que las mujeres somos muy lentas, que atrasamos la producción. Nos van a dejar cesantes y van a traer unas máquinas nuevas. Dicen que son tan poderosas

como Dios... ¡Yo digo que serán como el diablo! Ay, viejo, ¿y qué vamos a hacer ahora sin ese dinero? ¡Nos van a echar de la casa!...

- PATRON —No, señor mío, aquí no hay trabajo para usted. No insista. Ya tenemos el personal completo hace mucho tiempo.
- ECUATORIANO —Pero es que yo tengo alguna experiencia en estoy...
- PATRON —Esa experiencia que tiene usted no sirve ya. Usted es un artesano, amigo. Usted es de otros tiempos. Aquí sólo contratamos ya obreros especializados. A ver, ¿qué especialización tiene usted?
- ECUATORIANO —Bueno, yo sé algo de motores.
- PATRON —¿De qué motores, señor mío? La tecnología ha simplificado todos los procesos. Y con sus motores ya no se fabrica ni un clavo.
- ECUATORIANO —Bueno, entonces podría hacer la limpieza del taller...
- PATRON —Lo siento, amigo. La limpieza del taller también la tenemos mecanizada.
- SALVADOREÑO —Ahora sí que nos fregaron. Dicen que la empresa nuestra va a hacer no sé qué fusión con no sé qué empresa gringa... Reducción de personal. Van a meter nuevos equipos y no sé qué vergas... ¡y a la calle! Que no necesitan tanta gente, que ahora la onda moderna es gastar el pisto en máquinas y no en sueldos, ¿y el obrero que se joda! ¡A comer aire, cipotes, que para otra cosa no va a alcanzar con esta onda moderna!
- COMPADRE —Sí, entran las máquinas por una puerta y por la otra puerta salen más y más desempleados. Estas nuevas tecnologías son una maravilla, si. Son «téc-ni-ca-men-te-per-fec-tas». Pero tienen un fallo, sólo un fallito: eliminan gente. Y en América Latina hay mucha gente. Para un continente como el nuestro sólo sirven las máquinas y los inventos que den trabajo, y no los que quiten trabajo. Antes que los millones de camisas, hay que crear millones de puestos de trabajo para que todos puedan comprarse su camisa.
- ABUELO —Bueno, ahí sí que le doy la razón enterita. Tengo yo el caso de Agapito, mi sobrino, un muchacho preparado... Pues lo botaron hace un mes de la fábrica por no sé qué reconversión industrial que iban a hacer con maquinaria nueva. Y ahora, no encuentra empleo en ningún lugar.
- VECINA —Igualito está medio mundo en el barrio mío, sin hacer nada la gente... Y no es por vagancia, no es falta de voluntad, ¡es que no hay!

En América Latina hay 52 millones de hombres y mujeres a los que se les reconoce en los papeles su derecho a trabajar. Pero que no encuentran trabajo. 52 millones de personas que quieren trabajar y que no tienen trabajo en el campo por culpa del latifundio. Ni tampoco en las escasas industrias de las grandes ciudades, que se modernizan cada día reduciendo su personal. 52 millones de familias que viven en la miseria, que sobreviven en tugurios, sin que se vea solución a este gravísimo problema. Y el número de los sin trabajo aumenta día tras día. Se calcula que para el año 2.000 la mitad de la población latinoamericana vivirá desempleada o subempleada en los cinturones de miseria de las grandes ciudades.

COMPADRE —52 millones de desempleados... Es decir, 52 millones de desesperados. Como esos tres que hablaron antes... ¡Y sí le diéramos un minuto, sólo un minuto, a cada uno de esos 52 millones para que hablaran, para que nos explicaran su caso...! ¿Cuántas horas tendríamos que escucharlos? ¿Cuánto duraría entonces este programa? Si cada uno de ellos hablara sólo un minuto, ¡este programa duraría 86.000 horas! ¡Estaríamos oyendo sus reclamos, su rabia, su tristeza!... ¡86 mil horas!

VECINA —¡El infinito! ¿Y cuánto tiempo tan grande es ése?
COMPADRE —Pues 86 mil horas, que son 99 años... Estaríamos 99 años oyendo hablar a los desempleados de América Latina...

VECINA —Ya para entonces yo me morí.
COMPADRE —Y el señor también. Y yo. Nos morimos los tres. Y ellos seguirían hablando todavía. Y si a esos 52 millones les sumamos los otros tantos millones que sobreviven vendiendo chicles, pintando paredes... Si les sumamos los cuidadores de carros, los mendigos, ¡entonces, nos llega el día del Juicio Final y aún no hemos acabado! No, la gran tecnología de los países desarrollados será maravillosa para ellos. Pero para nosotros puede ser una trampa. Si la seguimos copiando y repitiendo como loros, nos vamos a hundir cada vez más.

VECINA —Pero, ¿quién le para el carro a esos extranjeros que nos vienen a vender lo que no necesitamos? ¡Porque el gobierno es el que debería meter mano en este asunto, digo yo!

COMPADRE —Ay, señora, llevamos siglos aguantando a gobiernos copiones, que prefieren pagar patentes a los de fuera, y no crear puestos de trabajo para los de dentro. Años y años aguantando a empresarios copiones que se hincan de rodillas ante la diosa tecnología, una diosa extranjera, que les da muchos reales. No, esto no es de ahora. Esto es un problema antiguo. Esto lo vio venir hace ya muchísimos años un viejo maestro de escuela, don Simón Rodríguez...

SIMON —¡Muchachos, buenos días a todos!
NIÑOS —¡Buenos días, maestro!
NIÑO —¡Máistro, ¿y qué invento

nos tre hoy?

SIMON —Hoy les traigo esto: un lorito.

LORO —¡Lorito, lorito!

SIMON —Es un lorito muy educado. ¡Buenos días!

LORO —¡Buenos días!

SIMON —Aunque, a veces, se pone bravo y se vuelve maleducado... ¡loro viejo!

LORO —¡Pendejo!

NIÑO —¡Lorito copión! ¡Copiones!

¡Copiones!

SIMON —Bueno, muchachos, ya ven que el lorito copia todo lo que oye, todo lo repite. Y a ustedes, ¿les gustaría a ustedes ser como los loritos, como las loras y los papagayos, que sólo usan su cabeza para repetir? ¿Les gustaría?

NIÑOS —¡¡No!!

SIMON —Pues a los que nos gobiernan, parece que sí les gusta. Porque son unos copiones. Unos copiones que piensan igualito a como se piensa en Europa y en Estados Unidos. Y que compran como ciegos todo lo que se fabrica allá... ¡Y eso no sirve, muchachos! Por eso, cada uno de ustedes tiene que pensar con su cabeza. Y tiene que saber hacer las cosas con sus manos. ¡Sobran los monos de imitación y los loritos!

LORO —¡Lorito, torito!

COMPADRE —Esa, ésa era la matraquilla de aquel hombre, don Simón Rodríguez: que la gente pensara con su cabeza. Ya en su tiempo, cuando todavía no había robots japoneses ni las tecnologías de ahora, cuando ni siquiera se había inventado la Coca Cola, ya este gran maestro se enfurecía cuando veía llegar los barcos cargados con productos americanos, con cosas que se hubieran podido hacer en nuestros países. «Copiones», decía él. Don Simón quería la técnica, pero una técnica apropiada a lo que necesitamos aquí. Por eso, ponía a todos sus alumnos a aprender, por lo menos, carpintería y herrería y albañilería, para que supieran hacer las cosas que nos convienen.

SIMON —El problema de América Latina es escoger entre estos dos caminos: O somos nosotros mismos, o copiamos a los extranjeros. O inventamos nosotros, o estamos perdidos.

ABUELO —¿Y no estaremos perdidos ya? No sé... oyendo estas cosas, ni ganas de tomarme una Coca Cola me han quedado...

VECINA —No, hombre, ánimo, nos tomamos un jugo de piña. O un vino de plátano. ¿Qué sale agrio? Está bien. Pero es nuestro vino.

COMPADRE —Claro que sí, hay que ser optimista. ¿A qué no sabe usted de quién fue maestro Simón Rodríguez? Pues de otro Simón, de Simón Bolívar, el Libertador. Y si un maestro así, sacó a un libertador así, ¿no va a haber cien, mil maestros como don Simón formando ya hombres y mujeres que piensen con su propia cabeza, sientan con su propio corazón y caminen con sus propias piernas?

VECINA —¡Claro que sí! Hay que confiar en los jóvenes para enderezar todos estos problemas. ¡Para ver si inventamos algo nuestro y dejamos ya de una vez de ser copiones!

FONDO MONETARIO INTERNACIONAL

Consultorio privado

- VENDEDOR —A ver, a ver, caserita, ¿qué le despachamos hoy?
 CASERA —Lo de siempre. Me da una libra de pan y una libra de fideos.
 VENDEDOR —Muy bien. Una librita de pan y otra de fideos... Aquí tiene. Son cien pesos.
 CASERA —¿Cómo ha dicho?
 VENDEDOR —Cien pesos, señora. 50 de pan y 50 de fideos.
 CASERA —Pero, ¿cómo van a ser 100 pesos si ayer yo compré lo mismo por 80?
 VENDEDOR —Ayer es ayer. Y hoy es hoy. La inflación, señora. In-fla-ción. Todo se infla, todo sube.
 CASERA —Pues espéreme un rato entonces. Voy a buscar más dinero en casa.

Y la señora fue y la señora volvió...

- CASERA —Aquí están los cien pesos...
 VENDEDOR —Lo siento, señora. Ya es tarde.
 SEÑORA —Pero, ¿qué pasa ahora?
 VENDEDOR —Ya se lo dije: la inflación. Acaba de subir ahoritita mismo el pan y también los fideos. Ya están a 120.
 CASERA —Pero, óigame, abusivo, ¿usted cree que el dinero yo lo empollo o que sale de una mata?
 VENDEDOR —¡No me grite a mí, señora! A nosotros también nos suben.
 CASERA —¿Y a quién le grito, entonces? A mí no me alcanza...

ESTABA EL PUEBLO CALLADO AGUANTANDO LA CRISIS. CUANDO EL PUEBLO SE PUSO A GRITAR...

- PRESIDENTE —Señores del Fondo Monetario Internacional. Estimados doctores: me dirijo a su consultorio privado ya que ustedes tienen experiencia profesional en estos asuntos. Verá, soy el presidente de un país pobre. Hay poco pan y poco fideo en las tiendas. Y por este motivo, los comerciantes suben y suben los precios. Y los compradores, como es natural, protestan y protestan. ¿Qué puedo hacer para detener la inflación? ¿Qué me aconsejarían ustedes? Firma, un presidente preocupado por el hambre de

su pueblo.

...CUANDO EL PUEBLO SE PUSO A GRITAR
VINO EL FONDO Y LO HIZO CALLAR

SECRETARIA —Señor presidente: recibimos su atenta cartita y el asesor del Fondo me encarga que le responda. No se preocupe tanto. En la economía, como en la vida, todo tiene solución. Para eso está el Fondo, para ayudarlo a salir de la crisis. Como usted sabrá, el Fondo Monetario Internacional, FMI, fue creado al final de la segunda guerra mundial por inspiración de los Estados Unidos de América. El Fondo tiene sus oficinas aquí en los Estados Unidos y está al servicio de los Estados... ejem... perdón, al servicio de todos los países, especialmente, de los más pobres. En fin, vayamos a su caso. Ahora, relájese... concéntrese... serénesese... y atienda bien nuestro consejo...

DOCTOR —Veo-veo... veo momentos adversos. El caso es grave, gravísimo. Hay que bajar esa fiebre de los precios... Capricornio... ¿Qué dice la influencia de Capricornio? Brrr... Dice frío, hielo, escarcha... Congelar. Congelar es la palabra.

SECRETARIA —Espero que nuestro consejo quede claro, amigo. Para bajar la inflación, congele los salarios. Teniendo menos dinero en la mano, los obreros de su país comprarán menos pan y menos fideos. Y al haber menos compradores, los precios bajarán enseguida. Atentamente, el Fondo Monetario.

OBRERO 1 —¡Lo que faltaba! ¡Estamos mal y encima nos bajan los salarios! ¿Oyeron al presidente? (FINGE) «¿Por qué suben los precios? Porque hay muchos que quieren comprar pan»... ¡Los precios suben porque no hay pan, caramba! Eso lo sabe hasta un niño de teta!

OBRERO 2 —Es que mentir no cuesta dinero. Estos quieren acabar con el hambre matando a los hambrientos. ¡Maldito gobierno! ¡Que congele a su madre si la tiene!

EL OBRERO Y EL PUEBLO
Y EL PUEBLO CALLADO AGUANTANDO LA CRISIS CUANDO EL
OBRERO SE PUSO A GRITAR...

PRESIDENTE —Doctores del Fondo Monetario: los obreros han comenzado huelgas y protestas en todas las fábricas. Esto me angustia. Pero todavía me angustia más el ver que la fiebre no retrocede. Bajé los salarios, pero los precios siguen arriba. Los dueños de las fábricas de pan y de fideos, que dicen que ellos no quieren perder. ¿Qué medida debo tomar frente a esto? No me dejen solo. Oriéntenme.

...CUANDO EL OBRERO SE PUSO A GRITAR
VINO EL FONDO Y LO HIZO CALLAR

SECRETARIA —Querido presidente: seguimos un caso con mucho interés. Usted nos dice que todavía no han bajado los precios. Calma, no se preocupe. El Fondo no duerme, vela por usted. Ahora, seréense, relájese... y escuche el consejo.

DOCTOR —Acuario... Estamos bajo el signo de Acuario. Signo de paz. La paz del campo, los campos sembrados, el regalo de la cosecha...

SECRETARIA —Ahí debe actuar ahora, señor presidente. En las cosechas de los campesinos. Ellos son hombres de paz. Regalan lo que tienen. Pagando baratos los productos del campo, podrán venderse también baratos en los mercados de la ciudad. Y así, bajará la fiebre de la inflación. Saludos cariñosos del Fondo Monetario.

CAMPESINO —Quiebra la soga por lo más delgado, hermanos. ¿Cómo vamos a aguantar así los campesinos? Si vendemos tan bajo, ¿qué nos queda para vivir después? Y si no vendemos, se pudre.

CAMPESINO Y OBRERO
EL OBRERO Y EL PUEBLO
Y EL PUEBLO CALLADO AGUANTANDO LA CRISIS
CUANDO EL CAMPESINO SE PUSO A GRITAR...

PRESIDENTE —Doctor, los campesinos están furiosos. Se les nota en la cara. Pero han tenido que vender barato. Otro remedio no les queda. Sin embargo, lo increíble es que los precios en las tiendas todavía no bajan. Los intermediarios entre el campo y la ciudad son muchos. Y ninguno quiere perder. ¿Qué solución habrá?

...CUANDO EL CAMPESINO SE PUSO A GRITAR
VINO EL FONDO Y LO HIZO CALLAR

SECRETARIA —Presidente querido, usted está empeñado en alcanzar una meta y cada día encuentra más dificultades porque no tiene la paciencia necesaria. Olvídense de los obreros y los campesinos. Su atención debe concentrarse en los hombres de empresa, en los fabricantes de pan y fideos, en todos esos que se niegan a bajar los precios. Concéntrese bien, concéntrese...

DOCTOR —Veo-veo... veo pescaditos en el mar. El signo de Piscis. Veo puertas abiertas... no, no... Son puertos abiertos... Por el mar llegan los amigos. No se cierre a las nuevas relaciones...

SECRETARIA —Esperamos que haya quedado claro. Usted debe abrir las fronteras, quitar las trabas de las aduanas. Deje entrar en su país el pan y los fideos de otros países. La libre competencia frena la inflación. Los productos de fuera obligarán a bajar los precios a los fabricantes de dentro. Por cierto, las industrias de Estados Unidos tienen muchos sobrantes de pan y de fideos. Se los damos a buen precio. Aproveche esta ocasión. Lo saluda como siempre, el Fondo Monetario.

EMPRESARIO —Colegas empresarios y fabricantes de fideos: el que está en el lodo, quiere enlodar a otro. ¿A dónde nos va a llevar este gobierno irresponsable, díganme? ¡Ha abierto de par en par las aduanas! Traen de fuera la harina, la pasta, los envases... ¡Nuestras empresas van a la ruina!

CAMPELINO Y OBRERO
EL OBRERO Y EL PUEBLO
Y EL PUEBLO CALLADO AGUANTANDO LA CRISIS
CUANDO LA EMPRESA SE PUSO A GRITAR...

PRESIDENTE —Doctor, estoy sufriendo mucho. Presiento maniobras contra mí. Ahora también los empresarios se amotinan. Las fábricas nacionales han ido a la quiebra. Sí, como ustedes decían, los precios han bajado trayendo las cosas de fuera. Pero, al cerrarse las fábricas del país, los obreros han quedado sin trabajo y sin dinero para comprar nada. Total, que aunque estén baratos, ahora sobra el pan y los fideos en las tiendas. Nadie compra, nadie vende. Y yo no veo cómo parar este derrumbe. ¿Qué me aconsejan? En la necesidad se prueban los amigos. Ayúdenme, por favor.

...CUANDO LA EMPRESA SE PUSO A GRITAR
VINO EL FONDO Y LA HIZO CALLAR

SECRETARIA —Señor presidente, comprendemos que su país atraviesa un mal momento. Pero no se atormente demasiado. Cuando el Fondo da la llaga, da el remedio que la sana. Vamos, seréñese... tranquilícese... Usted no ve la salida, pero el Fondo sí la ve...

DOCTOR —¡La veo, la veo venir! ¡Oh gran poder de Aries y de Tauro! ¡Confluencia de estrellas benéficas! Desde el Norte viene... ya se acerca, ya llega... ¡La suerte! ¡¡La buena suerte!!

SECRETARIA —¡Felicitaciones, amigo! El Fondo Monetario autoriza un préstamo para reactivar su desmayada economía. Los muchachos del Banco Mundial pasarán a visitarlo próximamente. Confíe en ellos tanto como en nosotros. Todos trabajamos por la causa.

GRINGO —Señor presidente, Fondo Monetario ha autorizado este préstamo por 50 millones de dólares.

PRESIDENTE —¡50 millones! ¡Qué alegría me dan! ¡Es la primera buena noticia que recibo desde que gobierno este país!

GRINGO —¿Y en qué piensa utilizar el dinero, presidente?

PRESIDENTE —Bueno, en reactivar la economía, como le dije...

GRINGO —Si quiere reactivarla, haga inversiones seguras. Nuestras empresas tienen mucho interés en venir a su país. La Internacional Wonderful Company es una de las más interesadas. Así el dinero del préstamo quedará en nuestras... ejem... creará fuentes de trabajo, quiero decir. ¿Qué le parece?

PRESIDENTE —No es mala idea.

GRINGO —Le recuerdo que los intereses del préstamo están al 12 por ciento. Pero

son flotantes.

PRESIDENTE —¿Cómo flotantes?
GRINGO —Pueden subir, pueden bajar... Depende de complejos factores económicos.

PRESIDENTE —Como estoy ahogándome, será bueno flotar de cualquier manera.
GRINGO —Amigo, nos veremos el año próximo. No olvidar los intereses, okey.

PRESIDENTE —Doctor, mi querido doctor: me siento aliviado, desahogado... Le agradezco tanto los millones que le han prestado a mi país. Ahora sí se solucionará la crisis. A propósito, me informaron los del Banco que ese préstamo deberá ser devuelto en la moneda de ustedes, en dólares. Pero, ¿de dónde puedo sacar yo los dólares? Mi país vende en el extranjero semillas de marañón. Como usted imaginará, pocos dólares conseguidos con ellas. Espero, como siempre, su atinado consejo. Un abrazo entusiasta de un presidente esperanzado.

SECRETARIA —Siempre recordado presidente: como usted comprenderá, las deudas hay que pagarlas en dólares y no en pesos. Aquí en Estados Unidos su moneda no sirve ni para jugar al monopoli. Pero usted puede conseguir dólares. Esas semillas de marañón que menciona son muy sabrosas. Las mastican a toda hora. También alegran mucho los cócteles del Fondo. Sí, aquí se venderían bien. Pensando en esas deliciosas semillitas nativas, le damos nuestro consejo. Póngase cómodo, relájese, escuche...

DOCTOR —¡Luz de Géminis con ascendente en Cáncer! Veo marañón, todo marañón, maraña de marañón... ¡Aumente, aumente!

SECRETARIA —Aumente la producción de marañón, amigo. Los dólares se consiguen vendiendo más, exportando más...

PRESIDENTE —Ya lo hice. Toda la tierra, hasta la del cementerio, está sembrada de marañón. Pero al ir a vender las semillas, ustedes mismos nos han bajado los precios en el mercado internacional. Y ahora resulta que, produciendo el doble, sacamos el mismo dinero que antes.

DOCTOR —Veo-veo... ¡la cola de Leo!... ¡Disminuya, disminuya!

PRESIDENTE —¿Que disminuya qué?

SECRETARIA —Disminuya las importaciones, amigo. Compre menos, traiga menos mercancías del extranjero. Por supuesto, no rechace las de Estados Unidos, sino las de otros países.

DOCTOR —¡La balanza de Libra!

SECRETARIA —Exporte más, importe menos... ¡Así equilibrará su balanza comercial!

COMERCIANTE —Y los comerciantes, ¿qué? ¿Ahora nos toca a nosotros cargar el muerto?

EL COMERCIO Y LA EMPRESA
CAMPEÑO Y OBRERO
EL OBRERO Y EL PUEBLO
Y EL PUEBLO CALLADO AGUANTANDO LA CRISIS
CUANDO EL COMERCIO SE PUSO A GRITAR...

PRESIDENTE —Ahora también los comerciantes están en contra mía. Pero no es sólo eso lo que me agobia. Los meses corren, vuelan, y pronto deberé pagar el préstamo y no tengo los dólares suficientes. Estoy muy alterado.

...CUANDO EL COMERCIO SE PUSO A GRITAR
VINO EL FONDO Y LO HIZO CALLAR

SECRETARIA —No se altere por los comerciantes. Ladran pero no muerden. Tampoco se preocupe tanto por el capital de la deuda. Eso puede quedar ahí. Nosotros casi preferimos que usted no lo pague por ahora. Preocúpese sí, de pagar los intereses. Usted tiene un medio sencillo para conseguir los dólares que necesita...

DOCTOR —La estrella de Virgo bajando, la estrella de plata,
la plata que baja...

SECRETARIA —Devalúe su moneda. Con la devaluación, le quedará más dinero para pagarnos a nosotros...

PRESIDENTE —Bajé la moneda, pero subieron los precios. La fiebre aumenta. La inflación está por las nubes.

SECRETARIA —No se impacienta. La curación toma su tiempo.

DOCTOR —¡La estrella de Virgo sigue bajando, baja, baja...!

PRESIDENTE —Otra devaluación. No sé a dónde vamos a parar. Para comprar fuera, ahora pagamos el doble. Y para vender fuera, nos pagan la mitad.

SECRETARIA —Calma, serenidad. El remedio está actuando.

PRESIDENTE —Pero, ¿está seguro que...?

DOCTOR —¡Virgo! ¡Virgo! Un poco más, un poco más
bajo...

PRESIDENTE —Volví a devaluar. Cunde el pánico. Ya nadie quiere poner el ahorro en nuestros bancos. El dinero se va del país, los capitales se fugan. La banca nacional se va de cabeza.

LA BANCA, EL COMERCIO
EL COMERCIO Y LA EMPRESA
CAMPEÑO Y OBRERO
EL OBRERO Y EL PUEBLO
Y EL PUEBLO CALLADO AGUANTANDO LA CRISIS
CUANDO LA BANCA SE PUSO A GRITAR...

SECRETARIA —Señor presidente, mantenga su estado de ánimo. No se intranquilice por la banca nacional. La nuestra puede comprarla y no pasará nada. El dinero de su país lo guardaremos con gusto en nuestros bancos, ¿okey?

...CUANDO LA BANCA SE PUSO A GRITAR
VINO EL FONDO Y LA HIZO CALLAR

SECRETARIA —Su única preocupación debe consistir en reunir los dólares necesarios para pagar los intereses de la deuda.

PRESIDENTE —Pero, ¿de dónde saco los dólares? ¿Qué más puedo hacer? Cada vez hay

menos pan en el mercado. Los fideos ya ni se recuerdan. Ni vienen de fuera ni se producen dentro. Yo mismo, a falta de pan, estoy comiendo galletas. Aumentan los disturbios callejeros. Estoy desbordado por esta situación.

SECRETARIA —Relájese, seréense... Su país necesita escuchar ahora nuestra gran palabra...

DOCTOR —Veo-veo... Veo una palabra que empieza por

SECRETARIA —¿Qué palabra será?

DOCTOR —Austeridad.

SECRETARIA —¿Escuchó bien?

DOCTOR —Austeridad.

SECRETARIA —¿Está claro?

PRESIDENTE —Claro, claro... Claro estaba el huevo y tenía un pollo dentro.

SECRETARIA —No desconfíe. El sacrificio es necesario para triunfar. Haga un plan general de austeridad. Elimine todo lo que no produce dinero. Por ejemplo, recorte el presupuesto de salud, de educación, de obras públicas. Dele vacaciones a maestros y estudiantes, a médicos, artistas y empleados públicos.

EMPLEADO Y ARTISTA
ARTISTA Y MAESTRO
MAESTRO Y ALUMNO
EL ALUMNO Y LA BANCA
LA BANCA, EL COMERCIO
EL COMERCIO Y LA EMPRESA
CAMPEÑO Y OBRERO
EL OBRERO Y EL PUEBLO

Y EL PUEBLO CALLADO AGUANTANDO LA CRISIS
CUANDO EL PUEBLO DE NUEVO SE PUSO A GRITAR...

PRESIDENTE —Doctor, seguí su consejo. Pero el descontento aumenta. Los estudiantes queman llantas en las esquinas. Los empleados públicos despedidos arman piquetes en las calles. Los campesinos han bloqueado las carreteras. Se habla de huelga general. Se habla también de varios grupos alzados en la montaña. Realmente, no sé qué hacer. Sufro de insomnio, tengo pesadillas horripilantes. Claro, con lo ahorrado en escuelas y hospitales, tendré dólares para pagar a fin de año... el problema es que... no sé si llegaré a fin de año...

...CUANDO EL PUEBLO DE NUEVO SE PUSO A GRITAR
DE NUEVO EL FONDO LO HIZO CALLAR

SECRETARIA —Presidente, sus cartas reflejan desconfianza y nerviosismo. ¿Qué teme? Bajo el signo de Escorpio son propios los vómitos, las convulsiones, los espasmos sociales. Sea firme. Pruebe su temple. Compruebe su aparato defensivo.

DOCTOR —¡Sagitario! ¡Por fin, Sagitario, el arquero del cielo, el de la buena

puntería!

SECRETARIA

—Es la hora de comprar armas. Modernice su ejército. Nosotros le podemos suministrar todo lo que necesita y a buen precio. También le aconsejamos una eficaz política de control de natalidad. Siempre sale más barato eliminar a los guerrilleros en las pancitas de sus mamás que después, en las montañas. Por cierto, no olvide pagar sus intereses.

...CUANDO EL PUEBLO SE PUSO A LUCHAR...

MILITAR

—De cantitos nada. ¡¡Se acabó!!

PRESIDENTE

—Doctor, el foco infeccioso ha sido eliminado. Claro, para evitar riesgos, hemos tenido que exterminar poblaciones enteras. Ya en el país reina la calma. Pero siempre aparece la dificultad donde menos uno la espera. Al comprar armas, me he quedado sin un dólar para pagar la deuda que tenemos con ustedes. Les consulto si no podrían hacernos un segundo préstamo para poder pagar los intereses del primero. ¿Qué me responde a esto?

SECRETARIA

—Petición aceptada. Pero como usted empleará ese nuevo préstamo en pagar los intereses del anterior, no se lo haremos llegar en efectivo. Simplemente, se lo anotaremos en nuestros libros. ¿No le parece más cómodo y rápido? Naturalmente, con este seguro préstamo, el capital de su deuda aumenta. Y el próximo año, tendrá que pagar mayores intereses. Sea feliz. Y disfrute la Navidad. ¡Merry Christmas!

PRESIDENTE

—Doctor, doctor, haga algo por mí. Aquí está pasando algo muy extraño. Hay signos, pero otros signos muy peligrosos... Presagio un desastre. Tengo fundadas razones para creer que el pueblo no estaba tan controlado como le dije en mi anterior carta. Por otra parte, haciendo balance del año, compruebo que no hay pan ni fideos, ni trabajo ni hospitales, ni dinero, ni siquiera semillas de marañón... Aquí no queda nada. Y a pesar de todo, a pesar de los pesares, la fiebre no baja, doctor. La inflación está más inflada que nunca. Se despide de usted, un país en agonía.

VECINA

—¡Qué agonía ni qué estrellitas del cielo! Vamos a ver ahora mismo a ese país enfermo antes que lo acabe de rematar ese doctor que le recetó tanto disparate!

ABUELO

—Pero, señora, ¿qué le pasa? ¿A dónde va...?

VECINA

—¿Pero, usted no ve que ese matasanos, ese Fondo Ladronario, le da cada vez un remedio peor que el anterior, un remedio peor que la enfermedad? Vamos, vamos...

ABUELO

—¿Y usted qué va a hacer? No se meta en lo que...

VECINA

—Déjeme a mí. Yo también entiendo de leer la suerte, yo sé algo de esas cosas... ¿Sabe qué necesita ese país? Una medicina fuerte, fuerte... Aquí hace falta una cura de caballo.

ABUELO

—Pero, ¿qué cura, señora?

VECINA

—Ay, señor, usted está más bobo que el presidente de las cartitas. ¿Todavía usted no sabe cómo se endereza ese país enfermo?

ABUELO

—¿Yo? No sé, estoy confundido...

VECINA

—¿Confundido? Pues concéntrese, relájese...

ABUELO
VECINA
ABUELO
VECINA
solución!
ABUELO
VECINA
por «ón».

—¿Qué le pasa, señora?
—Veo-veo...
—¿Qué ve, qué ve usted?
—Veo una palabra... y en esa palabra huelo la

— ¿Una palabra? ¿Qué palabra?
—Una palabra que empieza por «erre» y termina

...CUANDO EL PUEBLO SE PUSO A LUCHAR
¡NI EL MISMO FONDO LO HIZO CALLAR!

LA GUERRA DE LA DEUDA EXTERNA

- LOCUTOR —Última hora, última hora... Boletín de última hora en cadena especial con todas las emisoras del continente... Atención, estamos transmitiendo en cadena con todas las estaciones radiales de América Latina... Atención, última hora, última hora, se comunica a todos los habitantes de América Latina que ha comenzado la tercera guerra mundial... Última hora...
- VECINA —¡Ay, gran poder de Dios!
- LOCUTOR —...Según las informaciones recogidas, la tercera guerra mundial se está desarrollando en estos momentos en el territorio de América Latina... Última hora, edición especial...
- VECINA —¡Pero, Dios santo, corra, corra, vámonos de aquí, que yo tengo los muchachos solos, corra!
- ABUELO —Espérese, señora, a ver que den más detalles... No entiendo, esta mañana al salir de casa, todo parecía tranquilo...
- LOCUTOR —Millones de niños han muerto ya y han sido arrasadas fábricas y escuelas en todos los países, mientras por las calles de las grandes ciudades vagan centenares de miles de heridos... Última hora, en conexión con todas las emisoras...
- VECINA —Tenía que ser, tenía que ser... ¡Tanta canallada!
- ABUELO —¡Cállese, señora, y deje oír!
- LOCUTOR —Última hora, alertamos a la ciudadanía del continente que las armas empleadas en esta guerra son más mortales que la bomba atómica y más fulminantes que los rayos láser. Todos estamos en peligro... Última hora, repetimos esta información...
- VECINA —¡Dios santo, no entiendo! Si no se oye ni una bomba ni un tiro...
- ABUELO —Tranquilícese, señora, tal vez sea una novela...
- VECINA —Asómese a la ventana, a ver sí ve algo...
- LOCUTOR —Hermanas y hermanos latinoamericanos: sí, nos han declarado la guerra. Pero esta es una guerra silenciosa. Es una guerra que no oímos, que a veces no vemos. Pero que ya está destruyendo a todos nuestros países. En vez de soldados, mueren niños. Y en vez de heridos, millones de desempleados van cayendo poco a poco. Nuestro continente se muere por la explosión de la bomba de la deuda externa. Día tras día nos desangramos por el pago de los intereses de esa deuda. Esta es la guerra de los banqueros contra los pobres. La guerra de los países ricos contra los países hambrientos. Alertamos a la ciudadanía a que continúe pendiente de esta cadena radial para tener una puntual información sobre estos trágicos acontecimientos...
- VECINA —¿Oyó? ¿Usted oyó el noticiero? ¡La guerra!

COMPADRE —Sí, sí, claro que oí. Todo el mundo está hablando de lo mismo. Toda América Latina está hablando de eso, de esa guerra de la deuda externa.

ABUELO —Bueno, por lo que entendí, lo de la guerra es una metáfora.

VECINA —¿Una metáfora?

ABUELO —Una metáfora, señora, una comparación.

COMPADRE —Aunque no crea, es una comparación muy bien comparada...

Anualmente, mueren en América Latina un millón de niños menores de un año, víctimas de la desnutrición y de las enfermedades. La mayoría de ellos podría haberse salvado con vacunas que apenas cuestan 20 centavos.

Hay en América Latina más de cien millones de hombres y mujeres desempleados o subempleados. La miseria y el hacinamiento de estas familias, hacen prever para dentro de pocos años un continente poblado mayoritariamente por personas con graves deficiencias cerebrales.

En 1986, América Latina entregó a los banqueros de los países ricos 50 mil millones de dólares como pago por los intereses de su deuda externa. Cada segundo de aquel año salieron de nuestro continente 1,600 dólares hacia los bancos extranjeros para pagar esos intereses. Cada segundo, 1,600 dólares!

COMPADRE —No, no crea que lo de la guerra es una comparación exagerada para meter miedo. ¿Qué es la guerra? ¿No es muerte y destrucción y huérfanos y enfermos y miseria? Pues esta guerra de la deuda externa está causando eso: mucha sangre y demasiada miseria.

VECINA —Pero, no entiendo. ¿Quién paga esos intereses? ¿Las mamás de los niños?... ¿Los desempleados? El que habló por radio dijo que la bomba de la deuda explota, pero no suena. Yo no sé si es que yo estoy alterada, o que seré muy bruta... pero no entiendo. ¿Cómo fue que empezó este problema?

Aunque América Latina estuvo endeudada desde su independencia con los países ricos, la deuda externa de la que tanto se habla ahora es un problema más reciente. Un problema que comenzó por los años 70, cuando empezaron a subir y a subir los precios del petróleo. Y cuando los países árabes y otros países petroleros empezaron a ganar más y más dólares vendiendo petróleo...

ARABE —Ja-la-maj-jatil, jamama?

Que quiere decir...

ARABE —Y ahora, ¿ahora qué hacemos nosotros con tanto dinero?

SECRETARIA —Sí, sí, vamos a darles un buen interés... ¿Hello? Claro, con mucho gusto le abrimos una cuenta... Aceptamos su dinero, cómo no...

Los países petroleros metieron su dinero a toda prisa en los bancos capitalistas. Y era un río de dólares. Unos 900 mil millones de dólares...

ARABE
BANQUERO
money?

—¡De petrodólares, señorita! ¡Pe-tro-dó-la-res!
—And now, what we will do with this lot of

Que quiere decir...

BANQUERO
dinero?

—Y ahora, ¿ahora que hacemos nosotros con tanto

Los banqueros enseguida encontraron la solución...

BANQUERO —¡Dinero baratoooo! ¡Dineritoooo...! ¡Dólares frescos, acabaditos de pescar!

Los banqueros capitalistas, para no ahogarse en aquel río de dólares, de «petrodólares», salieron corriendo a ofrecer préstamos. Y especialmente, corrieron hacia América Latina...

BANQUERO —Mi general, su país necesita este dinero. Aquí estamos para ayudarlo. En estos préstamos puede estar la solución para salir de la crisis. Díganos, ¿cuánto quiere?

OTRO

BANQUERO —Señor presidente: este es el momento de dar el salto y caer de pie. Su economía enferma necesita esta transfusión de dólares. Acepte nuestros préstamos.

Era el mundo al revés. Nunca antes había pasado así. En vez de ir los gobiernos a pedir los préstamos, eran los mismos banqueros los que corrían a ofrecerlos. Fue de esta manera que nuestros países recibieron en muy poco tiempo un río de dólares...

CHILENO —Y ahora, ¿ahora qué hacemos nosotros con tanto dinero?... Compró ametralladoras, fusiles automáticos, chalecos antibalas, cascos, tanques, picanas... ¡Ahora sí acabamos con los subversivos! ¡Matamos a todos los perros y se acaba de una vez la rabia!

VENEZOLANA —¡Ay, queridito, piensa en ti! Ahora es la oportunidad de hacer ese chalet en la playa. Y la piscina aquí. Y después, nos vamos a Suiza de vacaciones, y abrimos allá una cuenta corriente... ¡Ay, tengo unas ganas de conocer la nieve!

Con aquel río de dólares, los gobiernos hubieran podido levantar hospitales y escuelas, hubieran podido crear miles de puestos de trabajo, y comprar millones de vacunas de 20 centavos. Pero no hicieron nada de esto. Los gobiernos militares compraron armas y maquinarias de tortura. Los gobiernos irresponsables derrocharon en obras inútiles, mientras los pequeños grupos privilegiados de cada país echaban la casa por la ventana...

PERUANA
PERUANO

—¡Nos sacamos la lotería, papito!
—¡A gozarla, mamita!... ¡Y después, que nos

cobren lo prestao!

Además del derroche y de la represión, se calcula que casi la mitad del dinero prestado regresó inmediatamente a los mismos bancos de donde había salido. Se fugó en forma de cuentas corrientes que abrieron en los bancos extranjeros los militares, los políticos, los funcionarios... La verdad es que sólo una pequeña parte de aquel río de dólares se quedó en nuestros países y se invirtió en obras de desarrollo.

VECINA

—¿Con que así comenzó esta historia, eh?

COMPADRE

—Sí así comenzó esta deuda externa, la guerra de la deuda externa. A los banqueros lo que menos les importaba era en que iban a gastar el dinero los gobiernos. Tampoco les importaba mucho cuando iban a poder pagar todo el capital de la deuda. Es más, ellos sabían que ese capital no se iba a poder pagar nunca. Lo que de verdad les interesaba a ellos era empezar a cobrar intereses.

VECINA

—¿Y los empezaron a cobrar, los muy rufianes?

COMPADRE

—A cobrar, y a cobrar bien. Porque ese fue uno de sus truquitos: ofrecieron los préstamos con un interés bajo. Y después, empezaron a cobrarlos con intereses cada vez más altos. El «dinerito barato» se puso caro. Estos banqueros capitalistas se comportaron como unos perfectos usureros...

BANQUERO

—Venimos a cobrar los intereses.

PERUANO

—Aquí tiene. Cinco mil millones.

BANQUERO

—No, amigo. Con esto no alcanza.

PERUANO

—¿Cómo que no? ¿No prestaron al ocho?

BANQUERO

—Pero ahora cobramos al 16.

PERUANO

—¿Y por qué?

BANQUERO

—Porque sí.

PERUANO

—Pero así nosotros nos hundimos.

BANQUERO

—Y así nosotros flotamos.

VECINA

—Ya veo, ya veo que esta deuda fue un relajo entre banqueros ladrones y gobiernos ladrones. Y ahora, ¿a quién le toca pagar el relajo?

COMPADRE

—Bueno, ahora y antes y desde entonces, el relajo lo están pagando nuestros pueblos. Porque mire, muchos de los presidentes y de los militares que recibieron aquel río de dólares, ¿dónde están? Muchos ya se fueron. O los fueron. Pero la deuda, no. La deuda quedó ahí. Ahí le quedó a cada país, como una losa encima. Le quedó a usted, a mí, a todos. Para que la pagáramos todos.

VECINA

—Pues no, mijito, ¡no seré yo quien la pague! Porque yo no le pedí a nadie ni un centavo, ni armé un bacanal ni me fui a Suiza...

ABUELO

—Pero, señora, a sus años no sea tan ingenua. Usted y yo pagamos. Ni sé yo cómo, pero estamos pagando...

LOCUTOR

—En 1986, la deuda total de los países de América Latina llegaba ya a 400 mil millones de dólares. Los intereses de la deuda eran de unos 50 mil

millones de dólares al año.

VECINA
LOCUTOR

—¡Oiga esa millonada...!

—Para pagar esos intereses, cada latinoamericano, anciano o niño, recién nacido o enfermo, hombre o mujer, entregó ese año 150 dólares a los bancos extranjeros..

VECINA

—Pues yo no, ¡porque ni los tengo ni pienso darles ni un centavo, caramba!

ABUELO
LOCUTOR

—Deje oír, señora...

—Quiera o no quiera, lo sepa o no lo sepa, el pueblo latinoamericano es obligado por los banqueros y por su policía, el Fondo Monetario Internacional, a pagar de muchas maneras los altísimos intereses de la deuda. Cuando aumentan los precios del pan, del transporte, de la leche, estamos pagando la deuda externa. Cuando bajan los salarios, estamos pagando la deuda externa. Cuando no hay medicinas en los hospitales, o ni siquiera hay hospitales, estamos pagando la deuda externa. Lo que los gobiernos quitan de alimentos, de oportunidades de trabajo, de escuelas, lo entregan a los banqueros capitalistas para pagar los intereses. De ahí se saca cada año el dinero para pagar la deuda externa. Estamos endeudados desde la cuna hasta la tumba. Y cada niño que nace en nuestros países, nace debiendo más de 1,000 dólares. No trae ya un pan bajo el brazo, sino una pesada deuda sobre sus espaldas.

VECINA

—O sea, que el banquero ricachón le presta dinero a los políticos ricachones... ¡y salgo yo endeudada! ¡Habrased visto! ¡Pagan justos por pecadores!

COMPADRE

—Pagan, y pagan mucho. Porque la deuda y los intereses han ido creciendo de año en año. Claro, como no tenemos suficiente dinero, ni siquiera para pagarles los intereses, entonces nos prestan más para que se los podamos pagar. Y renegocian, y refinancian, y se inventan todo tipo de fórmulas... y ni así alcanza para pagar. Cada vez debemos más y más dinero. Y ya, ni por las buenas ni por las malas, ya no podemos pagar tantísimo dinero.

MAGO

—¡Tantísimo dineroooo! Amigos, ante ustedes... ¡yo mismo! ¡El mago de los dedos rápidos! Vengo a hacerles una demostración que he querido hacer delante de los banqueros, pero ellos, claro, no me lo han permitido. Y esta es mi sencilla demostración... A ver, dígame: ¿cuánta es la deuda externa que debemos los latinoamericanos?

VECINA

—Bueno, aquí dijeron que en el año 86 eran... eran 400 mil millones. ¡Oiga eso! ¡Yo ni me imagino tanto dinero amontonado!

MAGO

—Pues, para que usted, señora, y usted, señor, y todos ustedes, señoras y señores, se imaginen cuánto es tanto dinero amontonado, el Mago de los Dedos Rápidos ha traído aquí, ante ustedes, un canastón con miles de billetes de 100 dólares cada uno... ¡Miren!

VECINA
MAGO

—¡Uy, cuánta plata, vea eso!

—Estos, naturalmente, no son los 400 mil millones de que hablamos, ¡pero sí es mucho, mucho, muchiiiiisimo dinero! Y ahora mismo empiezo

yo, el Mago de los Dedos Rápidos, mi demostración. Empiezo a contar esta plata. Son billetes de cien dólares cada uno. Cada uno de cien dólares. Voy a contarles rápidamente, uno tras otro, otro tras uno. Y empiezo: 1-2-3-4-5-6-7-8-9-10-11-12-13-14-15-16-17-18-19-20-21-22-23-24-25-26-27-28-29-30 -31-32-33-34-35-36-37-38-39-40...

He contado un billete de 100 dólares cada segundo. Pues si yo, el Mago de los Dedos Rápidos, contara así, un billete de 100 dólares cada segundo, cada segundo un billete de 100 dólares, ¿saben cuánto tardaría en contar esos 400 mil millones que debemos? Pues tardaría... ¡130 años! ¡130 años! 130 años contando todos los días, noche y día, sábados y domingos, sin dormir, sin comer, sin ir al baño, sin lavarme los dientes... 130 años: la barba me llegaría al suelo y me moriría, me moriría y aún no habría acabado de contar lo que debemos... 41-42-43-44-45-46-47-48-49-50-51-52-53-54-55-56-57-58-59-60...¡130 años y no habría acabado de contar! Bien, después de esta sencilla demostración, amigos, quiero hacerles entrega de un bonito regalo. Se trata de esta lámpara... ¡esta lámpara mágica!

MAGO —¡Esta lámpara mágica que aquí les dejo mientras me alejo! ¡Se despide de ustedes, el Mago de los Dedos Rápidos!

VECINA —Y esta lámpara, ¿qué será?

ABUELO —Trae un mensaje... Mire lo que dice: «La deuda o la vida/dice el banquero/y le damos el dinero./Tres deseos ahora pida. Si ese montón de dinero/que se paga al usuario/usted pudiera tener/¿qué es lo que quisiera hacer?/Tres deseos ahora pida». Eso dice. ¿Y qué será esto?

VECINA —¿Cómo que qué será esto? Pues una lámpara maravillosa de ésas que uno las frota y concede los deseos. ¡Esto si que me gusta! Imagínese nosotros con 400 mil millones de dólares...

COMPADRE —Y si usted los tuviera, señora, ¿qué haría usted con todo ese dinero? ¿Cuál sería su primer deseo?

VECINA —¿Yo? Yo... Pues lo primero de todo que yo pediría es la salud. Salud para todo el mundo. Para los niños, para los viejitos... Todos sanos, todo el mundo con salud.

COMPADRE —Pues frote, frote la lámpara...

LAMPARA —Con 400 mil millones de dólares, se harían en cada país de América Latina, en cada país, 500 hospitales completos, preparados con los más modernos equipos médicos. Y además, en cada país se harían miles de puestos de salud para atender las enfermedades menos complicadas. Y aún, aún sobraría mucho dinero... Otro deseo pida.

VECINA —¡Otro! ¡Otro! Todo el mundo sano y aún nos queda dinero. Pida, pida ahora usted su deseo, señor.

ABUELO —No, señora, usted, usted...

VECINA —Bueno... ¿Otro deseo? Pues que todo el mundo pueda comer... Quiero que toda la tierra se siembre y que se siembre bien para que haya buena cosecha y haya mucha comida para todo el mundo... Eso pido, eso... ¡Ande, frote la lámpara!

LAMPARA —Con 400 mil millones de dólares, se podrían sembrar con las mejores técnicas 65 millones de hectáreas de tierra para alimentar a 400 millones

de personas, es decir, a toda la población de América Latina, y hasta quedarían miles de toneladas de alimentos para compartir con otros países hermanos... ¡Se acabarían el hambre! Y aún, aún sobraría mucho dinero... Otro deseo pida.

VECINA
ABUELO

—Ahora usted, el tercero, ¡usted!

—Pues yo lo que voy a pedir es que nadie sea bruto... Que todo el mundo pueda estudiar y saber. Buenas escuelas y universidades para todos los muchachos. ¡Y hasta para los viejos como yo, que nunca es tarde para aprender!

LAMPARA

—Con los 400 mil millones de dólares, se construirían 250 mil escuelas con capacidad para 180 millones de estudiantes, es decir, para todos los niños de América Latina. Se acabarían el analfabetismo y la ignorancia... Se acabaría, se acabaría...

COMPADRE

—Imagínese usted, imagínese todo lo que podríamos hacer con esos millones que se están llevando los usureros...

VECINA
ABUELO

—¿Y... y sí no pagamos?

—Sí, pero, ¿y el otro lado del asunto? Imagínese usted lo que nos harían ellos sí no les pagamos...

VECINA

—Ay, señor, ¿y qué más da? Si aunque queramos pagar, no podemos. Y aunque podamos... yo, por mi parte, no quiero, caramba, ¡no quiero! ¡Yo quiero los hospitales y las escuelas y la comida! ¿Usted, no?

LOCUTOR

—Última hora, última hora... Volvemos a hacer conexión con las emisiones de toda América Latina... Última hora, última hora... Continúa nuestra edición especial en cadena radial con todo el continente...

VECINA
LOCUTOR

—¡Oiga, más noticias, más noticias!

—Informamos a todos nuestros oyentes que la tercera guerra mundial, la guerra de la deuda externa, continúa desarrollándose con toda violencia en nuestro territorio... Informamos que al término de este programa, han muerto, víctimas de esta guerra, otros 50 niños. Cada hora que pasa, morirán por hambre 120 niños más. También informamos que continúan aumentando los intereses que matarán este año a un millón de niños latinoamericanos. Última hora, última hora... Se informa que la tercera guerra mundial se desarrolla también en los países de Asia y África, que la guerra de la deuda externa declarada por los banqueros, afecta a todo el Tercer Mundo... En próximas emisiones informaremos de la tragedia de esos países hermanos...

LAS 24 HORAS QUE ESTREMECIERON AL MUNDO

Era increíble. En la plaza ya se había reunido un millón de personas. Y apenas eran las 3 de la madrugada. Piquetes de obreros, mujeres sonando cacerolas, estudiantes con cartelones todavía frescos, pintados a la medianoche. Miles de campesinos habían llegado la tarde anterior para sumarse al paro. El país entero estaba en vela...

PERIODISTA —¡Preparen los equipos! ¡Va a salir al balcón! ¡El presidente va a hablar!
OTRO —¿Estás seguro?
PERIODISTA —Sí, va en directo por radio y televisión. ¡Y va a lanzarse con algo gordo!

La sala de prensa parecía un hervidero. Los corresponsales extranjeros entraban y salían con fiebre de ganarse una primera plana...

PERIODISTA —¿Crees que se atreverá?
OTRO —Quién sabe... Lo malo es después... ¿A qué se atreverán los americanos?

La indignación había estallado en todo el país con la última misión del Fondo Monetario. El Fondo exigió más austeridad, más sacrificios. Que el pueblo se apretara la correa para pagar los intereses de la deuda. Y la correa, al fin, había reventado. Cuando subieron los precios del pan y del arroz, la población se lanzó a la calle. Se asaltaron los supermercados y los grandes almacenes. Los sindicatos y la oposición llamaron a un paro de 48 horas para repudiar el nuevo paquete económico. Pero la rabia acumulada duró más de 48 horas. Habían pasado ya 10 días y el país continuaba paralizado...

MULTITUD —¡Nosotros no pagamos, que pague su madre! ¡Nosotros no pagamos, que pague su madre!
PERIODISTA —¿Qué es lo que gritan estos?
OTRO —¿No oyes? ¡Que pague su madre!
PERIODISTA —¿La madre de quién?
OTRO —De los americanos será.
MUJER —¡Nosotros no pagamos, que pague su madre!
PERIODISTA —¿Quién dirige esto, señora? ¡Señora!
MUJER —¿Qué quiere?
PERIODISTA —¿Dónde están los dirigentes, quiero entrevistarlos?

MUJER

—¿Dirigentes? ¡El hambre es la que dirige aquí! Entreviste a este muchachito, mire. Nació hace unos días ¡y dicen que ya le debe no sé cuántos dólares a los gringos!

Cuando las campanas de la vieja catedral marcaron las 5 de la mañana, cuando empezaba a amanecer, las puertas del balcón presidencial se abrieron por fin.

PERIODISTA

—Un, dos, tres... probando... un, dos... Atención. En breves instantes hará uso de la palabra el señor Presidente de la República...

PRESIDENTE

—Ciudadanos, ¿qué podría decirles hoy? El gobierno lleva horas discutiendo y reflexionando sobre la grave crisis que atraviesa nuestro país. Algunos dicen que somos un país "en vías de desarrollo". Pero todos sabemos que eso no es verdad. Somos un país "en vías de subdesarrollo". Cada vez somos más pobres. Y cada vez ellos son más ricos. Pero lo son, por lo que nos quitan. Porque nos empobrecen. Y éste es el resultado: el hambre, el hambre y la desesperación de ustedes. Es la pobreza de nuestro país, la pobreza de América Latina, la que ha hecho y sigue haciendo posible la riqueza de ellos. Esto lo sabemos, lo sabemos desde hace mucho tiempo. Pero durante mucho tiempo hemos guardado un silencio bastante parecido a la estupidez. Hemos negociado y renegociado con el Fondo Monetario. Hemos consultado con la embajada norteamericana antes de tomar las decisiones de gobierno. Compatriotas, es hora ya de aprender a vivir por nosotros mismos. Ustedes nos han convencido en estos días de huelga.

A pesar de la hora temprana, el presidente sudaba. El pueblo reunido aún no aplaudía. Las palabras ya no convencían a nadie. Faltaba la decisión principal.

PRESIDENTE

—Dicen que nuestro país debe miles de millones de dólares a los bancos extranjeros. ¿Cuánto debemos? ¿50, 60, 100 mil millones? Da lo mismo, porque ya no se pueden ni contar. Sólo los intereses que debemos pagar a esos bancos son ya mayores que el fruto del trabajo de toda la nación, mayores que todo lo que vendemos en el exterior. Y esos bancos nos piden más austeridad para que sigamos pagándoles una deuda interminable. No, ya no se puede. Nuestro país ha llegado al borde mismo de la ruina. Ya no tenemos nada que perder porque lo hemos perdido todo. ¡El gobierno que represento, después de oír durante estos días de huelga general al grito de ustedes que ya sube al cielo, ha resuelto no pagar esa deuda! No pagaremos el capital ni pagaremos los intereses. ¡Desde esta tribuna les decimos a los banqueros del mundo que damos por anulada, por cancelada, por abolida esa deuda! No, no la vamos a pagar. Ni ahora ni nunca. Y rechazamos esa deuda porque ya está pagada de sobra. Si nosotros les pasáramos la cuenta a los Estados Unidos y a Europa, a esos países que hoy se llaman desarrollados, si les pasáramos la cuenta por las riquezas saqueadas aquí, por los genocidios cometidos aquí, si les pasáramos la cuenta de estos 500 años, ¡no habría dinero en todos sus bancos para pagar los miles de millones que ellos nos deben a nosotros!

La multitud se rompía las manos de tanto aplaudir. Antes de terminar el discurso, ya estaban saliendo los télex y los cables internacionales. La noticia dio la vuelta al mundo en dos minutos. Y sonó en todos los informativos de última hora de todas las grandes capitales.

PRESIDENTE —Compatriotas, desde hoy serán necesarios muchos sacrificios. Pero ya no serán sacrificios para pagar la deuda, sino para enfrentar juntos al gran combate que hemos iniciado. Nadie puede quedarse fuera de esta batalla en la que se juega la soberanía de nuestro pueblo. En esta hora, nos dirigimos a los pueblos hermanos de América Latina y el caribe. A los gobiernos de esos pueblos, de cualquier línea política que sean. Acompañennos en esta lucha. Necesitamos la solidaridad de ustedes y estamos dispuestos a brindarles la nuestra. Acompañennos en esta batalla por la verdadera independencia de nuestro continente. La represalia de Estados Unidos y de la banca internacional es segura. Lo sabemos. Pero también sabemos que si estamos juntos, unidos, ¡seremos invencibles!

A las 6 de la mañana había terminado el discurso. A esa misma hora comenzaba una reunión de urgencia en la Casa Blanca. El gerente del Fondo Monetario llegó en el primer vuelo de avión. También en vuelos especiales llegaron a Washington los banqueros europeos y los representantes de la comunidad financiera internacional.

NORTEAMERICANO —Y el presidente, ¿dónde está?

OTRO
temprano.

—Está durmiendo. Es muy

OTRO

—Pues despiértelo, estúpido.

¿No se da cuenta?

NORTEAMERICANO —Señor presidente, cualquier paso en falso puede complicar aún más las cosas.

RONALD

—Bah, no será para tanto... Avísele al Secretario del Tesoro. Lo importante es contener el pánico de la banca internacional.

A media mañana, el Secretario del Tesoro Norteamericano convocó una conferencia de prensa...

SECRETARIO —No hay motivo de alarma, señores. Las noticias son todavía confusas y no tenemos confirmación oficial. En cualquier caso, el gobierno de los Estados Unidos apoyará a los bancos afectados y no permitirá su quiebra. Por otra parte, mientras no se aclare más la situación, se interrumpe la actividad de la bolsa de valores.

PERIODISTA —Señor secretario, ¿qué haría Estados Unidos si otros países de América Latina se suman a esta iniciativa?

SECRETARIO —No tengo nada que comentar. Los Estados Unidos tienen la seguridad de que eso no va a ocurrir.

Las líneas telefónicas de las cancillerías latinoamericanas estaban completamente saturadas. Aquel día, por primera vez, se logró una cadena radial entre los países andinos, los del sur, los

del norte. Todos los pueblos del continente oyeron la noticia en las emisiones del mediodía. No habían pasado dos horas, cuando otro gobierno reaccionó...

PERUANO —No, no vamos a seguir pagando una deuda a costa del hambre del pueblo. Las vacas del mundo desarrollado comen más y mejor que nuestros hijos. Con lo que come el ganado de los Estados Unidos, podría alimentarse la tercera parte de la humanidad. Compatriotas, hemos escuchado la llamada a la solidaridad de nuestro país hermano. Y les decimos: ¡pueden contar con nosotros! Y nosotros contamos con ustedes. Porque tampoco nosotros vamos a pagar.

MUCHACHA —¡Viejo, tú oíste eso?!

ANCIANO —¿Qué cosa, muchacha?

MUCHACHA —Lo que acaba de decir el presidente: ¡que no vamos a pagarle ni un peso más a los gringos...!

ANCIANO —¿Dijo eso?... Pues mira, préndele una vela a San Martín y que el negrito nos proteja... ¡aquí se va a armar un despelote!

RONALD —¡Desde ahora mismo, quedan intervenidas las cuentas, bienes, acciones y depósitos que tienen esos dos países en los Estados Unidos!

ARGENTINO —Che, ¿y no le podemos nacionalizar lo de ellos por acá?... Salimos ganando, ¿viste?

RONALD —¡Quedan intervenidas las cuentas bancarias y los bienes que los ciudadanos particulares de esos dos países tengan en los Estados Unidos!

VENEZOLANA —¡Hemos ordenado la incautación de los aviones y los barcos que lleven la bandera de los países rebeldes!

MEXICANO —¡Pós nos quedamos con los avioncitos de ellos que andan por acá en nuestros aeropuertos! ¡Orate, mano, que hasta mejoramos la flota con el cambalache!

Las represalias y las contrarrepresalias no se hicieron esperar. Y como la noticia había tomado a todos por sorpresa, cada hora traía una nueva información. Tres países más se habían sumado y se negaban a pagar. Durante la tarde, toda América Latina estaba en vilo. Se alteraron todos los horarios de trabajo y los niños no fueron a la escuela. Nunca se había visto tanta gente en las calles...

RONALD —¿Aló? Habla el Presidente de los Estados Unidos. ¿A qué está esperando la Central de Inteligencia? Hay que actuar.

NORTEAMERICANO —¿Qué quiere decir con eso? ¿Habrá que eliminar, entonces, a cinco presidentes? La situación es delicada, muy delicada.

PERIODISTA —Unas declaraciones, señor ministro...

COLOMBIANO —Mire usted, la situación es bien sencilla. ¿Qué hace un sindicato cuando se cansa de pedir y pedir? Se declara en huelga. Pues eso mismo estamos haciendo nosotros. Una huelga de deudores.

PERIODISTA —¿Y no considera usted que esa actitud lleva a la quiebra del sistema financiero internacional?

COLOMBIANO —De ninguna manera. Que sean los gobiernos de los países ricos los que paguen la deuda a los bancos. Y no pasará nada. No se hundirá nada. Y fíjese usted, la pueden pagar recortando un poco, sólo un poco, sus gastos militares. Así que, dos pájaros de un tiro. Y todos salimos ganando, ellos y nosotros.

RONALD —¿Y usted, quién es?
BANQUERO —Señor presidente, represento al banco Mundial. El gerente no puede venir. Ha sufrido un ataque cardíaco. Prácticamente, agoniza. Las noticias lo afectaron demasiado.

RONALD —Pues informe que quedan suspendidos todos los préstamos y todas las ayudas a esos países. Y a todos los que se atrevan a unirse ni conr-flakes de Kellogs Oh, sheet, sons of bitch, what a stupid situation...!

BRASILEÑA —Agora sí estamos perdidos sin ayuda, oh Meu Deus...

BRASILEÑO —Pero, abuela, si lo que nuestro país les paga a ellos por esos intereses de la deuda es más, mucho más que lo que ellos nos prestan... ¿No quieren prestar más? ¡Pues nos prestamos a nosotros con ese dinero que les íbamos a pagar! ¡Y salimos ganando!

BRASILEÑA —Tengo miedo, hijo. Me dice el corazón que vamos a perder...

BRASILEÑO —Pues se me toma una cachaziña, abuela, a ver si el corazón le dice otra cosa... ¡Y vamos a la calle, que hay manifestación, y usted tiene que gritar!

BRASILEÑA —¡Pues gritaré de miedo, hijo! ¡Virgen Aparecida, esto paréceme el fin del mundo!

La banca internacional también tenía miedo, aunque no lo decía. Las presiones provocaban el efecto contrario. Aproximadamente, a las 6 de la tarde, ya eran 8 los países que habían roto con el Fondo Monetario y se negaban a pagar la deuda. A esa misma hora, cayeron dos gobiernos dictatoriales. En uno de aquellos países, el palacio presidencial fue tomado por los trabajadores y las vendedoras de los mercados...

MULTITUD —¡FMI, vete de aquí! ¡FMI, vete de aquí!

Las consignas pasaban de boca en boca y de país en país. En todo el continente se escuchaba un mismo clamor, un clamor tumultuoso, creciente, y a veces amenazante...

MULTITUD —¡Nosotros no pagamos, que pague su madre! ¡Nosotros no pagamos, que pague su madre!

RONALD —¡Los Estados Unidos decreta el bloqueo económico y suspende todas las importaciones y todas las exportaciones a los países que se niegan a pagar la deuda!

PERIODISTA —Atención, unidad móvil... ¡Aquí, transmitiendo en vivo y en directo, vía satélite, para todo el continente! ¡Estamos aquí, rodeados de multitudes de ciudadanos que se han lanzado a las calles para expresar su alegría, su

- protesta, su desconcierto por los últimos acontecimientos ocurridos... Usted, señor; ¿qué opina usted del bloqueo decretado hace apenas unas horas por el gobierno de los Estados Unidos?
- CHILENO —¿Qué bloqueo? Si ellos decretan bloqueo, nosotros decretamos... ¡una unión económica!, una unión de todos los latinoamericanos. ¡Que sepa ese gallo que aquí nadie se va a morir de hambre con su bloqueo, pues!
- DOMINICANA —¡Deme un chance, señor!
- PERIODISTA —Hable, hable, señora, los micrófonos son suyos...
- DOMINICANA —Mire, esos gringos que no fuñan, ¿tú oyes? ¿No nos quieren comprar? ¡Nos vendemos entre nosotros! ¿No nos quieren vender? ¡Nos compramos entre nosotros! Si aquí tenemos de todo, compadre. En América Latina ya sabemos fabricar de todo, ¡desde un alfiler hasta una computadora! ¿Para qué tanta bulla, entonces? ¡La jodienda es para ellos que se quedan sin todo lo que sacaban de aquí, ¿tú oyes?!
- PERIODISTA —Y usted, señor, ¿qué opina?
- MANIFESTANTE —Yo quiero saludar a mi padre Timoteo, a mi madre Joaquina de los Santos, a Lola Martínez, a Boruga, a Miguelito, el de la pulpería...
- PERIODISTA —Pero, ¿usted qué tiene que decir sobre la moratoria?
- MANIFESTANTE —A ésa yo no la conozco, pero la saludo también, y si le ha pasao algo malo, a través de estos mocrífanos le digo que estamos con ella, que hoy es un día que todos somos hermanos, y saludo también a mi ahijadita Silvia de Jesús Guerrero y a su hermanito Bartolín; que esto está muy alegre...
- PERIODISTA —¡Cállese la boca, carajo! ¡Continúa la transmisión vía satélite para todo el continente, dándole voz a los que no tienen voz! A ver, usted, usted, el del sombrerito... Si, usted... En fin de cuentas, ¿qué es lo que se está proponiendo hoy, en esta jornada histórica? ¿Será así como un borrón y cuenta nueva?
- NICARAGÜENSE —No, compa. Un borrón y ninguna cuenta más, ni nueva ni vieja. Mirá, si debiéramos poco, los banqueros nos hacían chicharrón. Pero como la deuda es tan grandototota, ahora los usureros están en nuestras manos. Va de viaje, loco. ¡Nos llegó el turno a los indios!
- PERIODISTA —¿El turno para qué? ¿Puede explicarlo usted, señora...?
- BOLIVIANA —¿Para qué va a ser, pues? Para forzarlos, pues. Para que paguen precio justo por el estaño, por nuestros productos todos. Acabar con la deuda es sólo un respirito. Después, el nuevo orden será.

En las declaraciones, en las crónicas de prensa, en la bulla de las calles, se repetía una y otra vez la palabra: un nuevo orden económico. Aquel nuevo orden económico internacional aprobado hacía años en las Naciones Unidas y que los países ricos olvidaron y no quisieron cumplir. Ahora los países pobres lo desenterraban y lo alzaban como una bandera sobre todo el continente...

NORTEAMERICANO —Presidente, creo que estamos apagando el fuego con gasolina. Mire este cable: toda Centroamérica se declara en huelga. Y los frentes guerrilleros

anuncian acciones conjuntas.

RONALD —Yo lo había predicho. La marea roja sube en el patio trasero.

NORTEAMERICANO —Roja, negra, verde y azul. Son de todos los colores. Hasta hablan de formar el F.L.L.

RONALD —¿Y qué diablos es el F.L.L.?

Lo que no había sucedido en años, se consiguió en horas. Los obreros y los campesinos, las mujeres, los dirigentes de una izquierda y de otra izquierda, los patriotas, los estudiantes y los que sólo se graduaron en hambre, se encontraban en las calles y en las plazas y se declaraban en vigilancia permanente para defender la unidad recién nacida...

CUBANO —Es que todos vamos en el mismo bote, mi hermano. Y cuando hay tormenta, cuando el barco se hunde, nadie le pregunta a nadie si cree en Mahoma, o en Jesús, o en Marx. Hay que remar juntos, chico. ¡Cosa más grande, llegó la hora! ¡Si el Ché viera esto!

PERIODISTA —Señor Cardenal, ¿qué opina la Iglesia de todo esto que está ocurriendo?

CARDENAL —A genti está muito contenta. Hay alegría en las calles, en los campos. Hay también temores, mas es natural. Apenas comenzamos una larga caminada.

PERIODISTA —Pero, ¿la Iglesia apoya todo esto?

CARDENAL —La Iglesia de los pobres apoya esta lucha, participa en esta lucha y en esta fiesta. ¡Ah, si Monseñor Romero viviera estaría en la calle celebrando también...!

PERIODISTA —Y el Vaticano, ¿ya hay reacciones? ¿También estará de acuerdo el Vaticano?

CARDENAL —Vaticano no sé. Pero Jesucristo sí está de acuerdo, se lo aseguro. ¿No recuerda lo que él dijo? "Perdona nuestras deudas así como nosotros también perdonamos a nuestros deudores". Bem, llevamos dos mil años rezando esto. Agora se han perdonado las deudas. Se ha escuchado la voz del pueblo. Y usted sabe que la voz del pueblo es la voz de Dios.

NORTEAMERICANO —¿Intervención militar? ¡Pero, qué intervención militar, señor presidente! ¿Por dónde se invade un continente entero?

RONALD —¡He dicho que si no entienden por las buenas, entenderán por las malas!

RONALD —¿De qué cien países me está hablando?

NORTEAMERICANO —Ya no es sólo América Latina. Hay noticias de Africa, de los árabes, de la India... El mal ejemplo se está extendiendo por el Tercer Mundo... ¿A dónde vamos a parar? Se ha perdido el control de la situación. No han pasado 24 horas desde que ese latinoamericano impertinente habló en el balcón, y mire a dónde hemos llegado...

Sí, no habían pasado 24 horas y el mundo era distinto. Y todo había sido tan fácil...

GORDA —¡Ven qué fácil fue todo! ¡Y lo difícil que nos parecía! ¡Y el miedo que teníamos! ¿Ven qué fácil fue? ¡Sólo era decir en voz alta lo que ya todos sabíamos! ¡Sólo era uniros y estar dispuestos a morir por algo que valga la pena, caramba! ¡Y ahora que vengan, que se atrevan, que ya sabemos, que ya estamos despiertos...!

ABUELO —Señora, despiértese, que es tarde...

VECINA —¡Qué ya estamos despiertos!

ABUELO —Pero, señora, ¿qué le pasa? Estamos aquí esperando a que empiece el programa y usted se quedó dormida...

VECINA —¿Me quedé dormida?... Ay, con todas estas cosas que hemos oído estos días... Me quedé dormida y soñé... Viera qué sueño... Todos los problemas se empezaban a resolver, todos... Y bien fácil que fue... Y la alegría de la gente...

ABUELO —Deje los sueños, que aquí debe haber pasado algo, porque el compadre, el que habla con nosotros y nos explica, está tardando, no acaba de llegar...

VECINA —Pues vámonos entonces, si ya no viene...

ABUELO —No, no, si dicen que ahora va a hablar el presidente de la República. Cuando usted estaba dormida, lo estaban anunciando por radio... Parece que pasa algo gordo...

VECINA —Pues póngalo, póngalo a ver si oímos...

PRESIDENTE —Algunos dicen que somos un país "en vías de desarrollo". Pero todos sabemos que eso no es verdad. Somos un país "en vías de subdesarrollo". Cada vez somos más pobres. Y cada vez ellos son más ricos...

GORDA —Oiga, ¿pero eso no es lo mismo que...? ¡Sí, así mismito empezó el sueño...!

PRESIDENTE —...Esto lo sabemos, lo sabemos desde hace mucho tiempo. Pero durante mucho tiempo hemos guardado un silencio bastante parecido a la estupidez...